



In desuetudinem abierunt (2).

¿Qué se hicieron las leyes de Castilla que por mas de tres siglos han regido en las Islas afortunadas de la Zona-Tórrida? ¿en dónde está aquel cetro de oro que desde las murallas de Mántua tocó las costas patagónicas? ¿por qué de,an hoy la reja y el arado para tomar el fusil y la espada los tranquilos moradores de las playas de Oro, que arrancaban de las entrañas de la tierra el guijarro de plata como el buzo la concha preñada de perlas de la roca subvacuea? ¿á qué punto del círculo polar se ha retirado aquel iris de paz que por espacio de 64 lustros se extendió por los valles indianos? El tiempo, con la planta ligera de las horas, dió un paso en la senda de la ilustracion, y se mudó la escena política en los fértiles campos que descubrió el inmortal Cristobal Colon, y en donde levantó Cortés el pendon purpúreo

trioso: ¿qué nación tuvo mas elementos para labrar su felicidad que las Américas? Cimentadas sobre montes oro, que ha dado torrentes de plata para enriquecer la Europa, y aun el Asia y el Africa. Estas naciones, cuya tierra feraz da siempre dos cosechas al año, cuyos habitantes son ingeniosos y naturalmente vivos y despejados, aunque con aquella desidia propia de la poca industria, hija de las riquezas, del poco estímulo y de la falta de protección, lejos de los alcances de los gabinetes de Europa, de los gabinetes poderosos que subyugan á las otras naciones, se vé hoy reducida á la necesidad de hacer empréstitos al extranjero.

El deseo de independencia era ya antiguo en las Américas cuando llegó el año de 1808, época en que el conquistador de muchas partes de Europa y Africa, quiso plantar en España la bandera del águila negra. Esta época fue la mas apropósito para ejecutar la independencia de los americanos. La nación española se hallaba con el doble empeño de formar un gobierno y arrojar del territorio al invasor. Hasta el año de 1821 fue siguien-

do la desoladora guerra, sin ofrecer grandes ventajas á los partidos.

Describirte todas las causas y acontecimientos que han pasado desde el memorable año de 1821, es imposible; quede esto para otra pluma mas diestra que la mia, y para los historiadores de los siglos venidores. Para ellos está reservado un lenguaje, que me está prohibido usar. Sí, amigo, las heridas están someras; al menor impulso vierten sangre, no hará mi pluma este esfuerzo; la prudencia es quien debe regir siempre las acciones del hombre, sin ella todo es arrebató, todo es confusion, no le es lícito al escritor lucir su pluma en detrimento de la tranquilidad de los demas vivientes. No te diré que en estas circunstancias me hallaba tranquilo morador en las inmediaciones de la mina de Valenciana (4) simple paisano é hijo primogénito del Conde Lermin; no, las ideas de independencia se habian apoderado de mi corazon. Joven, sin esperiencia, y sin haber visto del mundo mas que un pequeño círculo; me lancé á la arena terrible del estado; á hacer la nueva España independiente de aquellos á quie-

nes debíamos nuestra existencia política y natural; sin ellos los hermosos campos indianos solo servirían de abrigo á las hordas que desconocen las bellezas del arte.

Tener un gobierno republicano; llegar la nueva España á ser lo que fue la antigua Roma, eran para mí consideraciones del mayor entusiasmo; el fuego poético se unió en mi pecho al ardor patrio, y solo veía en el porvenir fantasmas de felicidad. Encontraba la prosperidad donde era todo destruccion; hablaba de mejoras cuando empeorábamos cada día; proclamábamos la libertad, y nos encadenaba nuestra inesperienza y exaltacion; aparecían con frecuencia nuevos gobernantes y desaparecía el gobierno.

La hermosa, la opulenta Méjico corria á su destruccion, semejante al arroyo que naciendo en la montaña, baja y se pierde entre las quiebras del precipicio. Mi fé política probada por algunos escritos, mi entusiasmo, y los conocimientos que yo habia adquirido en España, me colocaron en puntos elevados del gobierno. ¡Ay cuán pronto conocí, que no se maneja lo mismo la pluma

que el timon del estado ; una triste esperiencia me hizo ver la diferencia que hay entre los discursos de la tribuna y las riendas de un gobierno , cuyo freno tasca la envidia y la maledicencia. En el corto espacio de un año fueron celebrados en el reino seis tratados. En 24 de febrero de 1821 fue celebrado el plan que llamaron de Iguala ó plan de independendencia imperial Mejicana de las tres garantias Religion, Independencia y Union bajo el primer Gefe del ejército trigarante Itu. bide. En 24 de Agosto el de Córdoba , entre el mismo Gefe y el Virrey. En fines de setiembre capituló Méjico con el ejército Trigarante : en principios de octubre se instaló la Junta Suprema Nacional Imperial Mejicana , y se nombró por la misma la primera Regencia del Imperio , quedando la Junta de cuerpo consultivo ; y en 24 de febrero de 1822 se instaló el primer congreso mejicano.

En esta época ya figuraba yo en la escena política ::::

Una mañana de las mas deliciosas del mes de mayo salí con unos amigos á pasear al

hermoso paseo que llaman de la **Viga**. Recuerda Tlancolde aquel sitio, aquellas alamedas prolongadas á la orilla del cauce, que nace en Chalco (5), de la Acequia caudalosa, sobre cuyas aguas se forman islas flotantes de menudo Chichilaclale y de las anchas hojas del clasole, cuyas flores doradas le dan un aspecto tan pintoresco, entrelazadas con sus mismos juncos, donde están de transeuntes la anfvia rana, el sapillo verde y la culebra rayada, y bajo sus aguas nada el ajolote, el juil y el mestlapique (6), terminando la magnífica calle de frondosos árboles, sigue el inculto bosque, y á la otra orilla los jardines ambulantes llamados Chinampas llenos de rosas, flores variadas y distintas verduras, ¡oh navegacion particular! surcar las aguas de la acequia, mansas como la paz, las que apenas se agitan al golpe del remo que la India bogadora dá sobre ellas al impeler su pequeñuela chalupa (8) llena de flores, que en la madrugada cortó de sus chinampas. ¡Oh cuan delicioso es respirar el ambiente embalsamado cuando dora Febo las aguas con sus pálidos rayos! ¡oh tardes deliciosas de los meses

que llaman los europeos primavera!: en que pasean los mejicanos, viéndose en una línea carruages, caballos, canoas y gentes de á pie: á Dios, exclaman, los que van por las aguas al separarse, bailando y cantando al son del vandolon y la guitarra, y siguen por un piélago de flores hasta llegar á Ystacalco, donde sus sencillos habitantes les ofrecen viandas de leche, ramos y guirnaldas de rosas con que llevan coronadas las sienes en las apacibles noches, alumbrados por la luna, hasta desembarcar al pie del altivo Alcazar (9), solio augusto de las leyes y reunion de la autoridad y de la fuerza. La Coyuya, es el nombre que tiene una isla donde está una casa de campo, allí fui una mañana, conducido por mis amigos á tomar leche. Poco antes de llegar vió el cochero que ya se le apareaba otro coche que le seguia; picado de su vanidad, quiso lucir los brios del ganado, y empezó á correr: el otro quiso pasarle: corren sin precaucion; y el carruage, nuestro adversario, se enreda en un arbol, se rompe el eje y cae; dá un grito la dama que venia dentro; y nosotros llenos de rabia reñi-

mos al cochero, y le obligamos á parar, para socorrerla. Vimos con placer, que ni ella, ni su doncella habian recibido mal ninguno, y las llevamos en nuestro coche hasta su casa.

Era la dama hermosa á la verdad, y aunque carecia su semblante de aquella amabilidad encantadora que enagena, no dejaba de agradar á primera vista. Nos ofreció su casa, la que despues frecuentamos y supimos que era viuda y se llamaba Lemuana. Mucho me agasajaba la hermosa viuda, y á mí no me pesaba, porque ¿quién hay en el mundo que le pése el ser amado? Mis amigos lo conocieron, y se retiraron, dándome la enhorabuena por mi conquista, yo seguí visitándola, aunque confieso que no la amaba y que no me agradaba cierto aire de orgullo y de fiereza que notaba en su semblante. Las circunstancias políticas cada vez mas árduas no me permitian entregarme á rienda suelta al obsequio de la viuda, y mi ausencia me hizo oír de su labio mas de una queja, confieso que esta injusticia me desagradaba, y alguna vez llegué á manifestárselo, ella se resentia; pero

un soneto, una oda celebrando su belleza con aquella abundancia de elogios con que los hombres acostumbramos alabar á las damas (porque en esta materia á todos nos ha hecho pródigos la naturaleza) la tornaba su buen humor. Reflexionaba yo algunas veces, si debería entrar en un empeño formal con la viudita; este amor reflexivo no suele ser siempre el mejor agüero para un amante, porque cuando no se entra en estos pormenores, fácilmente se equivocan los sentimientos, y se sospecha amor, el simple orgullo de ser amado, la compasion, el reconocimiento que inspiran siempre los deseos descubiertos de una belleza noble, y aquélla necesidad de ser dichoso que siente el corazon casi siempre, esta propension á la felicidad, es la que suele hacernos desgraciados por nuestra propia equivocacion ó lijereza. Yo me desangañé bien pronto de que era un fantasma el amor que creía tener á Lemuana porque no la rendía aquellas atenciones finas y respetuosas que inspira una pasion sólida.

Al salir del senado una mañana dos amigos se acercaron á mí. - Pico de oro, me dijo uno

de ellos dándome un abrazo, ya te has lucido en el congreso, vente mañana con nosotros á distraerte á la hermosa campiña de S. Agustín de las Cuevas, aprovecha la ocasion del asueto, mañana no se abre el senado, no tienes disculpa para quedarte, tú nunca has visto una jamáyca.- Jamás, ¿á qué se reduce la jamáyca?- Es la mas bonita diversion, mañana haremos por tí, á Dios Lermin hasta mañana. Marcharon ellos, y yo esa noche pregunté á la viuda ¿que sino iba á la jamáyca? ella me dijo que no, y conocí que la disgustaba el que yo fuese, pero como mi pasion á ella no tenia nada de vehemente, no me encontré dispuesto á renunciar á una diversion tan nueva para mí, por complacerla solamente, el empleo que yo desempeñaba, me obligaba á enterarme de todo, para hablar con conocimiento de las costumbres y usos. Insté sin embargo á Lemuana para que fuese á San Agustín; y su obstinacion en poner obstáculos quiméricos, unida á cierto misterio que notaba en sus acciones, me hicieron sospechar si no seria yo solo el preferido, y esta reflexion no solo acabó de enfriarme, sino que me obli-

gó á ser mas circunspecto para con ella.

Aun no se habia lanzado de la brillante esfera el crepúsculo, que alegrando el emisferio hace brillar los rios y los bosques: aun no habia penetrado la luz por entre las celosias de la alcoba del mísero enfermo desvelado que tanto anhela la luz del dia, y no menos el asistente que vela á su cabecera, á quienes consuela el grito del guarda de la noche publicando la venida del dia, y el ruido del transeunte: no habia herido la elevada claraboya, del solitario preso, que espera un rayo de luz, cansado de las tinieblas de una noche penosa y prolongada: no los ojos enfurecidos del hombre agraviado en la oscuridad, que espera con igual impaciencia, que los otros el nuevo sol para llegar á la casa del mágistrado.

Apenas empezaban á convocar á los fieles los toques del alba de las campanas de la torre de San Antonio, cuyos cimientos pasó estremeciendo el carruaje, cargado con tres Senadores, alegres y gozosos al ver el espectáculo antiguo y siempre nuevo que pasa en el horizonte todos los dias con sus encan-

magestuosa, las carnes proporcionadas dibujaban en toda su figura los mas bellos contornos; tenia los cabellos negros como el ébano trenzados con cinta y perlas; elevándolos con gracia sobre la frente, algunas flores de brillantes y otras margaritas recogian un cortísimo velo de encaje en medio de la cabeza, pendian de las orejas y cuello grandes pendientes, collares y sartas de perlas mezcladas con monedas que aumentaban la gracia, la espresion y la dulce fisonomía de un rostro compuesto de una frente y nariz proporcionadas; unos ojos negros, guarnecidos de largas pestañas, y bajo dos arcos del triunfo que conseguían cada instante, de sus pobladas cejas, el apoyo de sus mejillas cubiertas de la fina gasa de la Italia sobre el raso ortensa de la Francia, sus labios eran un fino granate que encubrian dos filas de perlas que menos parecian dientes que hijas de las conchas del Oriente, la dama tenia un zagalejo de paño de la fina lana, de las bicuñas del Perú, tejido en las fábricas de Europa, de color celeste, bordado de plata, abierto y guarnecido con cintas de raso por cuatro lados, y

cerrados con presillas y lazos blancos de cintas con flecos de plata, su delgado y airoso talle estaba ceñido con una faja tegida de sedas de varios colores plata y oro, encima llevaba el guepil, que es una camisa de encaje que llega sobre la rodilla pendiente del cuello que está guarnecido de encages y lazos de colores, recogiéndose graciosamente sobre el hombro el lienzo que forma la manga con muchos y airosos pliegues, y descubriendo un brazo torneado y blanquísimo que terminaba por una mano, bellísima, llena de sortijas, pulseras y braceletes de mucho valor; descansaba sobre un cugin an pie, aun mas pequeño que el que es tan general en toda América, cubierto con una rica media, y un calcle (11) de raso celeste con una calígula amarilla que daba vueltas al tobillo y pierna. Nos saludó con aquella amabilidad, con aquella dulzura propiamente americana, con aquel gracioso, mi alma, pronunciado con tanta suavidad por las mejicanas. ¡Ah! dije, si esta india se hubiese hallado en la disputa de las tres diosas, — París le hubiera adjudicado la manzana de oro. ¡ Cruel deidad de Gnido, tú

disparaste el venablo de oro desde los mirtos y arrayanes que guarnecian naturalmente la entrada de la choza ! Saludaronla mis compañeros y yo la miraba como si quisiese preguntar, ¿si era aquella la deidad protectora de los bosques á quien se dedicaba la funcion? - Rosita, dijo uno de ellos, ¿qué nos dá vmd. de almorzar? - Si vmds. quieren mole pípian y un buen túrco de cacaguasincle (12), se les servirá; tambien tengo dulce de la flor aromática de cacalasukhil? - Y de beber, amiga? - Tengo chia, agua de limon, orchata y agua fresca - ¡Qué frias son todas las bebidas de vmd. ! - Son las mas apropósito para los Senadores. Todos nosotros conociendo lo nicante de la expresion; nos pusimos á la mesa y almorzamos con aquella franqueza que solo conocen los que han tenido la dicha de vivir en aquellos países. Entre tanto yo solo atendia á la belleza y finura de trato de la dueña de la casa; observé que era extremadamente viva, sensible, y que tenia toda la dulzura propia del pais, unida aun talento mas que mediano y bastante instruccion. Era tal el placer que yo sentia á su lado que no pen-

saba en salir de aquella choza encantadora; pero uno de mis compañeros cual otro mentor me arranco de ella diciéndome: -Amigo, parece que esta ha sido para tí otra isla de Calipso, vamos que nos falta mucho que ver? - ¿Qué ya no lo hemos visto todo?- Lermín, me parece que el aroma de la Rosa te ha trastornado la cabeza. - Hay tantos ramos en esta tienda, dije yo, que no es extraño. - Vamos no permanezcas por mas tiempo al lado de la Rosa, porque se hará mayor el trastorno. Y me llevaron á visitar las demas indias; pero ya nada me gustaba desde que ví á la bella Rosa, procuré informarme de su familia. - Segun todas las señales, dijo uno, hoy se queda Lemuana sin su amante. - Yo negué que lo éra, y en verdad que bien podia asegurarlo porque en realidad yo no la amaba, pero ellos me digeron que era yo misterioso siempre en materia de amor. - Es verdad que respeto siempre el honor de las damas, pero no hay nada. ¿Decidme, quién es esa señorita que hemos dejado?- La bella Rosa, es hermana de un compañero nuestro á quien llamaban el Conde de Tlaquilpa que

está en Tlascalá. ¡Ah! sí; estudiamos juntos en Valladolid: ya me habia dicho que tenia una hermana; es Rosa. - ¿Es casada? - No. - ¿Y tendrá muchos adorados? - Muchísimos. - ¿Sois algunos de vosotros de este número. - Yo soy casado, dijo uno. - Yo comprometido, dijo el otro. - ¡Con qué es libre! - ¿Y qué solo nosotros podemos pretenderla? - Dices bien. - No hay que entristecerse por eso Lermin: ella no es coqueta; disfruta la reputacion mejor en la sociedad; ni á un las mugeres la murmuran. - Es buena prueba, cuando tiene tanto en que cebarse la envidia. - Tiene fama de ser poco dispuesta á dejar la independencia que disfruta. - ¿Vive sola? - Vive mientras la ausencia de su hermano en casa de una tia: aquella señora que has visto en su compañía; - pero luego que venga Tlaquilpa se volverá á su casa de Méjico, ó á la de Tacubaya, que es donde pasan grandes temporadas de campo. Cuando venga Tlaquilpa, le verás en casa de tu viudita, segun dicen. - ¿Qué la obsequia? - No hay que asustarse; acaso será falso; son las gentes tan maliciosas, que les parece que ua-

die hay bueno en el mundo.-¡ Por qué se hablará así! el honor de una señora es tan delicado.-Escucha Lermin; dos son las clases de personas que se ocupan en criticar las acciones ajenas, la una lo hace por pura envidia, y la otra, porque no teniendo la rectitud de intenciones, que se necesita para sostener la pureza de acciones que suele haber entre la amistad con sexos diferentes, no cree en otra la probidad, que desconoce en sí; la viuda es un poco artificiosa; pero acaso solo habia entre ellos simples relaciones.- Es cierto que Tlaquilpa es un buen sugeto; pero tiene el defecto de ser un poco arrebatado.-¡Ay amigo! cuando uno nos está alabando, otros nos sacan defectos, que nos degradan mas, que nos elevaron las alabanzas del otro.

Lermin, tú que eres músico y poeta, ven; canta á la guitarra algun versito, me dijo un amigo que estaba en la tienda de Rosa, á donde yo de intento habia dirijido á mis compañeros; y dándome la guitarra, me hizo sentar y cantar varios versos con este es-

trivillo del que solo me acuerdo que improvisé allí mismo.

Esos ojos negros
Desde que los ví,
Oro fulminante,
Tienen para mí.

¿No celebras Lermin, dijo uno de mis compañeros, las bellas flores que adornan esta choza? al momento canté la siguiente:

De las mas brillantes flores,
Veo una reunion preciosa;
Y entre las mas sublimes
La que descuella, es la Rosa.

Todos aplaudieron el equívoco. El dia se pasó agradablemente. Rosa bailaba perfectamente; y tuve el gusto de que fuera distintas veces mi pareja. Regresamos á Méjico, despues de haber obtenido yo el permiso de Rosa para visitarla, cuando viniese su hermano. ¡Qué dias tan inquietos pasé! regresaba

á mi casa rendido de hablar en el Senado, y estrenaba en ella la voz de una amiga, de una esposa. ¡Ay! cuán grato debe ser que una mano hermosa enjuge el sudor que produce una sesion acalorada; cuán insípida es la vida que se pasa sin una compañera amable, sin una amiga que nos haga soportables las penas mas anejas á la vida que las dichas, y aun en estas, ¡cuán gratas son las sonrisas del amor! Llegó Tlaquilpa, y me apresuré á abrazarle; me recibió como un amigo; su bella hermana me recibia con amabilidad; pero como el obsequio es característico en América, temia equivocarme. ¡Ay amigo! que cruel es amar sin ser correspondido, ¡feliz el que no lo haya experimentado nunca, qué estado tan violento! Las diversiones fastidian, los amigos incomodan, las ocupaciones cansan, y el desabrimiento en que se halla el alma, hace de la existencia misma una carga fatigosa, porque, ¿qué es la vida cuando no se goza en ella? A pesar que notaba cierta complacencia en mi amada, cierta alegría cuando me veia, que no era dueña de disimular unas miradas tan fijas en mis ojos que parece se diri-

gían á decirme: yo te amo; pero como la modestia es el mas bello ornato de una dama ilustre, notaba que apartaba los ojos, y me parecia como avergonzada, para una joven como Rosa, debe ser cruel esta situacion. Yo á pesar que casi veia que era amado, no me lisongeaba; y en la inquietud de un sueño interrumpido por la incertidumbre, determiné oír la sentencia de pena ó dicha, el dia siguiente, y hacer mi declaracion por medio de un billete. Tomé la pluma, escribí; y luego que amaneció, monté á caballo y llegué al pueblo frondoso de Tacubaya (12). A su entrada en el camino real, tenia Tlaquilpa su casa de campo donde vivia con su hermana, era comoda, y su jardin estaba bien cultivado. Divertíame en ir viendo aquellas pintorescas lomas, y recordaba con dolor el yerro que se cometió en no haber edificado en ellas la ciudad, que el conquistador fabricó á una legua mas allá, solo por la vanidad de que Méjico tuviese los cimientos en los campos, que hizo memorables la conquista.

Llegué hasta el jardin, donde en un cenador se preparaba el almuerzo, y poco mas

allá esperaba la hermosa posesora de la casa, que sentada en un sofá de cespel, acomodaba á un bello tono una cancion favorita, escrita por un poeta español, y es la que dice:

A orillas de un mar tendido (13).

Tenia en la mano un libro en que la leia, yo me paré al oirla, encantado de su hermosa voz y tuve tiempo de observarla. Acababa de salir del baño, tenia un vestido blanco de muselina abierto, que dejaba ver un zagalejo de la tela que se fabrica en Cambrai, esquisitamente bordado con los hilos de la Flandes y guarnecido con ricos encajes. El dios de los pies alados, conducido por el gran tridente llevaba á las playas ultramarinas las manufacturas mas ricas, porque en ellas se pagaban con mano generosa. Tenia los cabellos tendidos graciosamente sobre su cuello, estaba á su lado Tlaquilpa, que cual otro Apolo tañia la flauta. Los dos callaron luego que me vieron. - ¿ Por qué se me priba del concierto, Señores? dige yo. - Ven y nos acompañarás á almorzar, dijo Tlaquilpa. - ¿ Y qué libro es este, señora. - Miradlo, dijo Rosa. - Yo lo tomé, hojee sus preciosas páginas, y se lo de-

volví, colocando en él el billete que decia:

“Amable Rosa: tengo la vanidad de amaros, y deseo de deciros, que estan á vuestros pies mi mano y mi corazon; dignaos aceptar los servicios del apasionado Lermin.”

Ya el sol caminaba al ocaso, cuando tomé las bridas y dirigí mi atezado bridon al templo del amor, á la casa de mi amada. Bordaba sentada á la ventana, que daba al jardin aquella deidad que yo adoraba. Ví á su lado el precioso libro, que por ser el depositario de mis secretos, tenia y para mí un doble mérito. ¿Se arregló la cancion, señora? — A noche la he rejasado en el arpa: ¡es tan bonita! — La veré; y tomé el libro. Rosa dió realce á su belleza con las tintas del carmin que el rubor aumentaba en sus mejillas y bajó los negros ojos, con una gracia encantadora; era bellísimo este movimiento siempre en ella. Hallé el papel, era su letra, mi primer impulso fue un movimiento de alegría; pero pasó tan rápido como un golpe eléctrico; y vino el estremecimiento de la duda á sustituirle, le tomé, le coloqué al lado del corazon. Toda la tarde paseamos

los tres por el jardín, la noche se acercaba, y yo regresé á mi casa. Cuando solo en mi cuarto busqué el precioso billete, me palpitaba el corazón, me senté y lei.

¡La mano y el corazón de Lermin! ¿qué muger podrá despreciar un don tan precioso? pero Conde, permitidme que os diga, que habeis andado un poco ligero en ofrecérmelo, vos no me conoceis todavia, las apariencias engañan con frecuencia; os habré parecido acaso bella (no blasono de ello) la hermosura y el defecto físico, estan á la vista como la luz, ¿pero sabeis si la belleza sola puede hacer nuestra dicha? es verdaderamente el mas atractivo á la vista; pero suele ser el menos apropósito para la felicidad; es el mas efímero que tiene la naturaleza; ignorais mis virtudes ó vicios, y me escogeis para vuestra esposa, cuando en América el primer amigo de un noble caballero es su muger; pero os disculpo porque sois poeta, y estos tienen siempre una fibra mas exaltada que los obliga á concebir toda idea con mas vehemencia que al común de los demas hombres. Tratadme, conocedme mejor, y si pasado algun

tiempo creéis que puedo hacer vuestra felicidad, y vos la mía, se dejará conducir á el ara vuestra amiga Rosa.

¡ Juzgad cuáles serian los transportes de mi alegría! me llevaron aun éxtasis sublime, parecia que mi alma se habia colocado en una nube de aromas, y que mis sentidos se unian á ella solo para gozar; ya besaba el papel, ya lo ponía sobre mi corazón extasiado por la felicidad.

En este estado oí apenas una voz que me anunciaba la llegada de algunos senadores, sentia el ruido de sus carruages; pero no me abandonaba el grato estupor. Al fin hice un esfuerzo, senaré de mis labios un documento que atestiguaba mis dichas, no sin suspirar; no sin decir ¡horrible esclavitud es la del hombre público! ¡qué pocas veces es de sí mismo! su sueño, sus alimentos, sus placeres, su salud, su tranquilidad, su existencia misma, se pospone al bien de seres ingratos y desagradecidos, siempre dispuestos á ofenderle y aun sacrificarle si lo creen necesario á sus planes. Empezó la Junta para tratar de los negocios del Estado, y yo con-

fieso mi debilidad, embriagado de placer, mi cabeza parecia contenia los vapores del vino. Sí, yo lo confieso, á pesar de todo mi patriotismo, á veces me distraia, semejante á una persona que habla en un gabinete con otra; pero que cerca de sí se promueve una conversacion que le interesa, y queriendo escuchar no hace caso de quien le habla y se contenta solo con contestar los monosílabos sí, no, sin saber si vienen ó no al caso, ó si suenan lo mismo que las teclas de un piano, que siguiendo la nota toca pausadamente el niño principiante, resultando de aqui, que ni se entera de la conversacion de los que quiere oir, ni puede dar razon de la propia.

Como yo no iba ya á casa de Lemuana, todo el tiempo que me dejaban los negocios, lo pasaba en Tacubaya, mi amada me recibia siempre complacida, y aunque yo no la hablaba de amor leia en sus ojos la seguridad de ser amado. Tlaquilpa hacia prolongadas ausencias, y yo tenia mis sospechas de que tenia á quien dedicar los ratos libres: una mañana me convidó á cazar en el bosque de Chapultepeq, que distaba como un cuarto de

legua de su casa , llegó este momento dichoso para mí, como todos los que pasaba al lado de mi bella , sin fastidiarme jamás, pues por larga que sea una calle del jardín sembrado de rosas no cansa nunca al que la pasea.

Tuve el placer de poner por mis manos sobre la yerba aljofarada por el rocío , la preciosa carga que un hermoso caballo blanco como la nieve había conducido hasta el bosque de Chapultepec; nos internamos por entre los árboles, y Rosa tomando con destreza una carabina, que yo le entregué, disparó y dió la muerte á una tórtola campestre: ¡infeliz! dijo cuando se la presentaron, ¡arrullaba en las ramas! acaso cerca de su nido. tendría sus polluelos; ¡qué desconsolado quedará su esposo! la buscará, sí; en vano la llamará, su lamento repetido se perderá en el ambiente, volará en torno del bosque, y no la hallará jamás, ¿y soy yo quien le ha robado toda su dicha? ¡todo su consuelo! ¡acaso morirá de la pena! Alejad amigos esa carabina, quitad de mi vista ese instrumento de muerte, quede esta diversión para las almas inclinadas á la destrucción; creedme

Lermin, este pobre animal ha sido víctima de la vanidad, quise probaros que no soy tan cobarde que se niegue mi mano á manejar las armas; basta, sirva esta sincera confesion de mi orgullo de venganza á la sangre de este inocente animal. - ¡ Cuántas virtudes brillaban en el discurso de mi amada! qué sinceridad para acusarse, qué ingenuidad, qué sensibilidad tan fina; pero que impresion la que causó en mi corazon aquel acento con que pronunció: *qué desconsolado quedará su esposo; la buscará y no la hallará nunca aunque gire volando por el bosque:* parecia haberse grabado en mi corazon, que se vió en aquel momento como las tardes tempestuosas cubiertas de lóbreguez, amenazando la destruccion de la ciudad despues de haber gozado en la mañana un sol tan claro y sereno, y todo cuanto ofrece de mas bello el bosque y el amor. Dándole el brazo la conduge paseando por uno de los parajes mas hermosos que tiene el universo, mientras Tlaquilpa se internaba buscando los venados.

Esta es, dijo Rosa, la antigua morada del

último Emperador indio. - Es así, dije yo, pero ya no existen ni aun los vestigios que nos recuerden su memoria. ¡Qué espíritu destructor se ha apoderado de los hombres! ¡qué deseos de extinguir hasta la memoria de la antigüedad, apenas se conservan algunas cosas, como escapados al genio maléfico de la destrucción! ¿Te acuerdas Tlaucolde del bosque de Chapultepec? es el local mas apropiado para colocar el templo del amor: allí fue donde se sentaron dos amantes, á la sombra de los antiguos *Agueuetes* (14), que la prestaron un tiempo al inmortal Cortés (15).

Dentro de sus muros, cerrados por una verja de hierro, hay un elevado cerro de cerca de cinco mil varas de circunferencia, su cumbre sirve de cimiento á un magnífico palacio levantado á la europea; pero no son los primores del arte los que allí se admiran, encantan solo las bellezas variadas de la naturaleza.

Desde la esplanada que forma el bosque de espesa arboleda abundando entre ella los robustos *Agueuetes*, cuyas espesas ramas vestidas á trechos del heno blanquecino, fle-

ble al soplo, meciéndose en el ambiente, cual débil madeja de lino en su capullo, se enlazan unas á otras impidiendo la entrada á los rayos del sol, sus gruesos troncos cubiertos de musgo, muestran haber sido regados con las aguas que inundaron el mundo, y sus menudas hojas sirven de albergue á las tórtolas y pajarillos; se ve el cerro cubierto de menudo cespéd, de florecillas de varios colores, y multitud de arbustos que con el claro oscuro de sus verdes forman una perspectiva pintoresca, donde valan trepando las cabras y las ovejas. Desde la eminencia es aun mas bella la vista del bosque, los grupos lejanos de variados árboles aparecen semejantes á un prado desigual por los variados verdes y dimensiones de sus copas. Enredanse las astas del venado en el intrincado matorral de ramas y bejucos, corren las tímidas liebres por entre el follage de las plantas, esparciendo aromas suaves en el ambiente al moverlas, cerca de la cueva tapizada de musgo donde la cierva echada alimenta al manchado cerbatillo, que la sigue luego saltando á los márgenes de los claros arroyuelos que

serpentean entre líneas de flores y aromas. Las albercas de agua cristalina esparcidas por el bosque le hacen mas ameno y agradable. Pintarte todas sus bellezas Tlaucolde es imposible; figurate un gran pabellon de gasa verde cubriendo una alfombra de flores, y dibujadas sobre ella tapices perpendiculares de yedra y jazmines, formando caminos cubiertos y bóvedas enramadas, girando en todas direcciones arroyos, ya mansos, ya en cascadas; el correr de los gazapillos, el reforzar de las ardillas, y otros cuadrúpedos monteses, el arrullar de las tórtolas y el canto siempre armonioso de los pájaros, acompañado del agradable susurro de los árboles; y en fin, todo cuanto tiene demas delicioso el campo, y demas variado la juguetona naturaleza, no tiene la Europa nada comparable con los campos de las Américas, ni muchos bosques como el de Chapultepeq. Allí fue donde fijando los ojos en Rosa exclamé con el acento del cariño: ¡Rosa mia! ¿cuándo oiré yo de esos preciosos labios un te amo? - Lermin, yo pudiera usar contigo aquella modestia de los siglos pasados; pe-

ro ya no estamos en aquellos tiempos, en que si bien concedo mejores costumbres, en general, que hoy día, también me tomó la libertad de llamarles de bárbarie; aquellos tiempos, digo, en que las mugeres apreciaban el valor en los hombres, y desconocían toda idea de ilustración, la conquista de un valiente era á todo lo que aspiraban; teniendo esta prenda aunque no supiese escribir ni aun leer, era preferido; pero en el día, una oda, un poema, una obra literaria ó dramática, ó el decir elegante en la tribuna, tiene más imperio en el corazón de una muger, que la lanza, el escudo, y todos los triunfos del torneo. Ea pues yo blasono por lo mismo más de la noble franqueza que del inútil melindre. ¡Lermin, yo te amo! — ¡Cielos! exclamé queriendo echarme á sus pies. — ¡Deteneos! dijo, no es tan espeso el ramage que pueda ocultar nuestras acciones al ojo penetrante del rústico malicioso, que semejante al (cortesano ilustrado) se divierte con las extravagancias de los amantes, cuando ellos creen que estas son un misterio para los demás. Querido Tlaticolde,

si has amado alguna vez, si conoces los éxtasis sublimes de la felicidad adivinarás fácilmente las sensaciones de mi corazón. ¡Oh momentos deliciosos! mas fáciles de concebir que de explicar. Rosa era virtuosa, sin afectación; sensible sin coquetería, amable sin humillación, conocia al mismo tiempo el arte de darse á respetar sin orgullo ni pedantería.

Yo llevé su mano á mis labios, ella no lo rehusó.-Lermin, insisto en que todavía no me conoces, yo tengo sobre tí esta ventaja.-¿No hace el mismo tiempo, amiga mía, que nos vimos por la primera vez?-¿Ignoras Lermin la diferencia que hay de la muger que vive en su retiro, y á quien solo conocen algunas personas (por punto general) mas por sus cualidades físicas que por las morales? ¿qué el hombre público se descubre de mil maneras? ¿Y qué el destino que tú desempeñas en la República es todavía aun mas apropiado para darse á conocer? un senador en medio de las controvérsias políticas de un estamento en el aula nacional, es donde deja entreveer su genio, sus costumbres y su moral, allí, ya esponiendo, ya rebatiendo, ya defendiéndose,

exhala en su discurso las ideas de su alma y los deseos de su corazón.-¿Dime pues si me serás desconocido, y si en cuanto al conocimiento recíproco, podremos nivelarnos? Seria poner en paralelo la luz con las tinieblas y la publicidad con el misterio, tus virtudes están patentes á mis ojos como la luz meridiana; antes de verte, ya era yo entusiasta por tí, tus obras poéticas me habian hecho concebir una alta idea de tu talento, de tu amabilidad, de tu dulzura. ¡ Con qué placer he leído tus composiciones! ¡ Cuántas lágrimas me han hecho derramar! ¡ Cuánta admiracion, cuántas sonrisas! Ay Lermin con cuanta complacencia oí tus discursos; tus preciosos discursos: que son para todos como el canto del ruiseñor, hermosos, variados y que no cansan nunca: por todo lo que me has oído, sabes ya que te amo, aunque no dudo que aun antes lo hubieses conocido.

En mucho tiempo no pude hablar, tal era el enagenamiento que embargaba mis sentidos. Sí, amigo, llegué á mis labios la mano de Rosa, y quedó mi espíritu en un éxtasis. ¡ Oh momentos de felicidad menos negados al

sentido que á la pluma; dichosos los que pueden prolongaros!

Llegó el Conde y regresamos á su casa. No extrañes que conservásemos entre nosotros estos títulos borrados ya de nuestros genealógicos, porque á mas del imperio de la costumbre, existe el mas poderoso, que es lo que agrada á la nobleza, pues por mucho que se hable de igualdad siempre nos consideramos desnivelados, del comun del pueblo, porque la educacion y los principios establecen entre nosotros cierta divergencia.

Tenia yo una hermana á quien amaba; Selia vivia con una tia que teniamos en Queretaro. Pagó el tributo á la naturaleza, y yo debia traerla á vivir conmigo; á mas de lo mucho que yo queria á Selia, me alegré de dársela por amiga á Rosa. Compré una casa lindante con la de mis amigos, y le dimos comunicacion interior por el jardin. Una noche que alumbraba la luna magestuosamente, y yo llegaba al jardin, oí que Rosa cantaba desde un cenador creyéndose sola, al dulce compás del arpa la siguiente cuarteta:

Yo nunca busqué el amor
 Yo jamás pensé enlazarme,
 Pero ha llegado á agradarme
 El mas fino trovador.

Hice traer mi guitarra y sentándome tras
 la pared de yedra, que me separaba de mi
 amada, canté una canción que habia com-
 puesto la mañana de aquel día.

Colibri venturoso
 Que colocas el nido
 En las rosadas ramas
 Tu suerte no te envidio;
 Pues yo tengo un pimpollo
 En el pecho mio,
 Porque la Rosa solo
 Es ya mi distintivo.
 Si en el jardin paseo
 Sola la Rosa miro,
 Si los pinceles tomo
 Solo una Rosa pinto.
 ¡Ay! mi mano la toma
 Bañada del rocío
 La pongo sobre el pecho

Y á los labios la aplico,
 De su caliz exhala
 El aroma exquisito
 Que absorve con hemencia
 Este corazon mio
 Y sus emanaciones
 Extasian el sentido.
 ¡Profana lira calla!
 Que basta ya lo dicho.

Antes de dar fin á la música ya estaba Rosa á mi lado. - Dos dias hace que no nos vemos, amigo mio. - Sí, amable Rosa, mis ocupaciones no me han permitido dejar la ciudad; solo por las urgencias de la patria puedo yo dejar de verte, Rosa mia. - Amo a la patria, Lermin, pero es muy cruel en robarme tu presencia, tú habrás estado divertido con las funciones (16) celebradas mientras yo he sufrido aunque levemente una indisposicion que me ha impedido presenciárlas. - ¡Yo divertido, cruel Rosa! ¿puedo yo hallar placer sin tu presencia? ¡ah! si me hubieras visto en medio de las diversiones, las tardes apacibles, daban lugar á juntarse en la alameda un

inmenso concurso, los trenes vistosos, las damas ricamente adornadas deslumbraban con sus brillantes joyas, la visualidad siempre bella que presentan las tropas, las banderas desplegadas, movidas cariñosamente por un céfiro blando, el ruido alegre del cañon y las campanas, las sonrisas y las aclamaciones, las hermosas fuentes, los árboles siempre verdes y ramosos, todo formaba el conjunto mas bello; pero no estabas tú; y esta alameda, este sitio no era para mí mas que un desierto que no me ofrecia otra cosa que la tristeza y el fastidio; ¿no lo crees prenda mia? este retrato tuyo en miniatura te dará testimonio, asi como la anacreónica que has oido de cuales ~~manera~~ entretenimientos me ocupaba, y de cómo en los ratos que estuve libre de mis cargos fui siempre de mi adorado bien. ¡Ay cuanto me lo agradeció aquella criatura sensible! Lermin, me decia, yo te amo, y tengo en tí una ciega confianza, cosa muy necesaria para la tranquilidad de los amantes, y jamás te obligaré con indiscretas restricciones á que faltes á tus deberes, tanto civiles como sociales; yo se bien que las mu-

geres exigen alguna vez de los hombres; que falten á la educacion misma, tomando celos hasta de un simple saludo; no Lermín, yo no quiero que tengan queja de tí, aun mas, deseo que te diviertas y que obres en todo con entera libertad, limitándome solo á pedirte amor y constancia.

Este era el lenguaje de aquella muger encantadora que acompañaba estas expresiones con las mas finas caricias.

¡Oh jardin precioso! ¡Oh Chapultepec, testigo tantas veces de mis dichos! tus árboles antidiluvianos prestaron sombra, á las escenas mas preciosas de mi vida; vuestras fuentes, vuestras grutas, vuestros Senadores, vuestros ~~...~~, todo, t ~~...~~ al ver mi felicidad, y al mirar tierno de la deidad del bosque. ¡Oh cielo! aun me parece que la oigo decir: Lermín, yo te amo: no abuses nunca de mi pasion. Lo juro, amada Rosa, yo amo tu alma, tu alma elevada como las palmeras añosas, adoro tus virtudes, mi amor se purificó en tus ojos, mis pensamientos son tan puros como los arroyos que bañan el cerro de Cuajimalpa, tus palabras son

á mi oído como el canto de la calandria de los bosques. ¡Oh Rosa! ¡Oh Rosa, tú eres cándida y pura como las flores del desierto!

Dispuse el viaje para Queretaro á fin de traer á mi hermana, ¡qué triste fue nuestra despedida! la noche de mi pro partida, oí desde el jardín los sonidos patéticos del arpa y la voz melodiosa y triste de Rosa que cantaba. Trage la guitarra y entoné el siguiente verso improvisado.

Los crudos hados pueden
De tí apartarme
Y hacer que nos dividan
Inmensos mares;
Mas mi cariño
Vivirá donde habites
Dueño querido.

Luego que concluí, oí que preludiaba Rosa en su arpa y cantó con voz melancólica:

*¡A Dios mi Lermín!
¡A Dios dulce dueño!
Que tú te retiras;
Pero yo fallezco.*

¡ Dichosos amantes!
 Que no habeis probado
 Del dueño adorado
 La separacion.
 En estos instantes
 Llenos de consuelo
 Os conserve el cielo
 Tan dulce ilusion.

*¡ A Dios mi Lermín!
 ¡ A Dios dulce dueño!
 Que tú te retiras;
 Pero yo fallezco.*

¡ Con qué enagenamiento oí su voz! Rosa, haz que te vea por la vez postrera; salió á la ventana, la luna alumbraba su rostro bañado en lágrimas. Rosa mia, le dije, la hora de partir se acerca, á Dios. - ¡ A Dios objeto de mis delicias, contestó y cerró la ventana dando un ay tristísimo: yo permanecí un rato oyendo los suspiros que exhalaba, ella lloraba y sus lágrimas abrasaban mi corazón, y antes de retirarme canté la siguiente cancion.

¡Qué pronto se pasan
 Los días dichosos!
 ¡Pero los llorosos
 Ay Dios! duran mas.
 Cual exhalaciones
 Van los de ventura
 Los de desventura
 Prolongados son.

¡Qué tiernas, qué espresivas eran las cartas de Rosa! con ellas recibí una de Tlaquilpa concebida en estos términos.

¡Cuán penosa es á la amistad la reserva! ¡cuánto he luchado con mi propio corazon para ocultarte mi felicidad! Al fin venció el amor á las preocupaciones que me atormentaban. Yo estoy casado desde antes de mi viaje á Tlascalala, amigo mio; pero permanecía en secreto mi boda porque mi esposa es nacida en la península y yo soy senador; pero bien reflexionado, ¿qué puede influir en un estado la patria de una muger? á pesar de esto no dejarán de criticarme las gentes y los periódicos, generalmente dispuestos á zaherir y criticar á las autoridades, porque las cosas

no siempre van á su gusto, ó no se concilian con sus intereses, ni con la opinion del bando en que están alistados, ¿pero han de poder mas los ecos de la prensa y la voz de la maledicencia que las lágrimas de una hermosa tan querida? ella desea morar bajo el techo que me cubre, respirar el ambiente que respiro; ¡ay! ¿se lo podré negar? no, Lermín, soy esposo, y esposo amado, adoro á mi esposa, ¿seré justo en resistirme por mas tiempo á lo que el amor me prescribe? No, amigo no, tú opinarás como yo, ¿a la conocerás cuando vengas, sí, ven pronto, que tambien hay en Tacubaya quien suspire por tí ven con Selia y aumentarás la felicidad de tu amigo Tiquilpa.

Me sorprendió á la verdad la misteriosa boda de mi amigo, algo me sobresaltaba el sugeto incógnito, porque yo sabia las casas que él frecuentaba, y por las noticias que me habian dado mis compañeros; pero no me paré mucho en estas reflexiones, porque el que está verdaderamente enamorado, considera muy ageno cualquiera otro negocio: yo me ocupaba demasiado con mi pasión,

mi destino, y los negocios de mi casa; á pensar de todo contesté á mi amigo.

Tu felicidad será siempre una de mis dichas, querido Tlaquilpa, ¿hay á tu lado quien suspire por mí? ¿qué felicidad! imposible me parece ser tan dichoso; pronto regresaré al templo de la paz, de la dicha y del amor, juntos haremos á Gnido á ofrecer el incienso del rendimiento á nuestras deidades; entonces te abrazará gustoso tu amigo Lermin.

La que escribí á Rosa fue por otro estilo.

¿Con que Rosa no es ingénua con su amante? ¿con que me ha ocultado la boda de su hermano? ¡ah Rosa, Rosa, tú tienes secretos para mí! ¿podria yo creerlo? ¡A Dios cruel Rosa, a Dios! el dolor que siente mi corazon no me permite ser mas largo; á Dios, te repite el desventurado Lermin.

La respuesta fue como sigue:

¡Cruel y despótico como todos los de tu sexo, ¿eres tú el que proclama la libertad en la tribuna? ¡ah! ¿por qué te creí fuera del círculo de los demas hombres? bárbaro y tirano quieres abrogarte el derecho de la fuerza, sobre un sexo débil: débil en lo físico,

dime; ¿podrás disculparte de tu injusta queja si das lugar á la reflexion? si consideras quanto me hubiera degradado á tus propios ojos si hubiera cometido la imprudencia de revelar un secreto ageno, ¡cruel Lermin! todos mis secretos están en tu pecho; pero los de un hermano, los de un amigo, ¿somos árbitros de publicarlos? ¿quieres confundirme con el comun de las mugeres? ¿no me has dicho tú mismo que no lo soy mas que en lo físico?

Tengo costumbre de callar hasta las cosas mas sencillas, y te prevengo que cuando se me juzga digna de guardar un secreto, tengo valor para ser víctima de él si necesario fuese: ~~cuando~~ en tu propio corazon, y si no abunda en los mismos sentimientos, culpa quanto quieras á la desventurada Rosa.

Bien decia esta muger incomparable que yo no la conocia: mientras mas virtudes poseen las almas nobles, mas dificiles son de penetrar; bien decia ella misma, que á las gentes solo se les conoce en la ocasion, y que no sabemos de lo que cada uno es capaz hasta que llega el caso de experimentarlo; el sen-

timiento de haberla ofendido se mezclaba en mi corazón con el placer de leer su carta y descubrir más su talento y sus virtudes, tomé la pluma y le escribí en estos términos:

¡Perdon amada Rosa; perdon á quien cada día halla nuevos motivos de admirarte; perdon á tu amante infeliz! ¡ay dulce amiga! estoy celoso hasta del aire que respiras, envidio el polvo mismo que hiere tu frente, ¡lo creerás Rosa! ya me parece que veo desaparecer de tu semblante el enojo y aparecer en los graciosos laojos la sonrisa, que besas mi retrato diciendo, sí te perdono; como al mismo tiempo que recibías bondadosa mi sincero arrepentimiento, ¡ay! si supieras cuánto padece, cuánto sufre hasta que te perdones el desconsolado Lermin.

Pero ¡ay de mí! yo no recibí contestación ninguna, y traté de volverme al momento á Méjico; pero entre tanto, cuánto sufrió mi corazón, ¡qué días tan amargos! ¡qué noches tan inquietas! los ratos que dormía veía en sueños á Rosa desdeñosa y fría para mí, me levantaba de mi lecho, me paseaba, la llamaba, me volvía á la cama conver-

tida ya en tortura para mí, lloraba, suspiraba, temblaba, y hacia todas las extravagancias de la desesperacion.

Partí con Selia, las jornadas fueron tristísimas hasta llegar. Dormía yo sobre el hombro de Selia rendido de sentir mis males y convidado por el suave movimiento del carruage, cuando oí las voces de los cocheros, que alborozados saludaban la aurora, y la torre de la parroquia de Tacubaya que ya se divisaba. ¡Oh Dios! cuan gratos son á nuestros ojos los primeros albores de un dia que nos trae la felicidad, al paso que á los ojos llorosos siempre el sol apareció nublado. Llegamos á casa y dejando á Selia en su gabinete, ~~me~~ ^{me} ~~despedí~~ ^{despedí} ~~me~~ ^{me} ~~del~~ ^{del} ~~camino~~ ^{camino}, lleno de él y con el propio traje pasé al jardin de Rosa: no pudiendo contener el deseo de echarme á sus pies, atravesé una senda y al llegar aun risco formado de conchinologia y peñas figuradas, por donde circulaban arroyos pequeños de agua, oí la voz de Rosa que llorando decia: ¡Ingrato falaz! ¡por qué me has engañado, pérfido; yo infeliz te ame! yo que había huído siempre de todo amor; soy la

víctima del falso Lermin. ¡Cielo! exclamé arrojándome á sus pies. Pérfido, ¿á qué vienes? dijo turbada.-A reconvenirte por tu silencio.-¡Vil engañador! tú eres el que lo has guardado y ahora vienes haciéndote el desentendido.-¡Yo, Rosa! yo que te he escrito cuatro cartas y el silencio ha sido la respuesta.- Lermin eres caballero, no me ocultes la verdad.- Rosa, te juro que no he recibido carta tuya, y esta circunstancia me ha hecho precipitar los negocios para venir á calmar la inquietud que me atormentaba, ó morir.

Las mismas pasiones me han asaltado, Lermin, ¡si supieras cuanto he sufrido! ¡qué días tan tristes! ¡qué noches tan inquietas! cuando me creía olvidada y conocía que te amaba, lloraba sin consuelo y maldecía el momento en que la fuerza del destino me arrastró hacia tí! Yo olvidarte, Rosa, ¡jamás! ¿qué, dueño mio, aun no estas persuadida que te amo mas que á mi propia existencia? yo creo que nuestras cartas han sido interceptadas; es cierto que algunos correos no han llegado, porque todo se resiente en las naciones cuando en ellas no hay paz, todos se

aprovechan del desorden; el empleado que está interesado en que no llegue un pliego, el militar á quien no acomoda una orden, el comerciante que no quiere pagar una libranza, el pleitista á quien interesa detener una sentencia, un trámite; todos estos son enemigos de la balija, y como no es menester mucho trabajo para apoderarse de ella cualquiera lo intenta. ¡Triste cosa es haber dado el grito de independencía con la voz lúgubre de mueran los españoles! creyendo que en arrojando á estos gozariamos de paz y nos vemos envueltos en todos los horrores de la guerra civil. ¡Ay Rosa! el primero que dá el grito de la anarquía jamás vé fijado sus deseos, y abre la caja de pandora para la patria.

¿Pero es posible que solo tus cartas se hayan interceptado? ¡Cruel Rosa! despedázame el corazón, cree lo que quieras, tenme por perjuro y mátame.

¡Ay Lermín! ¿es posible que te empeñes en creer que solo tú dices verdad?—Me desespero sino me dices que me crees y que me amas.

Tú eres el único que ha cautivado mi corazón, no, no son las gracias físicas que te ha

prodigado la naturaleza las que han hecho impresion en él, han sido tu virtud, talento y finura, y las demas prendas morales que te adornan, y asi Lermin si tienes la virtud de la constancia (tan rara en los mortales) yo seré la esposa mas feliz, asi como la mas fiel; pero si tu amor es mas corto que mi vida te suplico no te comprometas en las aras, porque el primer dia que yo conozca tu mudanza, será el último de mi existencia; esta es la razon por qué temo siempre á los dulces lazos del matrimonio, esta cadena solo pueden hacerla soportable el amor, la constancia y la prudencia recíproca; sí Lermin, la felicidad de las mugeres destruye ilmente porque se funda en el círculo doméstico: la elevacion de los destinos, la satisfaccion de verse rodeados de seres acaso agradecidos y á veces adulados, favorecidos por el poder, las palmas de la victoria, la gloria de la literatura, el progreso en las artes, satisfacen al corazon del hombre; pero al de una muger, solo las caricias de su esposo pueden hacer su dicha; si estas le faltan, ved ai el ser infeliz que solo excita compasion, sin que

ni los parientes, ni los amigos, ni los espectáculos repetidos y variados, ni las riquezas que le abren las puertas á la satisfaccion de sus caprichos tengan fuerza para arrancarla el dolor y la desgracia: ¡infeliz de mí si me llegase á persuadir un día que ya no hacia tu dicha!

¡Mi dicha solo de tí depende, Rosa! mi amor pasará de la tumba no lo dudes, amo tu alma, y ni la muerte podrá extinguir mi afecto; sí Rosa, el amor de tu esposa será eterno.

¡Qué virtud! exclamó entusiasmada y como en ademán de echarme los brazos; pero fué detenida por el pudor, yo me animé y rodeé con uno de los míos su cintura, la estreché contra mi pecho y sentí latir con violencia su corazón; sus mejillas que hasta aquel momento se asemejaban á la flor de su nombre en su primitivo estado, sufrieron la misma variacion que ella cuando la precipitacion de la Diosa en socorrer á su morimundo amante las regó con su sangre extraída por las espinas y tomaron el color que poseen hoy; bajó los ojos, se sonrió, y ciñéndome blanda-

mente con su brazo, sus lágrimas caían sobre mis manos, y las mias inundaban sus cabellos; pues como avergonzada ocultaba su rostro sobre mi pecho, y luego desprendiéndose blandamente exclamó: ¡Lermin, cuán indiscreta he sido! asegúrame bajo tu palabra de honor que no abusarás de mi ardiente pasión.

¡Lo juro por....!

Basta; es demasiado respetable la divinidad para que los hombres le llamemos por testigo de nuestras acciones, el hombre que no tiene fuerza para sostener su palabra, menos respeta las leyes mas sagradas del juramento.

¡Oh muger mas hermosa que el primer crepúsculo de la luz de un dia dichoso y esperado! Dime, ¿ si en las vicisitudes á que está espuesto el hombre público en medio de las convulsiones de un pueblo cuyo amor es mas voluble que los vientos, llegasen á espatriarme, me seguirias á Ultramar?

Lermin, el orbe entero es patria del amor, los amantes son los verdaderos ciudadanos del mundo, nada tengo de ambiciosa, yo amo á Lermin no al senador, no me cauti-

van tus títulos y tu grandeza, yo sería feliz aunque cambiasen el timon del estado por el callado ó la esteva, una cabaña y Lermin será toda mi dicha, toda mi gloria.

¡Muger sublime, mas grata, mas amable y bella que la esperanza en medio del temor! cada instante me descubres mas la elevacion de tu alma, y me haces temer al mismo tiempo que no nací para obtener la dicha incomparable de poseerte. - Selia donde esta, ¿amigo mio?

Nos espera en casa. - Deseo abrazarla y ofrecerla mi amistad.

Vamos; pero ¿y Tlaquilpa y su esposa dónde están? - Han ido á pasear al sitio que llaman la Gueva del Hermano, aquella pintoresca gruta donde murió un ermitaño que nadie supo quien era.

¡Y cómo es que no los acompañaste! Descaba tanto verme sola, y la verdad Lermin no me gusta mi nueva hermana, tú dirás que al fin cuñada; pero lo confieso, siento no se que aversion á esta muger, que me parece no se establecerán entre nosotras relaciones de amistad, mi hermano está loco de enamora-

do, y cree que es la reunion de las virtudes y de las gracias: acontece generalmente que cuando amamos tenemos débil la retina del ojo y disminuimos, ó no vemos los defectos del objeto amado, al contrario sucede cuando aborrecemos, las mismas virtudes nos parecen vicios, y nos hallamos siempre dispuestos á acriminar las acciones del objeto de nuestra ojeriza. Llegamos á el gabinete, Selia y Rosa se abrazaron con una ternura, con una franqueza como si se conociesen de mucho tiempo. Los ojos de Rosa negros, rasgados, llenos de dignidad y de modestia, se fijaron en los celestes, grandes y lánguidos de Selia, y ví en sus labios aquella sonrisa que pronostica una estrecha amistad, yo las llamé, complacido los dos amigos, Rosa dijo. Las dos amigas deben ir á desayunarse á un cenador con su amigo. Selia vamos, y con un buen vino de madera que tengo en la bodega haremos libaciones para establecer nuestra amistad. A penas se habia visto fermentar por la primera vez la espuma del champaña en la honda copa, y elevarla brindando al amor y la amistad, cuando la herrada planta de un tropel

de caballos nos avisó de la llegada de los Condes y sus criados. No los esperaba tan temprano, dijo Rosa, y salimos á encontrarlos. Abrazé á Tlaquilpa y tomando la mano de Selia, se la presenté como una nueva socia de nuestra fraternal reunion. El nos presentó á su esposa; la que levantándose el velo, me confirmó en las sospechas que tenía ya, era Lemuana. ¡Cielo! ¡yo no sé que cumplido la hice; solo sé que nos cortamos uno y otro; pero que sabiéndolo disimular, quedó cubierto con el velo del misterio; pero ¡ay amigo! cuanto padecía mi corazón. Combinando las fechas veía que Lemuana estaba ya casada, cuando la escena de la coyuya; observé sus ojos, y conocí en sus miradas que no había renunciado á sus pretensiones. Cuanta era mi inquietud al notarlo: cuantas las veces que me acordé del antiguo refrán: *Una mujer celosa y agraviada, solo consigo misma es comparada.* No sé lo que me sucedió; pasé algunos dias inquietos; mas viendo que ella no me reconvenia, me fuí tranquilizado, y como facilmente nos persuadimos siempre de aquello que nos es más favorable, llegué

á creer sinceramente, que Lemana no me inquietaria. Volví á ocupar mi silla en el senado, y la ocupé con el funesto conocimiento de que la nueva España no consolidaria su gobierno; afligianme los pocos elementos que para ella tenia. Enemiga declarada de la nacion Española, ambicionada de otras tan avaras como poderosas, que fomentando las divergencias, estraian sus riquezas y la dejaban impotente á todo movimiento de industria; haciéndola tributaria de sus fábricas y manufacturas: naciones que bajo la ramá de oliva que alargan á los que las llaman en su auxilio, ocultan la formidable sea, que abrasando la prosperidad, destruye los adelantos y mejoras; y que en consiguiendo ellas su triunfo, aunque las otras caigan desechas bajo su férula. Tres partidos luchaban entre sí: el que llamaban escocés, alistado bajo la bandera de la moderacion y la paz, amante de los progresos útiles, aunque lentos y nada ante europeos: el mazónico, bastante conocido ya en el mundo: y el yorkino compuesto de los que llamaban primitivos, democráticos, exaltados, propendian siempre á echar á los españoles,

providencia tan injusta, como antipolítica. ¡Ay amigo! los españoles salieron y los disturbios quedaron. ¡Cuán errado va el que llega á creer que esos hombres herborosos se contentan con perseguir solo á una clase del Estado! Tras aquella cae otra y otra, hasta volver las armas contra sí mismos, cuando ya no encuentran obstáculos que vencer, como cuando los indios del Canadá (como dice Montesquieu) cortan el árbol por el tronco para coger el fruto, haciendo perecer la simiente, las flores, el fruto que cuaja, y hasta las ramas que daban sombra al viajero y albergue á las aves. Estas cabezas volcánicas trastornan los mejores planes, y se niegan á oír la voz de la razon y la equidad, arrollándola con aquel lenguaje seductor, propio de las pasiones, que aunque no convence, adula, y suena siempre bien á los oídos del malévolo, y á las orejas del necio. Estos discursos engalanados con citas pomposas, fascinan á la juventud y aterran á los pusilánimes; á estos, que aunque preven los males, son tan desconfiados, tan débiles que no se atreven á oponerse á ellos. Estos seres

nulos; aunque buenos en el fondo, son siempre arrastrados por la mayoría de los malos. Se mudaban los gobernantes, y se desconocía el gobierno. Las mutaciones hallan siempre prosélitos entre los que nada tienen, y esperan algo, aumentadas por los malcontentos, y la masa general del pueblo siempre imprudente, envidioso, odiador eterno del que le manda, deseoso de enriquecer sin que le cueste una gota de sudor, émulo del rico laborioso, y dispues á dejarse arrastrar indistintamente por el bien ó el mal, si le ofrece ventajas; á veces bondadoso con los malos, algunas piadoso con los buenos, y siempre desenfrenado y sanguinario con entrambos: este es generalmente el feto informe que visitan los partidos del color que les parece, y denominan con el epíteto solemne de opinion pública, y fingiendo beneficencia logran engañar, y hacen el negocio particular, aclamando siempre el bien general: así triunfa la intriga de la virtud.

¡Infeliz nacion! estabas privada de industria, y perecían los frutos en los campos, haciéndose silvestres, porque estaba mandado

que solo se consumiesen los de España; providencia que exasperó á los americanos. ¡Reino desgraciado! ¡aquel en que un gobierno prudente no ha protegido la agricultura, las artes y el comercio, aquel en que los hombres se han acostumbrado á vivir del erario; estos se hacen una guerra pirata, y como las fieras hambrientas se disputan la presa: esta fue una de las quejas de los americanos; decían que la madre patria daba los empleos sin contar con los criollos, y era ya antigua la cuarta.

¡Tristes Ind'as, hasta cuando
 Durarán vuestros desvelos!
 Vuestros hijos por los suelos
 Y los agenos mamando.

Los que mas sobresalen en las revoluciones, son aquellos hombres hervorosos, aquellas cabezas volcánicas, semejantes á un torrente anmentado por las aguas del cielo, que todo lo quiere destruir sin edificar, que detestan lo antiguo porque no es obra suya, que fascinan con la idea de la novedad, que tan-

to agrada á los que no conocen el mundo, ni menos el corazon del hombre, del que se dice generalmente. El corazon del hombre es un libro abierto, no, el corazon del hombre es un libro cerrado, y es menester hojearlo mucho para conocerlo. Estos hombres á quienes jamás convence la voz de la razon, y en cuya memoria deja la esperiencia el mismo rastro, que el pájaro en su aerea ruta, estos hombres de quienes saca la sociedad tanto partido como el dueño de un reloj que no obedece al registro, son los que han destruido los paises mas hermosos del mundo. Si hubieramos conocido nuestros verdaderos intereses, si hubieramos caminado unánimes en ideas, y despreciado á esos demagogos insanos, á quienes no interesando nada la posteridad, desprecian todo aquello que les rodea, sino tiene relacion con su persona, con sus goces y engrandecimiento seriamos felices. Con ellos combatia yo, me asistia la razon y la justicia; pero conocí que no era cometido á ellas libertarnos de la tempestad que sonaba sobre nuestros cabezas; que el pais estaba en igual situacion, que el buque que corre el se-

no mejicano sin velas ni timon y entregado á sí mismo. A pesar de este convencimiento determiné no abandonar la arena en que defendia los derechos de mi patria, y perecer antes, ya que no como un héroe, pues por desgracia este lauro está cometido á los campos de honor, como si el que pelea al frente de la maldad y de la intriga (que es la peor batalla) no sufriera y no espusiera su existencia al puñal de la traicion: yo preferiria morir como el gusano laborioso envuelto en el capullo; pero me obligaron á romperlo para que girase por un ambiente extraño, cual débil mariposa. ¡Ay amigo! mis desgracias estaban escritas en el libro del destino y permanecian cubiertas con el velo impenetrable de lo futuro.

Mis amores con Rosa seguian cada vez mas finos. Tlaquilpa deseaba nuestra union; pero su muger se habia hecho un centinela tan vigilante, que no nos dejaba un momento diciendo que las solteras no debian estar solas con los hombres.

Fastidiado yo de oírle repetir tan impertinente cantinela, y mas de su indiscreta

vigilancia le contesté. ¿Qué solo las casadas pueden disfrutar de esa libertad señora? - Corren menos riesgo. - Yo creo que corren mas; pues sus sagrados juramentos las alejan mas de ellos. Conoció lo picante de la espresion, y se aumentó su mal humor, sin ser menos rígida en nuestra guarda. Yo por vengarme recitaba versos en loor de Rosa, alababa sus acciones y belleza, y como el amor busca siempre la soledad; pues todo lo que pasa de dos personas es escedente en su círculo, logré persuadir á Rosa á que me diese algunas citas ya matutinas, ya nocturnas en el jardín, ¡qué deliciosos eran estos ratos! amigo mio. ¡Cuán bella estaba Rosa oculta entre lo herboso de aquel sitio! ¡como sobresalia entre las flores su hermosa figura! unas veces alumbrada por los pálidos rayos de la luna, otras cubierta con las densas tinieblas de la noche, otras apareciendo en los crepúsculos del dia. ¡Oh cielos! yo la veía, la hablaba y ella sola me oía. ¡Ay que escenas tan interesantes pasaban entre los dos! Mi pluma no alcanza á describirlas, y mi débil corazon sufre mucho al recordarias. Cubramoslas amigo con un ve-

lo: basta decirte que era yo el hombre mas dichoso de la tierra; lo era con aquella dulce tranquilidad del amor verdadero, que es siempre tierno y respetuoso: asi te lo describiré Tlaucolde. Lejos de mí esas pinturas del amor exaltado, lejos de mí esos fuegos groseros, que pertenecen mas á las bestias que á los hombres. Yo me glorio de saber amar, no equivocando nunca (como acontece generalmente) esta noble y suave pasion con los deseos brutales y desordenados. No se ocultaron nuestras citas al ojo penetrante de los zelos. Lemuana nos sorprendia una madrugada, y yo cansado de su impertinencia; con el beneplácito de mi amada, hablé á Tlaquilpa aquella mañana pidiéndole .. Rosa. Me abrazó tiernamente, y se concertó la boda. ¡Qué felicidad la que disfrutábamos dándonos continuamente el nombre inapreciable de esposo. Tlaquilpa se complacia en vernos juntos: Rosa arreglaba todo lo necesario para nuestra union: yo contaba los dias que faltaban hasta el de mi suprema felicidad. Acompañaba á Rosa en el jardin, y estaba siempre á su lado con toda la franqueza que nos daba el

título á que aspirábamos; solo Lemuana estaba inquieta y de mal humor. Rosa no lo extrañaba, para ella estaba en su estado natural. ¡Ay! la desgraciada ignoraba que ella era el objeto del ódio de esta pérfida. ¡Ay amigo! el pudor y la vergüenza son la base fundamental de la virtud de las mugeres, cuando una vez llegan á escalar este muro, se familiarizan con las acciones mas bajas; se hacen desnaturalizadas, crueles; pierden todas las virtudes propias del sexo, y equivocan la dulce, y única felicidad con los placeres del vicio. ¡Cuán culpables somos los hombres para con ellas! A cambio de gozar placeres ilícitos las adulamos y corrompemos despreciándolas y embriecéndolas al mismo tiempo.

Las convulsiones políticas se sucedian unas á otras: ocurrió con prontitud un cambio de los muchos que ha habido en mas de veinte y cinco años que hace está regando la sangre humana los fértiles campos indianos. Las controversias políticas influyen tan directamente en nuestras acciones como la atmósfera en la salud, el amor no progresa entre los disturbios, es niño; el ruido de las

armas lo espanta, y el clarín de la guerra detiene sus pasos: se suspendieron los preparativos de boda, y sucedieron á ellos el temor, la ansiedad y el disgusto, que trae consigo una asonada, cada casa es una escena de dolor, la madre, la esposa y hasta el tierno niño lloran al ver ceñir á su padre el cortante alfanje; la hermana trémula, y la hija desolada, con el traje desceñido, flotando sus cabellos sobre el hombro, inunda con su llanto la banda del guerrero; y le alarga con trémula mano aquella espada, que va á esgrimirse contra el amigo, y ¡acaso á derramar la misma sangre que circula por sus venas! cualquier ruido que en torno se oye, aparece como un tiro y hasta las acciones mas indiferentes se creen órdenes del gobierno, ó movimientos de los sublevados: cuál corre azorado sin saber á donde, cuál se asoma temblando á la ventana, cual la cierra por temor á las balas, cual pregunta agitado ¿qué sucede? cual sale á las calles y halla la muerte en castigo de su curiosidad, cual refiere á los arredrados vecinos que le oyen con espanto mil fábulas inventadas por los visionarios y noveleros,

cual comerciante cierra sus puertas figurándose á cada paso oír la palabra , saqueo , mas horroroso á su oído que la primer descarga al soldado visón. La amante tímida á cada tiro que oye , ve sobre la arena al joven guerrero ; cada persona que entra , cree viene á anunciarle un suceso desgraciado , y en todos los semblantes lee la confirmacion de sus sospechas ; otra siente llegar el cadáver del magistrado , ve su toga desgarrada , y ensangrentada su garnacha , ó le mira en el calabozo esperando la muerte y maltratado por un pueblo bárbaro. Brilla el puñal de la venganza levantado contra los seres inocentes. Los niños y los criados se constituyen en correos y avisan sin cesar , diciendo : Hay vá una patrulla , ya viene un piquete , pasa el capitán general , la autoridad *N.* , el ministro *B.* , comen de priesa por no abandonar su puesto en el balcon , las damas descuidan el alimento , y los criados aprovechando la ocasion dicen : ¿ qué le hemos de hacer ? con dejar de comer no lo hemos de remediar. Pasa la congojosa noche , y el nuevo sol alumbra otras autoridades , y una gran revolucion en

los destinos, ¡funestas consecuencias son las de los alborotos! la envidia trabaja por medio de la intriga, aspirando siempre á derrocar los puestos de los otros para echar sobre sus ruinas, los cimientos de los propios, consiguiéndolo es como se hacen un gran número de mal contentos que son otros tantos enemigos irreconciliables: porque como el patriotismo lo tenemos (generalmente) unido á nuestros intereses, siempre minoran cuando ellos sufren: ahora me acuerdo de una composición dramática en que dije por boca de un gracioso, que es buque que navega en el canal del tragadero, y que toma su rumbo según el viento que le sopla. La verdadera táctica de un gobierno consiste en saber conciliar las voluntades, y hasta poner en práctica aquel adagio: *Hacer del ladrón confianza*, porque nadie recibe bien, ni que le toquen al bolsillo, ni que lo separen del teatro del estado donde el hombre desea siempre figurar: excelente máxima es aquella: „Las reformas con los que ya no existen, y con los que aun no han existido.“ No es esto querer que no se corrijan los abusos, es

solo desear que se haga con la mayor prudencia.

¡Oh tú ilustre Luis! decimo octavo de la Francia, modelo de soberanos, y norte de políticos. ¡Oh tú, que al sentarte en el trono de tus mayores digiste con tanto tino: *En Francia no hay otra novedad que un francés mas, y ese soy yo.* Vos que habiendo hallado el pais lleno de partidos supiste fundirlos ó acallarlos hasta quedar en uno, que os amó y respetó en los años de vuestro reinado demasiado breve para la felicidad de la Francia, no por la necesidad de reprimir el desorden, aclamó á un corzo audaz, sí solo por el convencimiento y deseo de la paz, base fundamental de la prosperidad de las naciones y de la existencia misma de los hombres. Vuestra memoria pasará con placer á la posteridad y con asombro de que no se hayan seguido vuestras huellas huyendo de las reacciones ominosas. Sosegada ya la poblacion (si pueden darse este nombre á los lucidos intervalos de la anarquia) quedó Méjico á manera del Océano cuando despues de un temporal se nota solo la mareja sorda. Entonces es cuan-

do se ven las grandes oleadas que promueve la venganza en el triunfo de un partido, es la estacion en que florece, ¡ cuántas víctimas se inmolan en sus aras!

No creyendo yo tan necesaria mi presencia en la ciudad, tomé el coche á la madrugada, y ví salir el sol cerca de Tacubaya, saludé á Selia que estaba en la cama, y pasé al jardin de mis amigos; siguiendo las huellas de Rosa llegué á una gruta que llamabamos, la del amor, y conociendo que Rosa estaba en ella, entré diciendo la siguiente quarteta:

Una planta muy preciosa
Yo en este jardin miraba
Y entusiasmado admiraba
El mas bello pie de Rosa.

Rosa llega corriendo y se arroja en mis brazos; figurate amigo uuestra alegria, es mas bien para concebida que para esplicada, nos prodigamos las mas tiernas caricias, y me llevó cerca del risco donde nos sentamos sobre el cespéd, tenia en la mano una rosa lindísi-

ma y la colocó en mi sombrero. El sol penetró por las troneras de la cueva y vino á fecundarla, era esta gruta la mas preciosa del jardin, su techo era de musgo, su pavimento de cespèd y marmol, sus asientos de cañas, enredaderas de diversas flores cubrian las paredes cual un tapiz, y en el centro lloraba un manantial en distintos caños por entre un risco precioso de la mejor conchologia, y bonitas piedras: como Rosa era tan querida de los criados, los jardineros se esmeraban en adornarla con macetas de arbustos y flores, el pequeñito colibri anidaba de bajo de los capullos de las rosas, y pendian de las paredes jausalas de pájaros de los mejores que cogian las gentes pobres, á quienes Rosa socorria con mano liberal, las tórtolas, los peces, todo lo ponian á sus pies como á la benéfica deidad de los bosques. En aquella gruta se ostentaban aun tiempo los primores del arte y las bellezas de la naturaleza. ¡Ay amigo este era el parage que yo frecuentaba con mi amada! ¡en él la habia yo retratado reclinada sobre el hombro de Selia! ¡ay Tlaucolde! si alguna vez has teni-

do la dicha de gozar todo cuanto ofrece de mas sublime, magestuoso y risueño el amor y la naturaleza, conocerás cual seria mi placer: formé una guirnalda de siemprevivas, laurel, rosas y pensamientos, la coloqué sobre sus siencs, y dije abrazándola. Rosa apresuremos los momentos de nuestra union: que importa que falten preparativos solo de interes ó de política, no dilatemos mas tan dichoso momento.- Nos uniremos Lermin; pero sabe que á noché como mi sueño era intranquilo á consecuencia de la inquietud en que estaba mi corazon, temblando por tu seguridad. ¡Ay Lermin si supieras cuanto padezco en estas escenas de horror y de sangre, á cada paso creo verte morir.

¡Dulce amiga! cuanto me hace temer por tu salud, esa sensibilidad tan fina.

Ví en sueños que se preparaba el ara, y que la blanca nube del incienso que en ella se quemaba, se hizo densa; tomando el oscuro de las nubes de julio lanzó un rayo que nos separó, yo quedé en un recinto estrecho, y tú en su vasto campo lleno de espinas.- ¡Triste sueño! pero deséchalo amiga.- Sí, ¡pero ami-

go yo te amo, tendrás una esposa fiel; pero ya te he dicho, que el momento en que te halle frio é indiferente, será el último de mi vida, sabré morir en el silencio, no te abrumarán mis reconvenciones, no saldrá de mis labios una queja, pero vive seguro que bajaré á la tumba sin darte la menor prueba de amor ni de amistad por mas que lo solicites, ya conoces la firmeza de mi carácter, tú me has dicho muchas veces (por adularme solo) que mi cuerpo es de muger hermosa, y mi alma de varon prudente; tú me has repetido que debo escluirme del círculo de las mugeres, yo no tengo la debilidad de la mayor parte de ellas, se que el amor es una cadena tan delicada que una vez rota le están muy mal las soldaduras; sí Lermin yo prefiero morir amaute desdichada á vivir desgraciada esposa. Sus ojos se inflamaron y leí en su semblante la seguridad de cumplir la amenaza que me hacia. Yo me eché á sus pies, y le aseguré con lágrimas, que no tendria nunca motivo de arrepentirse de su eleccion. ¡Rosa mia, yo te amaré hasta el último aliento! mi amor solo acabará con mi vida. ¿Crees que el hom-

bre que tuvo la fortuna de agradarte puede amar á otra muger? Ella me abrazó, me sentó á su lado y reclinó la cabeza sobre mi pecho. ¡Oh momento de felicidad, jamás os borrareis de mi memoria! Los labios de Rosa eran como los mirtos amorosos, aromáticos y destilando miel, miel que no empalaga jamás. Oyense pasos, es Lemuana. ¡Rosa avergonzada se retira, yo cortado ni aun pude hablarla, ella con ironía me dice:—¡Qué temprano nos favorece el señor Conde!—¡Oh D'os! he aquí el rayo que lanzó la nube, tu sueño está cumplido, esposa mía.

Siempre delirando, dijo con coraje.

Yo quise seguir á Rosa, Lemuana me detuvo, y reportánuose luego, dijo: ¡qué Rosa! ¡Ah! contesté con vivacidad.

De que me sirve llevar
Una Rosa en mi sombrero
Si me arrancas de los brazos
A la Rosa que yo quiero.

Y desaparecí. Entré por la puerta de comunicación al jardín, en él estaba Selia

que iba á buscarme, la dí el brazo, y referí todo lo ocurrido en el jardin, y lo que habia pasado en la corte.- Tlaquilpa no ha venido, me dijo.- ¡Oh! no tiene la espuela que yo.- No es tan amable el lado de Lemuana para él como para tí el de Rosa.

¡No es nada la diferencia de una á otra!

¿Rosa ha llegado á persuadirse que esa virtud de que blasona Lemuana, es solo envidia?

Estamos de acuerdo Selia.

Ella es de aquellas mugeres avaras de in-
ciensos, que siente que otras tengan quien las ame.

Suscribo á tu opinion, Selia mia.

Asi hablábamos cuando se aparece mi ayuda de cámara, me entrega un pliego y dice que un correo esperaba el sobre, lo devuelvo y leo con asombro, que en el término de veinte y cuatro horas debia dejar á Méjico y que se me desterraba á una de mis haciendas. Yo leia en pie en la galeria del jardin, mi semblante se desfiguraba encendiéndose y apagándose alternativamente, mis manos temblaban, y perdiendo las fuerzas de las pier-

nas caí en una silla, y con un grito espantoso exclamé: ¡infames! Selia que esperaba por lo que veía un fatal contenido de aquel pliego no se atrevía á preguntarme; pero tomándolo del suelo á donde lo arrojé con desprecio, se enteró de su contenido, mientras que yo me paseaba, anudada la garganta por el despecho y la desesperacion. Inmóvil se quedó Selia, y luego dijo con dolor: ¡cuándo lo sepa! - ¡Cuándo lo sepa! contesté como si fuese el eco mismo. ¡Cuándo yo me separe de ella! ¡no, jamás, jamás! Yo lloraba, pateaba, maldecía, y juraba vengarme. El sol del dia inmediato ya no debía alumbrarme en Tacubaya, y el que fecundizaba la tierra ya minaba á el Zenit. Seguro de que jamás habia perjudicado á nadie, reclamé la corteidad del tiempo; pero mi solicitud fue desechada: ¡ay de mí yo ignoraba el mayor enemigo que tenia! Las circunstancias de esta naturaleza favorecen siempre al ódio y la venganza, el patriotismo y la adhesion al gobierno es el escudo con que se cubren, ellas favorecieron á Lemuana que hizo nacer la desconfianza entre las personas elevadas, y en-

tre las subalternas derramó el oro, ¡el oro corruptor! el oro que es aun mismo tiempo salvador y asesino del género humano, el oro que compra la salud, las comodidades y los placeres! abre tambien las puertas al dolor y á la injusticia, y arrastra al hombre al sepulcro por la senda de los escesos.

Sí Tlaucólde *pecunia* es una deidad terrible.

Con la tranquilidad del egoísmo y las apariencias del sentimiento enterró Lemuana en el pecho de Rosa el puñal del dolor; acontece siempre, que preocupados los sentidos con una pena grave no dan lugar á observar á los demas, esto protegió á Lemuana para que nadie conociera las variaciones de su semblante en los diferentes afectos que combatian su corazón, el placer de ver desvaratadas las bodas, el remordimiento anejo á las malas acciones, y la pena de mi separacion, todo esto unido al empeño del disimulo la ponía en una situacion muy crítica.

Yo deseaba celebrar el matrimonio y llevarme á Rosa, ella tambien lo queria; pero faltaban requisitos eclesiásticos, y no pude vencerlos en tan corto tiempo.

¡Con qué rapidez volaron las horas! se puso el sol haciendo ya esfuerzos para obtener una prórroga, llegó la noche y en ella debía hacer los preparativos del viage y arreglar mis asuntos, recomendé á Tlanquilpa, á mi hermana á la que Rosa puso á dormir en su misma alcoba; tuve un sentimiento pasajero al ver que sus instancias para seguirme no fueron muy vehementes, cuando siempre me demostraba tanto cariño; pero como Rosa la queria tanto, y su compañía era tan amable; dejé de extrañarlo. Dió al fin el relox la hora terrible, era mas de la media noche, la aurora se acercaba, yo deseaba partir antes que se agrupasen los curiosos, unos alegres de mi desgracia, otros acaso tristes, y la mayor parte frios é indiferentes. Rosa pálida, trémula y llorosa estaba sentada á mi derecha, y Selia, la triste Selia, á la izquierda; el ambiente de la noche atraía sobre mi rostro alternativamente los cabellos de las dos, ya cual cebras de oro, ya cual transparente gasa de luto: yo reclinaba mi frente ya en el pecho de la una, ya en el hombro de la otra, y se mezclaban nuestras lágrimas como tres

rios que unidos se pierden en el océano: la argentada luna heria las aguas de la fuente y se retrataba en ellas como en un espejo colocado en la movable vidriera.

Yo ví á Rosa desolada, sus cabellos desordenados, sus mejillas descoloridas, sus manos trémulas, sus ojos llenos de lágrimas, sus pies vacilantes, y su voz desfigurada por los sollozos, tembló su cuerpo hasta caer en mis brazos sin sentido, el agua fresca de la fuente ó mas bien mis ardientes lágrimas la volvieron en sí. ¡Lormin! exclamó, ¿es esta la recompensa que debiais esperar despues de tantos develos? ¿con estos procedimientos encontrará la patria hijos que se dediquen á servirla? hoy es para tí una madrastra, e madre comun por quien tanto te has desvelado. ¡Cuántas veces has dejado las diversiones, el reposo y hasta el alimento mismo por acudir á sus voces! cuantas has sacrificado á ella mis caricias y repeliendo mis brazos cuando queria detenerte, son las únicas veces que has tomado un ademan severo para mí, yo te ví con semblante sañudo, yo te oí decir con entereza: ¡Rosa, el amor de la patria es

el primero, si me amas dejame cumplir con los deberes sagrados que él me prescribe! tú te has separado de mí por ella, y hoy ella nos separa á entrambos. ¡Ah que recompensa!

Aún no me pesa, Rosa, cuando hice esos sacrificios estaba ya persuadido de lo que puede esperar el que sirve al público.

Necio el que por él se afana, cuán triste debe ser para el hombre desinteresado que aspira por premio de sus tareas al solo reconocimiento de los demas. Sufrir la crítica y el abandono; cuando no el ódio y la persecucion; sí Lermín yo te ví un dia querido y respetado, y hoy solo te hallo despreciado y vendido.

Así es la verdad, esclama Selia; pero mostrad vosotros que teneis firmeza, y sed superiores á la adversidad.

Consiguió Selia su designio, un golpe eléctrico hirió mi corazon con estas palabras, hice un esfuerzo para separarme, y viendo que Rosa no me soltaba la dije: Rosa, que viene Lemuana.

— ¡No importa! me avergonzé de su presencia cuando te abrazaba dichoso; pero la des-

gracia es superior á todo sentimiento.

Tlaquilpa y Ciriaco llegaron á nosotros y conociendo la urgente necesidad de separarnos, por nuestra salud propia, se decidieron á arrancarme de aquel sitio tan amado y tan funesto ya, ¡venis á arrebatarlo de mis brazos! dijo Rosa; y me estrechó otra vez.

Rosita, ¿dónde está tu valor? dijo Tlaquilpa.

No le tengo para separarme de Lermín, no.

No hermana mía, no prolongues mas tiempo una escena que puede ser funesta.

Sí, dije ya, bien mio vete á descansar.

Ya te entiendo Lermín, quieres escaparte. ¡Cruel! ¡cuando yo solo quiero morir á tu lado!

Señora, dijo Ciriaco, advertid que con esos extremos quitais el valor al Conde y lo colocais en el círculo de los pusilánimes, mostrad un corazon mas firme á la desgracia, ¿dónde está aquella prudencia que ha modelado siempre vuestras acciones? en nada os distinguís hoy del vulgo de las amantes: ¿dónde está aquel juicio, aquel talento que os ha escluido siempre de él? reanimad vuestros es-

píritus, ¿para cuando se hizo el valor sino es para las circunstancias angustiosas de la vida?

¡Todos contra mí! exclamó Rosa dejándose caer en una silla. En este momento me tomó Tlaquilpa del brazo y me llevó casi arrastrando. Rosa lo vé y esclama. ¡Ya se va! ¡ya se va! ¡ay de mí ya no le veré mas! ¡Adios, adios Lermin! ¡vuelve vuelve! ¡no me abandones cruel!

Lo cual oido por mí quise retroceder, pero agarrándome Ciriaco del otro brazo me dijo:

Qué vais á hacer, ¿no es forzoso partir?

Casi en brazos me colocaron en el coche, y entraron en él, sonó el látigo, las ruedas giraban con rapidez, ¡asi giraban las de la fortuna! sus vueltas me daban lo que tenemos que esperar de ella. ¡Aun no hacia veinte y cuatro horas que yo habia sido uno de los amantes mas felices, y en la presente era el mas desgraciado de todos! Saqué la cabeza por el ladillo y ví á las dos amigas que apenas podian sostenerse una á otra; con los pañuelos blancos me saludaban, yo les correspondia y limpiaba los ojos para que las lágrimas no empañasen la vista, y me impi-

diesen ver claros á aquellos objetos tan amados; pero al fin perdiéndolas de vistas, ocupé los ojos solo en llorar, mis compañeros me acompañaban en mi llanto, y solo se oían gemidos y suspiros, algunas palabras de consuelo me dijo Ciriaco, era este un secretario, un apoderado que Tlaquilpa tenia en su casa, era el hombre de la confianza de toda la familia, que hacia de él el aprecio que merecia por su talento, instrucción y virtudes, era tenido de todos mas como amigo que como dependiente, tenia las cualidades que hacen al hombre apreciable, reservado, amable y agradecido. Los tres llegamos á Tanepantla, de donde ellos debian volverse, allí me obligaron á tomar algun alimento, y separándose sin decirme una palabra, me dejaron seguir mi infeliz jornada. En vano me afanaria por describirte mi dolor cuando me ví solo, no haria mas que cansarte, amigo mio.

Llegué por fin á mi destino, fijé mi residencia en mi hacienda de Chinacampopotla, ¡ay amigo, que soledad tan funesta me rodeaba! mi único consuelo era escribir y leer las

cartas de Rosa, algunas te copiaré; pues todás sería muy cansado para tí.

Adorado Lermin, ¡qué soledad! ¡qué triste soledad me rodea! ¡qué madrugadas tan tristes! el sueño, ¡el dulces sueño! consuelo de los desgraciados huye de mis ojos, y si logro descansar un tanto, ¡ay de mí! que angustia oprime mi corazon al despertarme, en cambio de aquella alegría con que salia de mi cuarto antes que la amante del casto y fiel céfalo tragese al valle el crepúsculo primero; y te veia Lermin y oia tu voz! ¡y te abrazaba! y palpitaban juntos nuestros corazones, ¡infeliz Rosa! en vano te busca, en vano te llama, sus ecos se pierden entre las bóvedas enramadas que ocultaron en mas dichoso tiempo las escenas de su felicidad! en vano te busco en la cueva del amor un dia y hoy de la soledad y la tristeza: Lermin tú eres mas dichoso que yo, ningun sitio te recuerda la imagen de tu amada; cuando yo no tengo un parage, un solo parage donde fijar mis ojos que no busque á Lermin ¡y no lo encuentro! si alargo la mano para

cortar una rosa, ¿dónde la coloco? me pregunto, y la dejo secarse en la mata; si voy á cultivar las flores digo suspirando, ¡ya no tengo quien me haga ramilletes! ya no las colocaré en un cestillo para que las dibuje Lermín; si tomo los pinceles, no tengo á mi maestro, y no acierto á pintar; los libros ya no me divierten, las labores me fastidian, los paseos me cansan, las visitas me abruman, la soledad me espanta: ¡qué inquietud tan fatigosa es la del amante ausente, amigo mio! ¡qué situación tan infeliz! solo la compañía de Selia me es agradable, y como se te parece hasta en la voz, la oigo siempre con agrado, ella es también desgraciada y sabe consolarme. ¡Cuánto me interesa esta joven! la amo con independencia del parentesco que tiene contigo, es tan amable que se recomienda por sí misma, tiene toda la finura tuya, y la dulzura de tu carácter, tu delicadeza, tu virtud y parte de tu talento; ella te escribe, y como nada hay secreto entre nosotras, leemos juntas vuestras cartas y las tuyas. Lermín exenta de los cuidados que le sugiera la envidia, aunque siempre de mal humor y

quejándose de males imaginarios, se entrega á las diversiones, mas por vanidad que por gusto. Tlaquilpa complaciente siempre con su muger, tierno conmigo, afable con Selia, y noble y franco para todos, se exalta con frecuencia, y con los arrebatos propios de su genio, declama contra la injusticia con que se te ha tratado y no puede sufrir verse contrariado en sus opiniones por el senado. Yo lloro al oírle, ¡ay Lermin, todos mis gustos se han acabado! ¿qué mano ferrea nos ha separado? una orden bárbara, una orden fiera.... ¡Dichosos los hombres de la naturaleza degradados por los europeos con el dictado de salvajes! ellos no han medido jamás la distancia que hay desde el trono del monarca á la silla del presidente, no con los intereses del Estado en los labios y los propios en el corazón promueve el desorden, no; duermen tranquilos bajo las ramas de la caoba y del ébano sin que se les ocurra que aquellos troncos adornan los templos y palacios; miran con indiferencia el nopal donde anida la grana, y desprecian la planta del añil, ignorando que con ellas se coloran las telas que adornan las

bellezas, y que cubren el muelle asiento, desde donde los delegados de las naciones dictan leyes y reformas, algunas veces justas.

El desierto tiene en su seno sitios agradables para los que saben amarse, embriagados con el olor de las flores nada desean, una cabaña, un arco y una aljaba es toda su ambicion: ¡todo es amor, todo es felicidad entre ellos! ¡Lermin, Lermin! yo no necesito mas que tus brazos para estrechar mi pecho, y tu seno para reclinar mi cabeza. Condemio, ¿será posible que prefieras esta sociedad, esta esclavitud continua donde hay siempre mas sufrimiento que goces, á la paz, á la tranquilida apacible de la soledad? ¿qué quieras ver á tus hijos tan perfidos y tan viciosos como la mayor parte de los que la componen? no, no lo espera así tu tristísima y ya agostada Rosa.

¡Rosa bellísima! ¡Rosa encantadora! ¡Rosa adorada! ¿no sabes que la flor de tu nombre aunque pierda su verdor y lozania le queda el aroma y la virtud? luego que deja de lucir en su tallo pasa al alambique, para que su apreciable, esquisito y grato olor embalsame

los lienzos, los aceites y las pomadas de los nobles y las bellas; ó bien en manos del farmacéutico es preparada para dar al doliente el bien supremo de la salud. Esta es la verdadera imagen de la muger sabia y virtuosa, aunque el tiempo marchite el efímero donde la hermosura siempre queda amable á los ojos de sus semejantes. ¡Muger inimitable! mas bella para mí que la voz tierra al triste navegante, ¿quieres vivir en el desierto cuando has nacido para embellecer la sociedad? Tienes razon, el hombre de la naturaleza es mas feliz que civilizado porque tiene menos necesidades, porque desconoce las comodidades de la vida, y el hombre es mas feliz cuanto es mas independiente, y es mas libre cuanto menos desea: el morador de las selvas no tiene ambicion, él desprecia los títulos, el mando y los honores, desconoce la gloria; él huella el oro cual el polvo. ¡Dichoso mortal! no compra con su valor el crimen y la inquietud; pero el que nació en medio de la altura y la civilizacion, ¿cómo retroceder hasta la estupidez y la ignorancia? me encomias el amor aislado como base fundamental de

la dicha, Rosa mia, aqui puedo decirte: *Non solum de pane vivit homo*, no le basta el amor solo al hombre para ser feliz, tiene en la sociedad deberes religiosos y civiles que cumplir, y necesita la compañía de sus semejantes para variar sus goces. Alguna vez me digiste que yo tenia la imaginacion tan poética que todo lo veia bajo el punto del parnaso: yo te digo ahora que el entusiasmo de la imaginacion lo modera la reflexion: creeme, amiga mia, te amo mas que á mi propia existencia; pero no me concretaria (á pesar de verte tan apasionada) á vivir en el desierto: el tiempo que nos obliga á cansar de todo convertiria luego las rosas de la selva en las adormideras de Tuebas. Peroona si te agravo, dulce amiga, sé feliz, y conserva siempre en la memoria á tu amigo Lermín.

¡Ay amigo, quanto sufro! los amigos, los vecinos me mortifican con su necia compasion, ó con su curiosidad impertinente; tú en la soledad no sufres este tormento; te rodean solo tus criados, y algunos indios que no se toman el trabajo de lucir su elo-cuencia y su sensibilidad consolándote en

tus desgracias, como sucede en medio de estos decantados gozes de la sociedad, ¿qué es el hombre en ella? un embustero, un far-sante que fiuge siempre lo que no siente nunca, que se muestra alegre cuando solo tiene motivos para llorar, amable cuando está lleno de enojo, poseído del contento y del placer cuando solo halla el disgusto y el fastidio, ir adonde no le acomoda, recibir en su casa al que desearia echar de ella, visitar al que le desgrada, ofrecer sus servicios al que juzga indigno de ellos, adular á los mismos que aborrece, fingir que se interesa mucho en los bienes y los males de los que cuando menos le son indiferentes, aplaudir las campañas y las heroicidades de unos, las composiciones y los discursos hasta de los pedantes y majaderos, y las sandeces de las madres que refieren las gracias de sus hijos, seguir las opiniones ajenas, aunque sea en apatencia, no poder defender al hombre de bien cuando injustamente le agravian, tener la pena de callar cuando se encomia al bribon ó al inepto, decir que un gobernante es excelente cuando todo lo hecha á perder, que

otro es un gran general cuando pierde las batallas, y se empeora su causa, suspira en secreto cuando le falta valor para oponerse á que se diga, que un juez, que un gobernante no espera el caso. ¡Cruel es oír una misma cosa repetida por muchos de aquellos que no piensan y son solo ecos de los demas! ¡y los aplausos! ¡los cumplimientos forzados! ¡cuán poco creo yo en ellos! y aun cuando fuesen sinceros, la desconfianza me hace perder toda la ilusion, y tengo que callar, que fingir que los creo. ¡Terrible sociedad! tu tribunal no tiene apelacion.

Deseo dar al público algunas obras poéticas de las que tú has escrito en estos últimos años, quisiera tomarme esta venganza. Conserva siempre en tu corazon á tu amante Rosa.

Todo está compeusado en la vida, Rosa amable, la Providencia celeste así lo ha dispuesto, si no hubiere nacido en esa sociedad que te incomoda, ¿tendrías el placer de trasladar al papel esos pensamientos que expresas con tanta finura? ¿leerías las obras que te encantan? ¿verías tu hermosa figura,

la mía, la de las flores, prados y los ríos representaba en el lienzo y en el marfil? ¿tendrías ese estilo para espresar tus sentimientos? en las selvas todo es rústico, todo grosero, yo deseo verte, yo anhelo por tenerte en mis brazos, vivir contigo, aspirar tus alientos, sentarme á tu lado, partir contigo el alimento que sostiene mi existencia es ya mi única dicha, llevarte enlazada á mi brazo no por las veredas incultas del desierto solitario y silencioso, sí bajo los emparrados nuevos de Chinacampopotl, ó por los paseos de Méjico, ya volviendo de Istacalco en las hermosas noches, tan dulces, tan apacibles como se gozan en estos climas templados y benignos, alegrés con los cánticos y las músicas, entre las guirnaldas de rosas; sí, amiga mía, entonces volverás á estimar esa sociedad que hoy detestas, ella tiene consuelos para los desgraciados, mas que delicias los desiertos; ella es como aquellos venenos que manejan los médicos, mal administrados matan; pero bien, dan la salud y la vida. Todos los que tienen grandes pesadumbres originadas de las injusticias de los hombres, toman regu-

larmente una mania, nada razonable, contra esta misma sociedad que aprecian siempre y buscan luego que sus penas se mitigan.

Me hablas de dar publicidad á mis obras literarias, ¿piensas que me coronaria de laurel? no amiga mia, no, las rosas de la gloria estan llenas de espinas, la envidia las hace mas punzantes; guárdalas para tí sola, vida una, la luz pública puede ofenderlas degradándolas, vive feliz, amada mia, y ven pronto á los brazos de tu Lermin. -Lermin, adorado Lermin, ¡que tristes recuerdos dejan los sueños felices! ¡qué le iguala al dolor de no verlos realizados! ¡ay de mí! el sueño funesto aun es menos incómodo; cuando soñamos desgracias, padecemos, pero al despertar nos incorporamos, miramos en rededor, respiramos con libertad, y poniendo los ojos en el cielo le damos gracias porque no ha sido otra cosa nuestro mal que un fantasma que nos finje la imaginacion; pero un sueño feliz es un tormento, ¡cuando se oye la voz del objeto amado! ¡cuando se le ve, cuando se siente su tacto, el palpar de su corazón! se aspira su aliento.

¡Oh si siempre durmiera!
 ¡Oh si toda mi vida
 contínuo sueño fuera! (17).

¡Lermin, Lermin! ¿dónde estás? Siete meses hace que estás ausente, ¿y he podido vivir sin tí? ¿y es posible que no te acompañe en tu destierro la amante Rosa!

Los sueños y las memorias son homogéneos; ¡con qué tranquilidad referimos los trabajos pasados! ¡qué alegría experimentamos al vernos libres de ellos! sí, la memoria de los padecimientos no es amarga; pero la de las finadas dichas es un suplicio: ¿quién no suspira al decir ¡oh feliz, y ya no existe mi felicidad? Sí, Rosa mia, siete meses hace que estoy desterrado y tú no has venido á participar de mi destierro, siempre me has dicho que Selia no está en estado de ponerse en camino, que padece, yo lo creo Rosa; pero amo y soy desgraciado, cada instante temo perderte, ya sabes que soy un tanto visionario, la deconfianza es hija de la experiencia, temo haber nacido con hado fu-

nesto; perdóname mi bien y cree que te ama siempre tu Lermin.

No recibí contestacion; Ciriaco me escribió que Tlaquilpa estaba muy malo, supe su mal, su convalecencia, pero no recibí cartas de Rosa en mas de tres meses, y de mi hermana pocas é insignificantes. Fue tal mi desesperacion que ya estaba disponiendo la fuga de mi destierro cuando recibí cartas de Selia en que me decia que Rosa estaba en cama de la pesadumbre de mi silencio, y se quejaba hasta del que guardaba con ella; conocí que acaso habian sido interceptadas nuestras cartas, y le conté á Selia todos mis cuidados, le mandé por mano de Ciriaco algunos versos que ~~me~~ ^{pasé} y que ya habia mandado antes; te diré alguno.

SONETO.

No me recuerdes, no, memoria mia;
 Aquellos tiempos de ventura llenos,
 Aquellos dias dulces y serenos
 En que Rosa juró que me quería:

Ella los olvidó, me arrojó impia.

Del cruel Letheo á los oscuros senos
 La ingrata se entregó en brazos ajenos
 Y me robó mi paz y mi alegría.

Así pasaste, tiempo delicioso,
 Cual arista que arrolla el recio viento;
 Pero vuestro recuerdo aunque penoso
 Ocupa sin cesar mi pensamiento,
 Y aunque anhelo mi paz y mi reposo
 ¡En vano, en vano desecharle intento!

Instaba yo porque se verificasen las bodas, pero siempre habia motivos para retardarlas; ya se perdía el poder que yo enviaba, ya se enfermaba Selia, ya Rosa, ya Tlaquilpa, y casi siempre Lemuana: otras veces porque el gobierno iba *... cambiando*, porque las circunstancias mejoraban; siempre sucede así en las políticas, siempre se esperan cambios que mantienen la lisonjera ilusión de la esperanza, ¡dulce esperanza, deidad protectora de los mortales! por tí sufren sus males y hasta la misma muerte con resignacion. Todos los que desconocen á un Ser Supremo, todos los que han adorado hasta las bestias hubieran sido menos necios si te hubieran erijido tem-

plos y altares como lo hicieron los romanos en el foro Olitorio.

Al fin cumpliése la mia; grandes oscilaciones políticas inclinaron la balanza hácia los desterrados, y yo recibí con la orden de volver una carta de Rosa llena de espresion, y los versos que cantó en mi ausencia: estos fueron traídos á Europa, y yo ignoro si publicados, aunque estoy en que no.

*Lermin me ha olvidado
Yo muero infeliz.*

Da musa á mi lira
El eco sutil,
El eco funesto
Al labio tímido,
Que pueda á los cielos
Mis males decir
Con el llanto amargo
¡Ay triste de mí!

Lermin &c.

Jóvenes amables
De amores huid
Mi historia os enseñe
Enseñeos mi fin.

Mirad como muero
 De amor á Lermin ,
 Pues ya la existencia
 No puedo sufrir.

Lermin &c.

De amor soy esclava
 Y esclava tan vil ,
 Que ya nunca espero
 Del yugo salir.
 Mis duras cadenas
 En tal frenesí
 Las beso y no puedo
 Sin ellas vivir.

Lermin &c.

¿Te acuerdas la noche
 Que triste te oí
 A el pie de un arbusto
 Adios me decir?
 Pues mira de entonces
 No puedo existir ,
 Y á todos los seres
 Demando á Lermin.

Lermin &c.

Si salgo deseo
 A casa venir,
 Si en casa me quedo
 Anhele salir.
 Si guardo silencio
 No puedo sufrir,
 Si intento romperle
 No salgo de aquí.

Lermin &c.

Y cuando la noche
 Se deja venir,
 Aquellas me acuerda
 Que alegre te oí.
 Que con mil alhagos
 Y caricias m'í
 Jurabas, aleve,
 Amarme sin fin.

Lermin &c.

Si busco el descanso
 ¡Ay necia de mí!
 Es una tortura
 Mi lecho infeliz.
 Y si acaso logro
 Un rato dormir,
 Solo miro en sueños

Al falso Lermin.

Lermin &c.

¿De qué, lira, sirve
 Tu canto infeliz
 Si, triste, no puedes
 Amor influir?
 En mastio silencio
 Debe ya gemir,
 Y si lo rompieres
 Solamente dí.

Lermin &c.

Quédate pues, lira,
 En este jardín
 O en el valle ombrío
 Mas no te acerques a mí.
 Huye, pues del hombre
 Y teme su ardid,
 Que el aspid se oculta
 Detras del jazmin.

Lermin &c.

Adios pues que llega
 De mi vida el fin.
 ¡Adios para siempre
 Ingrato Lermin!
 Al morir deseo

Que vivas feliz,
Y el alma detengo
Por solo decir.

Lermin &c.

Ahora ya á la tumba
Amigos venid,
Poned sobre el mármol
Con él yace aquí
La víctima triste
Del fiero Lermin;
Pues la ha olvidado
Y murió infeliz.

Apenas heria el crepúsculo matutino las elevadas torres de la catedral de Méjico, y ya el carruage que conducia las dos amigas (que durmieron en la ciudad) hacia estremecer los cerrados talleres de los artesanos y los cimientos de los edificios que circuyen la gran plaza. El alcazar de Minerva cuyo cláustro ocuparon tantos sabios y prudentes doctores, hoy dedicado á conservar los despojos de Belona. El Parian donde Amaltea derramó el hasta pródiga, y de cuyo centro salia el mensajero del Olimpo á enriquecer las age-

nas playas, el gran palacio morada antigua de los gefes del reino, y en donde Astrea estableció su trono augusto; el suntuoso colegio seminario donde la juventud aprendía las virtudes, las leyes y las ciencias; los magníficos templos del Sagrario, parroquia que administraba el pasto espiritual á mas de sesenta mil almas; la catedral, tesoro admirable de riquezas y coro de sacerdotes justos y benéficos, la capilla que llaman de los Talabarteros donde se celebró la primera misa despues de la conquista, y otros grandiosos edificios que la adornan. Atravesaron con rapidez las calles y llegaron á la plaza de Santiago Tlatelolco donde está el edificio espacioso llamado el tepan.

Aqui me permitirás, Tlaucolde amigo, que te haga una narracion de lo que he leído en un periódico de Madrid con referencia á la página setenta y tres del Repertorio estadístico de España del año de 1823 que dice de los indios: *La experiencia ha acreditado (digan lo que quieran todos los políticos) que aquella raza no puede reducirse á la vida social, en la cual perece sin remedio.* ¡Santo

Dios! parece imposible que despues de tres siglos haya en España tal ignorancia de lo que pasa en sus colonias, y que no se sepa que esa raza que el Repertorio dice: *Aquella especie que parece no tener de comun con la nuestra sino la conformacion física.* Es en toda América (menos en la Isla de Cuba) la masa agrícola, artística y fabricante de las pocas manufacturas que allí se hacen, es la indiada la que sirve á los españoles y americanos en el oficio de criados, que son sociables, amables y hospitalarios: que poseen virtudes sublimes: que conocen el amor, la fidelidad y la palabra de honor: que dan culto al verdadero Dios: que tienen oratorios en sus casas, y frecuentan los templos: que en algunos santuarios danzan al sonido del arpa, como danzó David delante del arca del antiguo Testamento, y como se danza en la catedral de Sevilla (18). Que estos seres á quienes el Repertorio llama bestias, ocupan los altares, los púlpitos, y forman parte de los claustros de las universidades: estos son los seres de quienes se dudó si se les debian administrar los Sacramentos; yo aseguro que

si hoy se juzgase con igual delicadeza, y se examinase á la mayor parte de los habitantes de Europa, habria motivo para que se ofreciesen las mismas dudas; estos hombres que dice el Repertorio no hacen caso del lujo, riquezas y honores, se sientan en los bancos de los regidores vestidos de uniforme en las funciones de iglesia, van á la corte de los vireyes, comen con ellos en su mesa y con los ministros de las audiencias, sirviéndolas con magnificencia y hasta con cubiertos de oro. *Son feroces é indomables.* Yo no niego que lo son los Apaches y Comanches (19) que viven en los desiertos; pero los demas son sociables y muy amildísimos. La noche antes de llegar á la ciudad dormí en el palacio de Güegüetoca, habitacion de los superintendentes del desagüe, en cuyas obras trabajaban en los años de 1808 y 1809 cuatro mil indios, y muchos de ellos con los instrumentos propios de su arte, dormian en el pueblo y derredor del palacio, y jamás se notó el menor desorden, estando las puertas abiertas, porque los sábados se les pagaba su trabajo.

Llegué al fin, amigo Tlaucolde, al jardín de una de las casas de Tanepantla, donde estaba ya la Rosa que mas lo embellecia. ¡Arboles y flores, mudos testigos de mi dicha! ¡tan mudos como vosotros quedo yo si pretendo expresar los trasportes de mi corazón en tan dulces momentos!

Lermin, dijo Tlaquilpa, cuando te parezca que has satisfecho al amor y al parentesco, acuérdate de lo que se debe á la amistad, yo tengo tambien el derecho de abrazarte.

Le estreché contra mi corazón, y tomamos el coche; caminando ya, pregunté por Lemuana.

No dejan de inquietarme sus males, dijo Tlaquilpa; el estérico, enfermedad reinante en Méjico, le produce aquel humor negro que la tiene siempre desazonada, toda mi dicha seria verla tan tierna y tan apacible como nuestras hermanas: he llegado á sospechar que sus disgustos provienen de no tener sucesion, porque hasta mis caricias noto que le fastidian. ¡Desgraciado esposo, el amor le veñdaba los ojos! y es menester confesar que es una felicidad desconocer lo que los demas

ven tan á las claras. Llegamos á Tacubaya, Lemuana nos recibió en su habitacion, mas desabrida y atrabiliaria que nunca, formaban contraste su semblante serio con la alegría de los nuestros, y sus palabras secas con los discursos animados y sonrisas de alegría que resonaban bajo las bóvedas enramadas y zenadores del jardin: sin embargo, al dia siguiente y en lo sucesivo fue ya mas disimulada. Estaban Selia y Rosa tan unidas que yo me chanzee asi: Rosa, ¿rá posible que Selia me haya robado tu cariño? - Lermin, en nuestra dura ausencia Selia ha sido solo mi consuelo, ella me ha prodigado sus cuidados, ella tiene tu amabilidad, tu dulzura, mira sus facciones, y conocerás cuan amable me habrá sido tocarlas con mis labios.

Mucho deseaba yo la madrugada del dia siguiente: al fin alumbraron los rayos de la aurora y me hallaron en la gruta del amor; estaba mas adornada y mas embellecida que nunca, llena de mazetas, de ramos y guirnaldas: llegó al fin Rosa, tan amable, tan sencilla, tan aseada y tan encantadora que parecía la misma Juno, como la describe Mis-

tagogo, y la admira Paleophilo. ¡Dichosa escena! ¡yo te envelo para no profanarte! però ¡Oh deidad de Gnido, comunicad á los amantes sumisos á las severas leyes de la razon los trasportes y las dulces sensaciones que yo gozé en aquellos instantes de felicidad! En el tronco de un hermoso limonero que estaba á la entrada de la gruta leí el siguiente soneto:

AL SITIO.

Cuando mi amado por aquí venia
Guiado de la pasion que le animaba
Este es el sitio donde me esperaba,
¡Triste recuerdo de la dicha mia!

Con qué satisfaccion yo te decia
Cuanto un amor ardiente me dictaba,
¡Cuánto él me aseguró que me adoraba!
¡Y con qué sencillez yo le creia!

Pero ¡ah! que en este mundo miserable
Cambia en dolor la escena del contento
Sujeta yo á un destino inexorable

El desvio, el olvido es mi tormento,
Y este sitio que me era tan amable
Hoy me llena de pena y sentimiento.

Mortificaronme los muchos cumplimientos y las enhorabuenas de los que huyendo del desgraciado Lermin, buscaban el hombre de favor y alto destino, recibia yo sus atenciones con aquella política fria, de un hombre que conoce el mundo y detesta los vicios de la corte, conociendo que el incienso de la adulacion se dirige siempre á los sitios elevados.

Habian vuelto á ponerse en movimiento los preparativos para la celebracion del matrimonio, las mejillas de Rosa tomaron las tintas del carmin, que la ausencia les robó, sus ojos brillaban y conocia que estaba verdaderamente alegre.

Estaba y ... recostado en el ceped, bajo de un zenador formado por espesas yedras, y de repente siento que unas manos suaves me tapaban los ojos: no dudando fuese Rosa, las acariciaba con las mias, diciendo las expresiones mas tiernas; recliné la cabeza sobre su pecho, y siento aun tiempo caer lágrimas sobre mi rostro, y la impresion de los labios....

— Hago un esfuerzo, miro....— Es Lemua—

na! ¿Qué haceis señora, dije levantándome.

¡Cruel! ya que no me amas compadeceme al menos; ¿no quieres que dure mas tiempo una dulce ilusion? dijo conmovida hasta el extremo.

Jamás debió haber empezado, Señora, puesto que ya no érais libre cuando os conocí.

¡La jamáica! ¡maldita sea!

Bendigo al cielo, Señora.

Me lisongo de haber sido amada.

No olvidéis Lemuana que distes el primer paso, confieso ingenuamente que en mi fatal condescendencia tuvo mas parte el reconocimiento que el amor.

Echemos un velo sobre el pasado, olvida que te he amado, y escúchame. Dime: ¿no tienes ninguna sospecha acerca de la fidelidad de Rosa?

¡Infame! exclamé y me alejé precipitadamente. Tenia Lemuana un loro muy hablador, y que aprendia en poco tiempo cuanto oia, ella lo tenia siempre en su cuarto y era la diversion de todos, él estaba presente hasta en las conversaciones mas reservadas, por-

que ¿quién hay tan precavido que se resguarde de un animal? Como despues supimos los interesados, Lemuana hacia sus monólogos cuando se creia sola, y se lamentaba muchas veces acariciando al loro. Tlaquilpa, ya fuese cansado de acariciar á una ingrata, ya por probar otros medios, ó porque creyese que los males físicos de su esposa se agrababan con su presencia, á pretesto de no incomodarla la vez que se retiraba tarde, ó venia de la ciudad muy temprano, dormia en una habitacion aparte, y todas las mañanas iba á saludar á su displicente esposa; en los mismos momentos que pasó en el jardin la escena descrita, pasó otra en el cuarto de Lemuana. Llegó su esposo á visitarla, y no hallándola en su cuarto, como siempre, pues ella decia que le dañaba madrugar, se entretuvo con el loro de este modo:

Lorito, ¿amas á Lemuana? (20)

Como inspirado por el genio del mal contestó el ave parlera: ¡infeliz Lemuana! amas á un desgradecido. — ¡Ingrato! si no me amabas ¿por qué lo fingiste?

Tlaucólde, si alguna vez amaste á una mu-

ger ingrata y falaz, figurate la situacion de aquel esposo; que yendo á buscar los brazos de su esposa tocó su desengaño.

Desaparecieron de su alma todas las ilusiones que la circuián, como al impulse de los soplos de Eolo huye el grupo de apiñadas nubes que cubre la esfera celeste, en un momento se rasgaron todas las vendas que por mucho tiempo habian ocultado á sus ojos el verdadero motivo de la indiferencia ó el desvio de su muger; corriose el velo del misterio, y apareció en el teatro de la desgracia una escena de horror, en la que él era la víctima. ¿Hay cosa mas cruel para un hombre de bien que verse burlado? ¡y por quién! por su esposa, por aquella con quien ha partido sus intereses, sus honóres, y su lecho mismo; por aquella que le ha prometido un amor vitalicio, y jurado una fidelidad sin límites. ¡Cielos! ¿qué no debe esperarse del amor resentido y ultrajado? ¿qué podrá omitir para sacar su venganza, un hombre orgulloso y arrebatado al contemplarse vil juguete de una coqueta, y acaso ludibrio de un falso amigo que bajo el escudo de la amistad le

roba sus derechos exclusivos, y que quizá sospecha ver en torno de su mesa al fruto del crimen! partirel pan, ¡el pan ganado con sus afanes y desvelos con aquellos mismos á quienes lo usurpa! ¡qué vida la del hombre público, que cansado de las contradicciones de los demas, concreta sus delicias á la órbita doméstica, y vé en un momento deshacerse su dicha como el azucar en el agua! desaparece su felicidad como el ave ligera que ni el rastro deja en su elevada ruta. Esposas infieles, ¡de cuantos crímenes os haceis reos!

El primer ímpetu de aquel esposo desgraciado fue arrojar el loro al jardín por el balcon; toma la jaula, la levanta en el aire, pero se detiene; vé á Lemuana pasearse entre el ramaje, ya aparece como una sombra cuando este es mas espeso, ya la vé mejor en lo menos herboso, y distingue su paso lento, sus ojos clavados en el suelo, sus brazos cruzados, sus facultades intelectuales absorbidas en profunda meditacion, y el lienzo fino que enjugaba con mano trémula las húmedas pestañas, suelta la jaula. Ya quiere bajar

al jardín y hacer pedazos á la pérfida ; mas reflexiona.  Qu n es el cómplice ? lo s , no ;   quiero castigarla   ella y dejarle   él impune ? reservese mi venganza para entrambos , la ley aun no est  derogada.   Ley cruel ! Juristas acaso vosotros sereis de mi opinion ;   porque una cosa se crea imposible deja de haber quien la intente ? Se detiene Tlaquilpa y el loro   quien Lemuana le habia enseñado que al ponerlo en la ventana cantase una copla, que   todos nos habia parecido insignificante, cant  y atiz  el fuego que habia encendido en el pecho del desgraciado marido,

En aquella estancia

Alli es donde mora,

El tirano ingrato

Que mi pecho adora.

Levant  los ojos y los fij  en el techo de mi casa, sale del cuarto de Lemuana, se v  a suyo, se arroja en la cama dando fuertes ayes ; se levantaba, se paseaba, suspiraba, y pateando con furor retorcia las manos, mordia sus pañuelos, queria hablar y espi-

raban las palabras en sus labios, daba fuertes golpes con el puño sobre las mesas, y mirando en torno, con ademanes convulsivos, preguntaba á los seres inanimados que le rodeaban. ¿Quién es el vil? ¿quién es el seductor, quién? aplicaba el oído y no oyendo contestacion se desesperaba, maldecía su amor, su destino, sus bodas y su existencia misma: ella le ama, él la deja, pero la amó en un tiempo: ¿quién es? volvía á preguntar, y apenas se atrevía á pensar en el sugeto, sospechaba de todos y no se fijaba en ninguno; recorrió en su imaginacion todas las acciones de su esposa, y todas las halló criminales. Cuando tenemos á la vista unobjeto de gran dimension le medimos con indiferencia; pero si cae cerca de nosotros, al sentir el peso vienen á la memoria cálculos que estuvieron muy lejos de ella. Se acordó de la copla del loro, el animal dice lo que oye, ella vé desde su ventana el techo que cubre al ingrato que la desprecia.

¡Será posible! exclama. / Será posible!

Y se apodera de su corazon la terrible sospecha, la razon se aleja de su mente, replié-

gase la prudencia, y queda el campo por los funestos zelos.

Sí, dice, sí, él es, ¡infame! cansado de ofenderme, quiere sacrificar dos víctimas, no lo conseguirás hombre vil, no.

Se arroja precipitado donde está su espada, la desnuda con violencia, aprieta fuertemente la empuñadura, blande el acero con fuerza, prueba el filo en su mano izquierda, la sangre brota y aun no lo halla cortante, examina la punta, es aguda, mas le parece roma; la suelta y mira su escopeta... es más seguro el tiro á la distancia: el golpe exige inmediatecion... no quiero mancharme con tan vil sangre... la toma; registra la cazoleta, está vacía, mira en derredor con espanto, toma el cuernecillo de menuda pólvora, ceba el arma mortífera, corre hácia la puerta, se detiene... reflexiona... echa el arma al hombro, pone el dedo pulgar sobre los labios..., mueve la cabeza..., medita y dice:...

Mejor será... sí... el plomo que encierra esta caña de acero, me liberta aun tiempo de las penas y de la infamia.

Baja la escopeta, afirma en el pavimento

vé bajo sus pies desfilar la triste procesion, son los amigos, los parientes de un difunto á quien van á hacerle los últimos honores, ¡dichoso él! cesó ya de padecer; ya le conducen á su última morada, allí le espera un eterno descanso, un olvido general de que ha existido. El es llevado donde le mandan, él va causando asco y horror á cuantos le miran, insensible á las alabanzas y á las injurias de los que le rodean. ¿Y es este el estado á que un impulso de ira quiso reducirme? mi cobarde brazo iba á ocultarme en la tumba sin gloria y sin venganza; tomé la espada con ánimo de pasar el pecho de Lermín, ¿pero sé yo si es cómplice? tomé el arma suicida, ¡y no veía que este golpe iba dirigido á la dicha de Lemuana! ella hubiera derramado lágrimas de pesar sobre la huesa, hubiera fingido dolor y sentimiento, como ha fingido amor, fidelidad y males físicos que sirviesen de velo á los mortales, ¿á dónde me conducía mi delirio? á darla dias de independenciam y de placer, no, es preciso averiguar, resolver y no errar.

Tiró con violencia del cordon, sonó con

fuerza la campanilla, y llegó de priesa su ayuda de cámara.

¿Está puesto mi coche?

No señor.

Manda que me en sillen un caballo, mi aguililla peruna (23).

Se vistió de priesa, y montando ligero, metió espuelas y agitó de tal modo el caballo que sus lacayos no pudieron verle hasta llegar á la casa de Méjico, donde permaneció en su despacho encerrado.

Antes que el sol ocupase el sitio desde donde ningún objeto forma otra sombra que la perpendicular (24), debian quedar ya ventilados los negocios del estado: cuando llamé á Tlaquilpa supe que ya habia partido; pero ni esta marcha ni las ausencias que noté despues me chocaron. Facilmente nos persuadimos de aquello que hallamos verosimil; yo sospeché que el Conde cansado del desvio de su muger, buscaba en otra la complacencia que la Condesa le negaba, y no me desangañé hasta que los acontecimientos y la relacion del mismo Tlaquilpa me lo hizo ver.

¡Ay amigo! que situacion tan triste, tan

lastimosa es la de una nación cuando se entrega á las guerras civiles, que suerte tan funesta le toca á un Estado dividido en partidos, los intereses encontrados, la divergencia de opiniones de los bandos traen solo la inquietud, el terror y la desolacion. En la triste nacion que llega á ser víctima de ellos, y en la que los mismos que debian trabajar para su prosperidad, se empeñan en arruinarla, queriendo llevarlo todo á sangre y fuego, consiguiendo sus triunfos á fuerza de contradecir á la razon y á la justicia; todo es contradiccion y choques, de que el menor mal que resulta es la pérdida irreparable del tiempo. Tlaucolde, que falta les hace á los hombre la prudencia, ¿cuál al gusto se trasplantó hoy y dió fruto mañana? ¿se vió alguna vez un edificio grandioso y sólido elevarse sobre la tierra en el breve espacio de pocos dias? la falta de paciéncia para esperar del tiempo lo que él solo puede dar, tuvo anegada la ciudad de Méjico en otro tiempo, como te diré, porque lo halló aplicable.

El juez del desagüe de Méjico (25), no pudiendo quitar la mucha tierra desprendida

del canal de Güegüetoca ponía en la corriente pequeños montones de ella, con el objeto de que las aguas la fuesen llevando poco á poco, y el canal se fuese abriendo y desenvolviendo sin grandes esfuerzos. Como jamás faltan díscolos murmurones en el mundo, se criticaron las operaciones del prudente juez, pero como los vicios necesitan disfrazarse, tomó esta vez la envidia el traje siempre acomodado de la economía, y la intriga se cubrió con la máscara del bien público: acabó por plantar otro juez; pero como suele suceder, el sustituto lleva siempre el rumbo contrario; aglomeró gran cantidad de tierra al paso de las aguas, que aunque bajaron aumentados por las lluvias, no fue su fuerza suficiente para arrastrar la cantidad de tierra, y deteniéndose con ella, retrocedieron á la laguna de Tescuco, que está siete ó mas varas de elevacion sobre la ciudad, y esta sufrió cuatro años de inundacion, con todos los males anejos á ella. He aquí las consecuencias de la precipitacion. ¡Qué terribles elementos destruían aquella hermosa parte del Nuevo Mundo! las naciones extranjeras, aquellas na-

ciones amigas de sí mismas, y enemigas de las demas, que arriban á las playas de todos y con los lazos mercantiles, cubiertos de rosas y jazmines llevan las adormideras de Thebas, ó la Habilla de Escuinta (26), afectando la proteccion y el comercio la subyugaban: no es solo la América la que siente la influencia de esta terrible política, se ven en Europa mas de una nacion víctima de ella.

... Fingirse amigos para ser señores (27).

... Y el comercio afectando

... Entrar vendiendo, por salir mandando.

... Con el corazon oprimido llegué á Tacubaya. Rosa ¡la amable Rosa! con sus caricias derramó un bálsamo sobre mis heridas, ella conoció al momento mis disgustos, porque cuando las mugeres aman es muy difícil engañarlas. ¡Ay Rosa! le dije, contestando á su discurso. Las reuniones de los hombres son lo mismo que un gran campo donde se ven con frecuencia juntos el colibri á cuyo nido da sombra una rosa, y la miel de los mirtos

basta para su alimento; el águila que debora los corderos, y la cigüeña que anida en la elevada torre; en él se oyen á la vez los dulces trinos del jilguero, y los silvidos alarmantes de la víbora, y entre unos y otros el graznido del buho, y el rebuzno del asno.

Tlaquilpa no descansaba imaginando medios de venganza, y deseando asegurarse si era yo el cómplice de su muger, siempre buscaba pretextos para alejarse aparentemente de su casa, imaginó el modo de saber si era yo el ingrato que amó en un tiempo á Lemuana, esta estaba tambien formando su plan para impedir los desposorios que debian celebrarse dentro de cuatro dias. Revistiéndose de serenidad el zeloso marido, buscó á su despreciable mitad, y la halló muy pensativa, procuró no perder ni el ademan menos indiferente: estaba Lemuana sentada cerca de una mesa, con el codo puesto sobre ella y la mano en la mejilla, con la otra hacia girar entre sus dedos un sobre escrito á que daba distintas figuras, entró su esposo y apenas lo miró, tomó él una silla, se sentó como si estuviera tranquilo, y empezó su discurso con un tono

tan mal seguro, que solo una persona tan preocupada de otras ideas, pudo desconocer su agitacion.

¿Estás mala Lemuana?

Lemuana siempre distraida contestó con frialdad un sí.

Quisiera poner por obra un proyecto.

Un proyecto.

Sí, lo mismo da hoy que mañana.

Como gustes, dijo con fastidio.

¿No deseas saber lo que es?

¡Ah! sí. ¿Qué es ello?

Esta noche he pensado.... Y se detuvo como á sonarse. Lemuana no manifestó curiosidad, Tlaquilpa temblaba al ver realizadas unas sospechas, que a mas de su propia desgracia hacian infeliz á Rosa.

Todo lo tengo ya preparado, y esta noche he pensado.... y volvió á detenerse fingiendo toser.

¿Qué has pensado? dijo con enfado Lemuana, y sus mejillas se colorearon con la ira.

Casar á Rosa.

¡Casar á Rosa! exclamó levantándose, poniéndose pálida y turbándose de modo que

no le quedó serenidad para conocer el estado de su infeliz esposo, que pálido y trémulo parecía que era la primer noticia que recibía de la infidelidad de su esposa. Creemos cuando sospechamos el mal (y nos empeñamos en persuadirnos) que si llega á hacerse realidad no sufriremos mas; pero ¡ah! que no es así, cuando la sospecha se convierte en triste verdad, parece que nos coge de sorpresa, segun lo que nos confunde y aterra, y sentimos de nuevo todo el peso de la desgracia.

Tlaquilpa tuvo serenidad para dominarse.

Lemnana volvió sobre sí, habló, disimuló; pero era ya tarde; habia clavado una doble saeta en el corazon de su esposo; respuesta de aquella primera impresion que casi no es dado al hombre reprimir: como arrepentida volvió á sentarse, y dijo:

¿A qué esa precipitacion? solo faltan cuatro días, dispongámoslo todo, y esperemos hasta aquel momento.

Esperemos, sí, esperemos; y saliendo del cuarto de su mujer, pasó al suyo. Su situacion es mas facil de concebir que de pintar; temblaba su cuerpo todo, cubrió su frente el su-

dor frío, y sus mejillas la mortal palidez, enfriaronse sus extremos, y todo su cuerpo tomó el aspecto del que muere del envenenamiento, ó del cólera asiático (28), así se presentaban sus facciones, efecto de lo que padecía su alma; ¡qué reflexiones hacia! ¡injustamente sacrificado á la impudicia! vendido tan vilmente, engañado con tal audacia, y sintiendo además lo que iba á padecer su tierna hermana: aquella alma noble y generosa que debía llenarse de los sentimientos más tristes y terribles, ¿qué pluma podrá describirlos? ¿qué pincel podrá lisongearse de bosquejar el retrato de este original? Tlaquilpa despedazó el pañuelo, la corbata, y hasta su camisa; mordió sus carnes, se sentó con violencia, se arrancó los cabellos, se retorció las manos, se las llegaba á su abrasada frente; maldecía, juraba vengarse, hasta que al fin sintiendo toda la gravedad de sus pesares, y agoviado bajo el inmenso peso de la desgracia irreparable, cayó inmóvil en su lecho, tan quieto, tan anonadado como el bravo tigre que en las riberas del Magdalena-(22) espanta con sus rugidos al temido

navegante, que pasa la noche atizando las hogueras para su defensa; cuando sumergido en las aguas por el formidable caiman, se deja devorar aterrado y sin resistencia.

¡Tranquilos moradores de aquella casa que era ya la habitacion de las furias, mirad la tempestad que se conjuraba sobre vuestras cabezas! Rosa y yo contábamos las horas que faltaban para nuestra completa dicha; mediamos con impaciencia el tiempo que nos separaba del ara, y nos sonreíamos; así se lisongeaba nuestra incauscreta seguridad. ¡Duerme el hombre tranquilo en brazos de la suerte, mientras que sus semejantes le preparan su ruina! Combatida Lemuana por las mismas pasiones, combatía sus planes, y ofrecía á la venganza dos víctimas que en galánadas esperaban sin temer la cuchilla del ministro feroz.

¡Funesto jardin; tus rosas eran el beleño; tus frutos y aromas estaban envenenados; y tus céspedes eran el lecho de muerte; el canto de los pájaros, la vigilia del *Dies illa*, y el arrullo de las tórtolas, el *Requien* del sepulcro! Cerca de una fuente de vistoso marmol, cu-

ya cúpula ocupaban las gracias en ademán de danzar, tegia yo una corona de rosas para orlar la frente de Rosa luego que saliese del baño, en donde estaba; llegó Lemuana, y sentándose á mi lado me dijo:

No vengo Lermin como otras veces á separarte de la esposa que has elegido, antes bien, te pido dispenses mis extravíos, estoy arrepentida de ellos. Aquí llegaba cuando una doncella anunció que se hallaban allí unas señoras pensionistas del convento *D*, con cuya comunidad tenemos todos mucha amistad y pasaron allí el día hablando de ciertos asuntos, Lemuana ofreció ir pronto á tratarlos con la madre superiora.

Algunas sombras de tristeza por los sucesos políticos se estendian sobre mi corazón al volver de la ciudad, mis caballos alegres, al ver el bosque de Chapultepeg, conocieron la querencia y su galope me sacó de las meditaciones en que iba sumergido; ya veia la torre de la iglesia, ya los techos que cubrian á Rosa, ella me espera, ella me consolará. ¡Cielos, dentro de dos días será exclusivamente mia! ya no me separaré de ella

jamás, ya no viviré mas que para ella! respiraré el aire que ella respire, ; no tendremos mas que un lecho para los dos! yo cultivaré las flores para adornar su seno, y me reclinaré sobre su pecho para descansar de mis tareas agrícolas, aspiraré su aliento embalsamado con el aroma de la flor de su nombre, que será la presidenta del jardin, como es la reina de las flores; acaso un tierno niño la arrancará de las sienes de su madre y la deshojará sonriyendo de mis fingidos esfuerzos para arrebatársela, ¿los! ¿puede tener el hombre otros placeres? ¿puede hallarlos en la pompa emboazosa del poder? ¿podrá dárselos el lecho ilegítimo donde le busca el remordimiento? no hay placeres sólidos fuera de la línea de la naturaleza, concretada á la órbita brillante de la virtud. Asi la memoria de mi futura dicha disipaba mis penas, como el nublado se deshace con la fuerza del sol. Sí amigo, el corazon del hombre como la cuna de su existencia se mece con las oscilaciones del dolor al placer; en él, anegado llegué á la habitacion de Rosa, y la hallé con Selia disponiendo el adorno del nue-

vo lecho. Amiga mia, la dije, desde mañana ya no viviré mas que para tí, y le entregué el pliego de mi renuncia que habia yo querido hacer sin que ella lo viese.

Lermin, bien mio, dijo abrazándome, este es un testimonio de tu amor que conservaré toda mi vida; pero yo me acusaria como reo de estado si robase á la patria un brazo que la sostiene, tú que te afanas y combates sin cesar por su felicidad, ¿me crees tan débil, tan cruel que la prive de su apoyo? no Lermin, jamas seré tan egoista que le arranque un senador. Una pequeña disputa se originó, yo cedí, y Rosa alegre de su triunfo, me dejó partir con aquel gracioso. ¡Adios mi alma! Me acordaré creyéndome siempre el hombre mas feliz del mundo. ¡Oh sublime enagenamiento que elevas el alma sobre las fuerzas humanas, pero que te disipas tan breve como el humo fugaz! ¡Oh débiles esperanzas de la vida, apenas el mortal ha colocado la rosa sobre el pecho ya cae deshojada á sus pies!

¡ Débiles esperanzas
 Las de la humana vida
 Que correis como sombra
 Que vuela á toda priesa !
 ¡ Oh fantasma impalpable
 De nuestra escasa dicha !
 ¿ Por qué venis á hacernos
 Mas penosa la vida ?

Era una siesta dulce y apacible, como acontece siempre en aquel clima delicioso donde el año es un primavera continuada, donde no pasma el frio ni el calor molesta, donde el campo está siempre cubierto del verde cespced, y los árboles cuando se desnudan de sus hojas amarillentas, ya tienen nuevos pimpollos que los engalanan, jamás presentan á la vista aquellos esqueletos deshojados, que mas parecen destinados á la hoguera que á embellecer los campos, llenos siempre de flores, frutos y verdura. El céfiro apacible que mecian las ramas con un murmullo agradable, acompañado del susurro siempre grato de las aguas, del suave canto de los pajarillos, el zumbido del colibri,

cuyas alas brillaban tornasoladas en derredor de las flores, y el arrullo de la enamorada tortolilla.

En mi jardín sentado en un asiento de caña leía las desgracias del Rey de Micenas (30) descritas en los elegantes versos de la tragedia que una pluma diestra escribió en las márgenes del Manzanares.

Llegó á interrumpirme en mi lectura Lemuana, con quien hablé de este modo. ¿Y vuestro esposo señora.

¡Ay Lermín, he llegado á entender que no se atreve á presentarse ante tus ojos!

¡Cielos! ¿qué puede alejarle de los ojos de un amigo? ¿de los brazos de un hermano que solo desea complacerlo, que sabrá consolarlo en sus desgracias?

Es de creer que Lemuana ignoraba el motivo de la ausencia de Tlaquilpa; pero se alegraba de ella, y á cambio de llevar adelante sus planes, aquel nada le importaba. Cuando llegamos á preocuparnos por un deseo, sucede que él solo absorbe todas nuestras facultades intelectuales, quitándonos la libertad para entregarnos á otra cosa que no sea

dirijida á él, sí, la combinacion de un plan basto, ocupa de manera la masa sesal, que no puede dar cabida á estraños pensamientos.

En sus desgracias, repitió Lemuana tomando un aire pensativo.

¿Cuál idea puede alejarle de mí? vamos Lemuana á buscarle.

No puede ser, está ausente.

Tlaquilpa no ha cometido nunca una accion de que pueda avergonzarse.

Asi nos equivocamos, el amor nos ciega para ver los defectos de los amigos. Si no fuese porque estoy casi segura de que está ya enterado de ello mi marido, jamás hubiera salido de mi pecho este funesto secreto de que hace mucho tiempo estoy enterada. Dí Lermin, ¿no llamó tu atencion aquella frialdad, aquellas entretenidas que se te han dado para no verificar los desposorios en tanto que estabas en el destierro?

Tlaquilpa era quien me daba mayores disculpas.

Eso fue despues; pero los primeros meses era Rosa.

¡Lemuana!

¡Lermin!

¿Qué quieres decirme?

Escúchame con paciencia. Si deseas algunas pruebas para convencerte de lo que voy á decirte....

¿Pero qué es ello?

A legua y media de aquí y cerca del pueblo llamado Churubusco, tomando el camino de la derecha hay una casa, propia de un indio cacique; su muger que se llama Felipa te mostrará las credenciales de que habla ese papel. Me entregó una carta abierta dirigida al Padre N., sacerdote que vivia en el convento de Padres Dieguinos de Churubusco, y partió á toda priesa. La carta fatal llegó á manos de Lemuana, porque hallándose se el Padre N. en cama, no podia ir á casa de Tlaquilpa de quien era un verdadero amigo, y Rosa la entregó al hijo del jardinero que era de su confianza; pero este tenia amores con Castula, la doncella de Lemuana, y viendo ella que su amante guardaba una carta que llevaba dinero, y que se disponia á marchar sin decirle dónde, bajó al jardín, le reconvino, se dió por sentida de que guarda-

se secretos con ella, y acabó por llorar y maldecir el amor que tenia á un ingrato (recurso comun en las mugeres). ¡Si los hombres de talento y de mundo han cometido alguna vez la imprudencia de Sanson revelando á sus amadas secretos que los han comprometido! ¿qué haria un joven de pocos alcances y para quien el mundo estaba concretado á los jardines y los bosques? le enseñó el dinero, le dijo donde iba, y puso en sus manos la carta: la astuta dor ella (que era confidenta de Lemuana) halló la ocasion de hacerla un servicio, que le seria bien recompensado, y corriendo sin que el pobre mozo lo pudiese impedir, lo puso todo en manos de su ama. Copió Lemuana la carta, y como él no sabia leer llevó la copia al Padre N. ¡Qué no debe esperarse de un corazon subyugado por las pasiones que ha roto las bridas de la templanza! ¿qué dejará de poner por obra una muger enamorada? ¡es posible que nos dejemos dominar de las pasiones hasta el grado de olvidar nuestros deberes! La mano débil de un niño, y el dedo trémulo de un anciano arrancarán de la tierra el ce-

dro naciente; pero cuando se ha robustecido con la fecundidad y el tiempo, ¡cuántos esfuerzos se necesitan para arrancarle! ¡esta es la imagen de las pasiones nutridas por el deseo y la esperanza!

No se oprimió mas el pecho noble al besar la sentencia que le condena al suplicio, que yo al ver escrito del puño de Rosa.

El fruto de un amor desgraciado sufre, me lo decís, ya sabeis cuanto me interesa esa víctima del honor de un^a madre infeliz; la crueldad de su padre, su inocencia y la semejanza con un objeto tan caro á mi corazón, me han hecho esponerme hasta el extremo. Os remito el dinero que no podeis suplir, la clausura donde os hallais detenido por las dolencias no nos permite vernos, y poner yo misma en vuestras manos el oro, ¡el oro por quien se hacen benéficos los pechos venales! Me lisongeo de relevaros pronto de tan molesto encargo, mi sensible futuro concederá á mis ruegos el perdón de una falta irremediable, y mis cuidados serán recompensados cuando vea en el seno de una tierna madre la inocencia dormida. Con el que os entregue esta

podeis hacer llamar al cacique, y entregarle el dinero para que Felipa esté de mejor humor. Rogad á Dios por mi felicidad Padre mio, y el cielo os dé la salud que os desea vuestra Rosa.

¿De qué le sirve al hombre la racionalidad? ¿de qué la sabiduria misma, si cuando mas la necesita se hace imbécil, si se constituye en un autómeta movido por las pasiones? Yo no puedo explicar cual quedé; la tragedia cayó de mis ojos, miraba el billete fatal, que guardé maquinalmente, no me quedaba duda que era de Rosa, y que Rosa era delincuente hasta el extremo de abusar de mi amor y envolverme en su deshonra. Ignoro lo que por mí pasó, poseido como de un letargo, ó como si estuviese sintiendo un golpe eléctrico prolongado, olvidé el modo de andar, y mis fuerzas físicas se entorpecieron; dejé caer los brazos como un muerto y la cabeza sobre el pecho, parecia que se habian borrado mis facultades intelectuales, y que habia dejado de ser un ser pensador: era la calma funesta de los golfos que concluye por una horrible tempestad.

La escena de la esfera celeste se había mudado, sonaba el rayo sobre los techos, las nubes de un pardo oscuro se agrupaban sobre la cúpula del santuario, y el huracan llegaba á Tacubaya. Sacudia con fuerza las copas de los árboles, las ramas barrían el suelo, y sus no sazonados frutos rodaban sobre la tierra lentamente dejando libre el paso á las hojas, que mas débiles eran llevadas por el viento: el polvo subia sobre las copas de las palmeras, algunas gotas de agua cayeron sobre mi frente abrasada como las arenas de los desiertos del Africa, y me obligaron á ver la tempestad, en que casi no reparaba, era mayor la de mi corazon. Me levanté del asiento y caminé á mi cuarto con aquel estu-
por que suele quedar en algunos despues de ver caer el rayo á su inmediacion. Me recliné sobre un sillón, porque el temblor de mis piernas no me permitia estar en pie, y empecé á deliberar el partido que debia tomar; y por su puesto elejí el peor, como por desgracia sucede cuando el entendimiento se ofuzca: ya meditaba ir á confundir á Rosa, me levanto, y acordándome de que se habia

ido á la ciudad, caigo en la butaca desfallecido. Vuelvo á levantarme, ¿dónde voy? á buscar á Tlaquilpa; ¿pero dónde le hallaré? en la ciudad, ¡en la ciudad! ¿pero en qué paraje, lo sé? mejor es ir derecho á Churubusco, buscar al Padre N. ¡Necedad! ¿el Padre N. me descubrirá un secreto que está obligado á callar? acaso se le habrá hecho la confianza bajo aquel sigilo inviolable que obliga á morir antes que llegar á quebrantarle; acaso él mismo ignora quién es el cómplice, que es lo que yo debo saber; pues el delito de Rosa está ya bien probado, ¿hablaré con esa megera que me ha dado la noticia? ¡cielos no tengo valor para mirar siquiera á quien ha destruido mi felicidad! ¡maldita sea! es un favor (si se quiere) el que nos hacen con un servicio de esta especie; pero no por eso dejamos de mirarle con desagrado. Todo el dolor de que estaba poseida mi alma se replegó al fondo del corazón, y como el enfermo lleno de dolores que dormía por la fuerza de la acción del ópio, y pasando esta se despertaba gritando. Apareció la ira producida por esa vívora de Lauconte, por ese buitre de Pro-

meteo, por esa ydra de la pasion que llaman celos, la mas funesta por sus consecuencias, la mas intolerable de todas: cuando este fatal veneno se introduce en el pecho solo se halla consuelo en la venganza, se niega el alma á toda reflexion, oculta sus proyectos, trata de engañar á los otros, y es él celoso, el primer engañado, cree que ya no ama aquel objeto mismo que le encanta, y este es su primer error: no se puede aborrecer tan pronto lo que se amó por mucho tiempo; el foco de las pasiones se forma en un momento, pero es obra del tiempo el destruirlas; y así es, que el hombre satisfaciendo su venganza no queda tranquilo y siempre maldice sus arrebatos. ¡Ay amigo! si tienes alguna idea de esa hidrofobia que llaman celos, si alguna vez sentiste el dolor de ser engañado por aquellas personas en quienes pusiste una absoluta confianza, no me culpes, no me condenes, no hagas las reflexiones que yo debí hacer, ellas son propias de un ánimo sereno, y en este estado se pierde siempre la serenidad; en esta materia no hay hombre justo cuando se cree víctima de la intriga.

Ya está determinado, monto á caballo arrimo las espuelas á los hijares, suelto las bridas y parto al galope. ¡Cuánto se afana el hombre para buscar su desdicha, su destruccion misma! ¡Qué combinacion tan rara tienen los caprichos de la suerte! una era la situacion de dos amigos, ambos buscábamos con ansia el cómplice de nuestras amadas, ambos furiosos solo deseábamos destruir, aniquiliar el mundo entero si se oponia á nuestra venganza; ambos eramos cual un rio caudaloso aumentado por las aguas que desprendidas de las nubes bajan de las montañas, y no bastando el cauce para encerrarlas, se estienden mas allá de su margen, y arrebatan en su rápida carrera las mieses y los rebaños, mezclados con los troncos abrasados por el rayo, las piedras y los escombros del techo donde se guarecieron los hombres huyendo de la muerte. Eramos el terremoto que sumergió á Oran (31), el mar embravecido que se tragó el Callao, la irrupcion que sepultó á Pompeya, y el lago que bajó del volcan á inundar á Ciudad-Vieja.

— Como á los israelitas guiaba la ardiente —

columna, así me condujo á mí la fuerza del destino á la casa de Felipa. Sentada á la sombra de un granado lleno de flores y fruto, regia una tela; de sus ramas pendia un corderel que ligaba un corderillo blanco, que pacia la yerba, y sostenia sobre sus lomos, manchados de lana negra, un robusto y tan bello niño, que á tener en el hombro la aljaba, todos reconocerian en él al hijo de la diosa á quien Paris concedió la manzana: montado sobre el corderillo dormia cayendo su frente en el brazo torneado que estendia horizontal á su cabeza, caía su rostro sobre las negras guedejas del animalite, y formaban el contraste mas hermoso con sus rosadas mejillas, su albo cuello, y los rizos rubios y naturales; miré sus vestidos y me pareció que la tela de que estaba formado el pantalon y tonelete era de la misma, que con un pedacito de ella habia yo enredado, hallándole sobre el tocador de Rosa; era muy probable que ella le hubiese hecho aquel vestido á sus solas, y que algun retazillo quedase á la vista por descuido, porque, ¿qué persona hay en el mundo tan cauta á cuyo

alcance estén estas menudencias? Fingí que el padre N. ordenaba á Felipa que fuese á Tacubaya, y para hacerla creer que yo me interesaba por el niño, la dí las gracias aumentando el valor de mi reconocimiento con el de mi bolsillo: me fue facil persuadirla; ¿qué podian ser las razones de una india rústica contra las reflexiones de un hombre instruido? Montada en su pollina y con el niño en los brazos siguió las huellas de mi caballo, que semejante á los de Ipólito que describe en sus lindas poesias el melifluo Cadalso, holiaba la yerba mas aromática con el ambiente de la noche que se acercaba. Eché pie á tierra en el patio de mi casa, oculté la nodriza en una barraquilla del jardín, y el muchacho empezó á correr por él con la soltura de un campesino; porque estuviese quieto le llevé dulces y frutas, él se alegró, y pasándome sus manitas por la cara me besó, yo no podia aborrecerlo, tal es el imperio de la inocencia aumentado por la hermosura y la desgracia. Supe que Lemuana no habia salido de casa, que Rosa y Selia habian llegado con Tiaquipa, y que este se hallaba indis-

puesto y metido en cama; quise verle y su ayuda de cámara me dijo que dormía, y le había mandado espresamente que no entrase nadie: no insistí porque ¿qué consuelos podía darle quien se hallaba tan falto de ellos? ni estrañé nada, ¿qué hombre tan preocupado como yo, tan aquejado de penas pudo reflexionar jamás en las de otros? pretesté también indisposicion física (que es el ancia de la esperanza á que se agarran los que luchan con las pasiones deprimentes): ví á Rosa un momento y la dije que me retiraba; pero que luego que todos gozasen del sueño fuese al zenador de los jazmines en mi jardín. Como las mugeres son generalmente tan vivas para observar los sentimientos de que están poseidos los que las rodean, Rosa y Selia me instaron para que las dijese qué tenía; pero yo las aseguré que era una jaqueca, y ellas fingiendo quedar convencidas se retiraron.

Oyendo yo el silencio en que el orbe indiano estaba sumergido, bajé al jardín y ví una figura blanca, que con una linterna en la mano camínaba al zenador de los jazmines, es Rosa: ¡cuánto á su vista latía mi corazón!

un susto, un pavor se apoderaba de mi alma á mi pesar, llegué á la barraca en silencio, tomo el niño de los brazos de la nodriza sumergido en su tranquilo sueño, ¡en el sueño feliz de la inocencia! ¡dichosos los que pasan de la cuna al sepulcro sin conocer la inquietud ni las pasiones, sin mancharse con el crimen ni sufrir el remordimiento!

Al pasar á mis brazos fijé la vista en su rostro, sus ojos azules estaban cerrados, sus labios eran un coral, se agarró con su manita á mi pecho; ¡tan natural es el temor que lo demostramos desde que nacemos! suspiró arrugó la frente conio para llorar, frunció la boca y cruzó sus manitas sobre el pecho. ¡Se afligia por! víctima inocente y me rogaba por su desgraciada madre! pero el verdadero ciego no distingue ni los rayos del sol aunque habite bajo de la línea: los sentimientos de humanidad habian desaparecido de mi corazón. Así caminé por el jardín con el niño debajo de mi capa; él seguía suspirando y como estremeciéndose: ¡inocente infeliz y cuán de cerca me pertenecias! el ruido de mis pies se me aumentaba y creia oír que me se-

guian cuando el leve ambiente movia los arboles; yo veia los espíritus infernales que venian á presenciarse aquella escena de horror; cuando daba la capa en el ramage me creía detenido por una mano sobre natural, y me sentía abrumar por todos los sustos y temores que acometen el alma noble y pura cuando va por la primera vez á fuliginarse con el crimen.

Entro en el zenador, y Rosa, ¡la affigida Rosa! se me abraza diciendo con voz balbuciente. *Lermin, adorado Le min, ¡cuánto me aterra este misterio! ¡qué motivo nos trae á estas horas á este sitio?*

Retirate vil. Le contesté con voz horripsona.

¡Dios mio qué lenguaje es este! dijo, y su rostro se descolora, quieren salir los ojos de sus órbitas, sus cabellos se erizan, y sus manos trémulas y frias como las hojas pálidas del otoño en la noche airosa se elevan al cielo, y cae sobre el polvo diciendo: ¡Gran Dios protegedme! ¡qué trastorno es de aquella infeliz! Yo la ví; pero que injustos somos los hombres cuando estamos preocupa-

dos. Todos estos movimientos tan naturales en una sorpresa tan enorme me parecieron la confirmacion del delito.

¿Conoces esta letra? dije arrojándola el papel. Calló, lo miró y exclamó con voz débil. Es mia...-¿Y quién es el padre de este niño? y desembozándome lo arrojé en su regazo, el esfuerzo lo despertó, lloraba á gritos; Rosa aunque aturdida y sin poder hablar conoció el compromiso si la oían, y midió en un moment toda la estension de su desgracia, acariaba al niño para acallar-le, y muy irritado yo saqué un puñal: al ver la desgraciada brillar ante sus ojos el acero bruñido del norte de la península lanzó un grito de horror, y yo seguí enfurecido, ¿conoces á este niño?

Sí.

¿Es tu hijo?

No.

Lloraba el niño, y Rosa ya no tenia fuerzas para acallar-le; temblaba, levantaba los ojos al cielo, y ni á un sentada podia sostenerse.

¿Quién es tu cómplice?

¡No le tengo! no, ¡soy inocente! ¡soy

inocente! Dios poderoso favorecedme.

¿Quién es el padre de este niño?

¡Jamás lo diré!

Ocultalo, callalo siempre; pero este puñal te arrancará el alma, ya que no el secreto.

¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿es Lermin quien me asesina?

Tu hijo ha de perecer á tu vista para que lleves á la tumba un dolor mas grande que el que me haces sufrir.

¡Detente y evita un parricidio!

¡Un parricidio! ¡muger infeliz! ¿qué discurso te sugiere el miedo? ¡el crimen te trastorna! la inocencia fue siempre firme para defenderse, ¿quién es el padre dí, quién?

Reanimada Rosa un tanto hace un esfuerzo, quiere levantarse, y cayendo de rodillas á mis pies dice con una entereza rara.

Ese nombre irá á la tumba: en el fondo de mi corazon, si quieres mi sangre, hiere. Y me mostró su pecho. Te amé como á un esposo; pero si me concedes la vida solo veré en Lermin un asesino.

El puñal cae maquinalmente de mis manos y con voz menos irritada le repito. Rosa,

¿quién es el padre de Federico Benjamin Wilson?

Las ramas de jazmin se rompen á un esfuerzo, un grito se oye decir, ¡sombra de Wilson! ¿dónde estas? una muger se lanza en medio de nosotros, y repite: ¡Federico! ¡amado Federico! ¿dónde estás?

Era Selia, Rosa vuelve á caer en tierra y Selia dice: Amada Rosa, ¿dónde esta mi esposo?

En la eternidad; pero..... y no pudo acabar la frase. ¿Quén es este niño? ¡ay! ¡si fuese mi hijo!

Sí, dijo Rosa con una voz casi imperceptible, y se desmayó.

¿Es tu hijo Selia?

Sí Lermin.

¡En qué abismo de males he caído! ¡Rosa es inocente! ¡y tú no te avergüenzas!... Y caí desmayado á los pies de Rosa sin oír la exclamación de Selia.

¡El amor de madre es superior al honor y á la vergüenza!

Al volver de aquel fatal letargo me hallé en la cama, Selia me asistía, la miré fijamen-

te y dije: Selia llévame al cuarto de Rosa, quiero que me perdone ó morir á sus pies.

No Lermin, ella ha pasado la noche llorando y aun no hace un cuarto de hora que se ha dormido. ¡Ay Selia ¿me perdonará? ¿querrá enlazar su mano benéfica con la diestra que levantó el puñal para amenazarla? no era mi ánimo hierirla, no; pero ¡ay! ella dijo que solo veria en mí un asesino, ¿eran estas las palabras que debian desprenderse de sus labios la noche prēdeciente á la de nuestra felicidad? ¿es posible que me fiase yo de la infame Lemuana! yo voy á....

¡Detente Lermin! ¿á dónde vas?

A sacarle el corazon á esa infame, y hacerlo pedazos con mis dientes. Quise arrojarme de la cama, Selia me detuvo.

¿Qué haces demente? añadir locuras á locuras; ¿no estás cansado de tus imprudencias? tranquilízate y refiéreme todo lo que te ha pasado, y cómo descubriste el niño, veo que no te interesa mi honor ni el tuyo mismo.

¿Qué me importa el honor si pierdo á Rosa.

No la perderás, yo intercederé por tí; ¿qué podrá negarme la muger que siendo idó.

lata de su propio honor supo esponerle por salvar á mi hijo?

¡Cielos y esa muger á quien yo he ofendido! Selia, tú serás el genio de paz, tú me la devolverás, sí. Y tomaba sus manos y las apretaba entre las mias. Ella me abrazó y ambos lloramos. Yo le referí cuanto me habia pasado, ocultando como siempre las debilidades de Lemuana, ya no solo por el respeto que se debe al sexo encantador, mas por no empeorar el asunto pareciendo delincuente. Selia habló:

La fuerza del destino, ese brazo irresistible que nos arrastra muchas veces al precipicio puso ante mis ojos un sujeto llamado Federico Benjamín Wilson. Le amé Lermin, nadie mejor que tú sabe lo que es amar. Le amé, y como el verdadero amor no conoce mas voluntad que la del objeto amado, yo me sujeté á celebrar el matrimonio en secreto y ponerme en sus brazos. A poco tiempo de gozar tanta dicha, que creia eterna mi fatal cariño, ¿quién hay que puede blasonar de asegurarla? en el mundo reina la inconstancia, ; todo es efímero, todo pasagero!

la línea perpendicular que marca la dicha, oblicua con rapidez y llega á transformarse en la secante que divide el círculo de la felicidad.

Selia, me dijo mi esposo una mañana, los negocios del comercio á que estoy dedicado me llaman hácia el mar, es indispensable que yo marche á Tampico. Y yo te seguiré, le dije, este fue el primer impulso de mi corazón; pero él me miró fijamente y aun tiempo exclamamos, ¡y la ti! Es aba al borde del sepulcro, los médicos la habian desahuciado, ¿la dejaria yo en aquellos momentos? Ella me habia criado, le debia los cuidados y los desvelos de una madre, ¡qué crueldad hubiera sido abandonarla á manos mercenarias cuando era el único caso en que podia yo recompensarle su cariño! Partió mi esposo, y pasados algunos dias, llegó un amigo suyo, y con las mayores precauciones me participó que Vilson habia muerto en el camino, que en sus últimos instantes le habia entregado unas alhajas que recogió de donde él le dijo para que me las entregase con una carta, que dice: ¡Perdon amada Selia, perdon! yo

muerdo á consecuencia de las heridas que abrieron las manos de los enemigos ó ladrones que infestan los caminos. La diferencia de religiones es obstáculo impediante para el matrimonio: tú lo ignorabas á consecuencia de una educación austera, ¡ah! la inocencia no siempre preserva á las mugeres de los errores á que las arrastra la sensibilidad en que abundan generalmente hasta ser débiles.

¡Perdona amada mia este fraude hijo del amor! estaba seguro que si hubieras conocido que yo era protestante me negarias tu mano. ¡Oh gran Dios protégela! ¡en qué situación la dejo!

Si el cielo me concede algunos dias mas de vida te juro adjurar y llevarte de nuevo á el ara, ¡ay de mí! me siento desfallecer, muero, no llevo al sepulcro el consuelo de que puedas llorarme en medio de la sociedad, ¡Adios Adios! perdona á tu esposo = *Vilson*.

Mil pausas hacia Selia, porque su garganta se anudaba á cada instante al recordar tan amargas memorias.

Lloré á mi esposo y á mi tia casi aun tiempo; si mi situación no hubiera sido tan crí-

ca, mis amores, que yo habia creído tan legítimos, y que razones de familia y de intereses eran solo las que habian obligado á mi esposo á ocultar el matrimonio, quedarian bajo el velo del misterio; pero ¡oh naturaleza, qué facultad tan cruel aunque tan solemnemente concediste al sexo, al sexo que llaman débil cuando es el que mas sufre, y el que sabe sufrir con mas valor y mas paciencia, y en que circunstancias me fue concedido el don funesto (en esta vez) de la fecundidad! pintarte lo que padecia mi corazon es imposible; pero en medio de mis pesares, el cielo que no abandona nunca al hombre, medió en Rosa la amiga mas sabia, reservada y generosa, deposité en su pecho mis secretos, y mis pesares, y cuánto me consoló aquella inmejorable amiga! tomó todas las disposiciones, me propuso que diese á criar el fruto del amor desgraciado; pero yo idólatra del fatal honor, fui inexorable en la cruel resolucion de llevarle á la casa de caridad. Rosa calló, llegó el momento de dar á luz á Benjamin. ¡Cielos hay cosa mas triste que ser madre sin ser esposa! diganlo todas las madres desgraciadas: empe-

zó mi penosa angustia sin mas compañía que la de la benéfica Rosa, que sufría extraordinariamente; pero yo no tenia los brazos del amor para sostenerme; la amistad sola me consolaba, y hay lances en la vida para los que no basta la amistad á pesar de todos sus atractivos, yo extrañaba las caricias del que espera el primer respiro de su reproduccion para el completo de su dicha. Rosa me hizo creer que el niño habia muerto en sus brazos, ella lo dió á criar por medio del Padre N. y aprovechaba las ocasiones de ir sola á pasear y visitar al Padre N, para ver aunque rara vez á mi hijo, me ha dicho que le amaba mas porque creia que se le parece mucho.

¡Con que era yo aquel objeto tiernamente amado de quien ella habla en su carta! ¿eras tú la madre á quien yo debia perdonar por sus ruegos? ¡y he sospechado! ¡he llegado á creer que Rosa habia cometido una sola accion indigna! ¡oh cielos por qué no se rasgó la nube y lanzó el rayo sobre mi cabeza! ¿por qué no se habrió la tierra y me hundió en el abismo antes que fuese engañado? ¡ay infeliz de mí! ¡qué desgraciado soy! ¡qué

haré Dios mio! Selia, hermana queridad, vé al instante, dile que me reciba, que no la hablaré de amor, que ya no soy digno de expresarla este sentimiento sublime, que solo deseo que oiga mi dolor y mi postrer suspiro, que la vida me es odiosa, que anhelo morir á sus pies y me creeré dichoso. ¿Qué haces Selia, por qué no vas?...

Como me estás hablando todavía.

Asegurala de mi pesar por haberla ofendido tan vilmente... ¡Dila... ¡ay! ¿aun estás aquí?

Me tienes asida.

Dile que muero si á mis ruegos se muestra inexorable, dile... ¡Dios mio! aun permaneces á mi lado, no me entiendes.

Tú me detienes.

Ya te dejo, sí, dile... obligala á que me oiga, á que me perdone; arrojate á sus pies, no te levantes del suelo hasta que te haya acordado la gracia de perdonarme, emplea toda tu elocuencia en favor de tu desgraciado hermano.

Ya estaba á la puerta y todavía intento detenerla con el error de creer que no habia

espresado con vehemencia mis sentimientos; pero ella partió.

Mientras que las escenas del dolor y la desesperacion se preparaban á sucederse entre Rosa y yo, no eran menos crueles las que rodeaban á Tlaquilpa, el genio del mal habia desarrollado su feroz influencia desde Chapultepeq hasta Tacubaya: oculto Tlaquilpa en lo mas espeso del bosque, oyó una conversacion que tuvo su jardinero Mateo con un hern no suyo que estaba tambien en el bosque. Era Mateo un rústico malicioso, pero hombre que se habia aprovechado de la esperiencia propia de su edad: porque como dice el refran: Mas sabe el diablo por viejo que por diablo. Bartolo, mas joven que Mateo, habia servido á varios señores y viajado hasta la Habana, por lo que no dejaba de estar mas instruido que Mateo.

Pienso Bartolo, dijo Mateo, casar pronto á mi hijo Perico, porque la verdad, como Castula se ha hecho tan querida de mi ama, ha tomado ya aquella franqueza con ella

que nos tomamos regularmente los criados cuando los amos nos distinguen y depositan en nosotros su confianza. Castula está en casa hecha una reina, y no hace mas que lo que quiere, por esto se baja al jardín y se está las horas muertas con el muchacho, él es todavía como suele decirse, un pedazo de carne con ojos; pero yo no quiero cuidados Bartolo, que es mucho afán constituirse en guarda de jóvenes.

Yo era de opinion que no te precipitaras Mateo.

¿Por qué?

Mira, la Castula no es santo de mi devocion.

¡Cómo! pues tú mismo me has asegurado que serias contento de la boda, que la estimacion de la Condesa era una ganga para la muchacha.

Como la esperiencia es madre de la ciencia, yo no me prometo ya tantas ventajas de ese matrimonio, como me prometí antes.

¿Por qué?

Porque hablando en plata Mateo, Castula no puede tener buen fin, porque las malas

acciones Dios las suele castigar en este mundo.

¿De qué malas acciones hablas?

¿Pues qué me quieres hacer creer que te vas bobo al otro mundo? bueno es que no murmures de tus amos porque al fin les comes el pan; pero no meniegues que has fundado tus esperanzas en esa misma estimacion que la señora Lemuana hace de la muchacha, porque ella la regala, y tu vas, como decia mi amo el canónigo, *al pane lucrando*.

¿Y qué es alguna delito el que los probes quieran adelantar en su bolsillo?

Es muy justo adelantar el bolsillo, pero ha de ser sin atrasar en la conciencia ni en el buen crédito que uno tiene. Castula es preciso que sea la que lleve y traiga á su ama y....

Dió Tlaquilpa un ay tal, que habiéndolo oido Mateo se sorprende y dice: ¡Ay! ¿qué es eso?

Algun venado de los muchos que hay en este bosque, habrá bufado.

Recuerdo Bartolo que ya tu algo me has querido insinuar otras veces en esta materia, y desde que ha vuelto el perillan he observa-

do con mas cuidado, y cada dia me persuado mas de que entre los dos ha habido algo.

¡Toma si ha habido! tú estas empeñado todavia en hacerme creer que no tienes esperanzas de que la señora dote á tu nuera para recompensarle sus servicios; pues tambien como tú se yo lo que hay: estos oidos que se han de comer los gusanos oyeron una conversacion de Castula, en que ella creyéndose sola una noche, esperanzaba á Perico con el dote que le habia ofrecido su ama, y mostrándose el desconfiado, para asegurarle le confió que ella estaba en los secretos de su ama, que ella era la que le avisaba siempre que estaban juntos el conde de Lermín y la señorita Rosa: le contó cómo el Conde visitaba á la señora antes de conocer á la señorita.

Otro quejido lanzó Tlaquilpa, otro susto tuvo Mateo, otra vez afirmó Bartolo que era un venado.

¿Pero has visto que hombres hay en el mundo? así que se cansan de una muger se van á otra, liacén con ellas lo que las abejas con las flores, ¿no te acuerdas que decia la abuela que los señores eran peores que no-

sotros? era risa el oirla cuando cogia la cháchara, decia, que era raro el señor que se casaba joven, ya se vé tienen dineros, y hasta que no se cansan de gastar y correrla no buscan una muger; pues cuando ya están viejos y llenos de achaques, para que los cuiden y los mimen; debia de haber una ley para que todo el que pudiera mantener una muger, por fuerza se casara, entonces no estaria el mundo tan perdido.

Eso no es verdad: porque tu amo bien joven es.

En verdad que si él llega á saber las picardias de su muger: hará muy mal en no castigarla, porque al cabo él ¿por qué ha de aguantar? no es como esos caballeros probes que hay en el mundo, es verdad que ya no es Conde, pero tampoco hay Condes ni Marqueses ya; él es rico, él tiene empleo; y no es como aquellos á quienes se les canta aquella copla de

El que nació pobreton (32)

Tiene suerte de arbolito

O lo cortan de chiquito

O queda para carbon.

Abatido, triste y pensativo se alejó Tlaquilpa de aquel sitio fatal, y yéndose hácia la puerta esperó á que llegase Mateo, y como tenia talento y conocia bien la táctica del mundo, le atacó por su flanco. Tú, le dice, eres hombre de bien, tú sabes hacer un servicio á quien te lo sabe agradecer y recompensar.

Señor, yo soy y seré siempre un fiel servidor vuestro, mandad y seréis obedecido.

Contigo cuento Mateo, se prudente y reservado. Aquí llegaban de su conversacion cuando oyeron voces de personas alegres que iban á pasearse al bosque. Las risas de la alegría son insultantes para el que está verdaderamente afligido, Tlaquilpa calla, la cabalgata sigue. Mateo no deja á su amo.

El sol adelantaba en su carrera, algunas horas habia ya girado bajo la celeste bóveda, y otras tantas habia que yo deliraba en mi cuarto entre el dolor, la desesperacion y los remordimientos: mil veces salí, busqué á Tlaquilpa, y siempre se me contestó que no estaba, y volvía á mi cuarto, ¡qué dura expectativa! no es mas cruel la del tris-

te navegante que ve la nave á palo seco , sin gobierno el timon , y que los vientos furiosos del Norte la impelen contra las rocas cuando oye que el marinero , en vez de la maldicion y el juramento emplea el labio en el suspiro y el ruego.

Yo estaba débil abatido ; me obstiné en no tomar alimento ni descansar, ¡el hombre en todas materias quebranta las leyes de la naturaleza! pero ¡oh terribles necesidades de la vida, cada instante ejercéis vuestro absoluto imperio sobre el misero mortal! Mi cabeza era un volcan, pero débil, pesada, y levantándola á cada momento creyendo oir los pasos de Selia, estremeciéndome y haciéndola caer sobre el pecho, como la del hombre que habiendo pasado las noches en vela arreglando los mas graves negocios de la nacion oye desde su gabinete las voces de un pueblo ingrato y sublevado que pide su exterminio.

La puerta se abre, es Selia que deseosa de alejarme de aquel sitio, contestó á mis repetidas preguntas lo que de acuerdo con Rosa concertaron para alejarme y poder obrar con

libertad; aunque Selia lo espuso con una debilidad que casi me persuadió que no debía partir.

Selia ¿qué dice Rosa?

Mira el relox, amado hermano, es ya la hora de acudir al senado, los mas graves negocios del Estado te esperan para discutirse, en tí confia la patria; parte, no des motivo á que algun dia te reconvenga, echándote en cara que preferiste tus intereses á los suyos, ella te llama, oye su voz, el primer deber del hombre es el que contrae con la patria, ves á salvarla.

¡Débil muger! que mezquinos subterfugios buscas, yo se servir á la patria; ¡abrí morir por ella! pero hoy no necesita mi trabajo ni mi sangre, ¡se acabaron las consideraciones de urbanidad, vea yo á Rosa y luego muera!

Salí precipitado del cuarto, atravesé los jardines y las galerias como un furioso, llego al cuarto de Rosa, abro sin ceremonia, ya estoy á sus pies, ella dá un grito, quiere huir, yo abraze sus rodillas, las fuerzas la faltan y cae en el sofá, yo agarro sus manos, quiero besarlas, ella pugna por retirarlas, yo

insisto, al fin estampo en ellas mis labios, las riego con mi llanto, ella levanta la voz, me da los nombres mas denigrativos, acuden Selia, Ciriaco y algunas doncellas, con el auxilio de estas se levanta Rosa, yo quiero detenerla, agarro la falda de su vestido, precipita ella el paso, y la débil muselina queda rasgada en mis manos; yo quiero seguirla, ella se encierra en su gabinete, y declara por una doncella que en vano esperaré que abra, ni aun á Selia. En tanto que yo permaneciese allí, yo caigo desmayado, Ciriaco, el diligente secretario me traslada á su propia habitacion, me ponen en su cama, donde estuve privado de sentido algun tiempo, Selia me asistia, me hizo tomar caldos, y me restablecí algun tanto. Suena un coche, ¿quién es?

Es Lemuana, me contesto Selia, que alegre de su triunfo, aunque un poco inquieta por las frecuentes ausencias de su marido, estándole prohibida la entrada en el cuarto de Rosa va á Méjico á tratar los asuntos de que está encargada por la abadesa del convento D.... y acaso á saber noticias de Tlaquilpa.

¿Dónde está mi espada? dije arrojándome de la cama.

¿Qué vas á hacer?

A hundirla en el seno de la pérfida.... Ciriaco me detiene.

Oyóse el ruido del coche y inarchó.

Hermano mío, vete á nuestra casa, me dijo Selia acariciándome.

No Selia, no puedo separarme tanto de Rosa.

Solo con esta condición me permite Rosa que entre en su cuarto, ¿tendrás la crueldad de separarnos?

¡Cielos!

Solo en tu cuarto te hablaré de lo que te interesa.

¡Oh Dios Santo! vamos.

Llegamos á mi estancia donde me obligó Selia á echarme en la cama reiterándome sus promesas de avisarme cualquier novedad. Allí en el lecho, frio como la tumba, inmóvil como la roca y abatido como la arena me quedé dormido, y para sentir mas al despertarme tuve un sueño feliz: soñé que dirigiéndome á la entramada bóveda donde daba-

mos siempre nuestros paseos matutinos, al llegar á un arroyuelo que habia sido muchas veces testigo de las escenas mas gratas, ví el ropaje de una muger que estaba sobre el cespede, apoyada su cabeza sobre el brazo y este al pie de un durasnal (33) cargado de su maduro fruto y graciosas flores, y en sus ramas dos tórtolas que fabricaban su nido, enlazando sus picos, se acariciaban dulcemente. ¡Estos son dije yo, los esposos de la noche! ¡oh noche! ¡¡ ¡olonga tu curso! Miré á la bella, y era Rosa. Cubrialala un vestido de fina gasa, y sus cabellos tendidos sobre el desnudo pecho, besando con el céfiro el rostro y brazos, parecian á las sombras de la noche apacible estendidas sobre la cima del Guadarrama. Movianse las flores blandamente como la tela del trage de la hermosa, y la dulce laxitud de la belleza era la imagen de la goleta que surca el golfo de las damas impelida del viento tan suave, que el hombre de mar duerme tranquilo. Me acerco, la miro, me mira, se sonrie, me abraza.... Ya están aqui los vestidos, dice una voz que me despierta. ¡Maldito seas! esclamo yo, sintiendo todo el

dolor de la ilusion desvanecida. ¡ Maldito sea quien me despierta !

Vuestro segundo ayuda de cámara , á quien dejasteis en la ciudad con el objeto de que os tragese el vestido de boda para esta noche , he estado esperando toda la mañana , y no lo llevó el sastre hasta muy tarde.

¡ Calla , vil ! calla , no me atormentes : ¡ ve-te miserable ! ¿ Quién diablos te permitió lo entrada en mi cuarto ?

¡ Dios mio , mi amo a perdido el juicio !

¡ Pluguiera al cielo que asi fuese ! ¡ Ay de mí ! ¡ Qué pocos momentos bastan para destruir los goces de vida ! ¡ Desdichada humanidad , y cuan pronto se agostan sus placeres ! Apenas han hermosteado los campos los retoños de la vegetacion , ya bajan pálidos y deleznable á confundirse con el polvo , á ser hollados por la planta de aquellos mismos que admiraron su belleza . ¡ Goces , placeres , todo es efímero en este caos que se llama mundo !

La puerta se abre , el criado se retira y entra Selia . A pesar de mi turbacion observé en su rostro una alteracion que me sobrecogió .

· Selia, ¿qué me anuncia tu semblante?

¡Ay Lermin, no tengo derecho para re-
convenirte! ¡fui también víctima de la pasión
albagüeña!....

¿Qué me quieres decir?

Evitemos preámbulos difusos que prolon-
gan mi ansiedad. Dime con franqueza: ¿amas
á Lemuana?

¡Cielos! ¡con qué lo sabe Rosa! y caí
desvanecido.

¡Con qué es cierto ¿podía yo esperarlo
de mi hermano! ¡del que creí tan virtuoso!
¡será posible! ¡Cielos! ¡será posible que en
recompensa de tantos favores llenemos á esta
familia tan respetable de dolor y desolacion?
dijo, y cayó también sobre mi lecho. Luego
que la congoja nos dió lugar á entrambos,
me incorporé, tomé sus manos, las besé en
silencio; pero notando ella que no me discul-
paba, me miró fijamente, y exclamó con el
acento de la ira.

¡Lermin, el que se hace desgraciado por
sus vicios no merece compasion!

Volvió la espalda para dejarme, yo la de-
tuve.

¡Tú también Selia! ¡tú también me condenas sin oírme! escucha y sé mi juez.- Le referí todo cuanto me había pasado con Lemuana. Ella me á brazó, me consoló y dijo:

No puedo disculparte ¡infeliz! porque jamás disculpo esta clase de enlaces siempre indignos á pesar de todos los subterfugios con que se les ha querido cubrir. Si la demasiada latitud que insensiblemente les ha dado la costumbre con el transcurso de los siglos ha minado el edificio social como las aguas inmundas descuidadas, los cimientos de las moradas. Pues llega ya á tal punto el desorden que se pretende incluir la licencia entre las necesidades de la vida, atropellando el sólido principio de la templanza y desconociéndolo hasta el punto de negar á la virtud su misma fuerza ilimitada. He aquí el principio de todo desorden, pues es muy difícil vivir entregados á los placeres y dejar de tocar la línea que conduce al crimen. Sí Lermin, cuando llegan á relajarse las costumbres en las familias la buena fe se acaba, se rompen los diques del pudor las acciones indignas se suceden sin escrúpulo, la religion no se respeta,

las pasiones todas se desencadenan, los vicios se propagan, y llegando la desmoralización á su colmo, las naciones enteras llegan hasta familiarizarse con toda clase de crímenes. Los estados se corrompen, se desmoronan, se hunden y acaban por una consunción activa. Pienso que me entiendes, querido hermano; y sino, vuelve los ojos á aquella nación transalpina, la que resalta hoy en las playas de Europa, como el pimpollo en el campo de abrojos, la afortunada Suiza, que debe la tranquilidad que goza á la pureza de sus costumbres, en tanto que las que le rodean viven en agitación continua por la falta de ellas.

Amada Selia, tu razonamiento es triste pero verdadero; y para que veas que estamos de acuerdo, te aseguro con todas las veras de mi alma que tengo siempre por injustos á los que os señalan como hipócritas y falaces, sin conocer que si existe entre vosotras algun tanto de lo que llaman falsedad todo emana de la educación y los principios. La barrera del pudor está enteramente en vuestras manos: vosotras sois el sosten de ella. ¿Cómo conservarla sin el auxilio del que creen engaño? Si la

libertad tan perjudicial que nos hemos abrogado se extendiese al sexo amable, ¿cuál sociedad subsistiría hoy? El mundo entero hubiera retrocedido ya á la nada de donde fue acado, siendo cada vez mas corta la vida y mas achacosa la existencia, sucumbiendo á las dolencias hijas de los excesos que se aumentan con el transcurso de los siglos. Frecuentemente se oye decir á los padres que dan demasiada libertad á sus hijos: No corren riesgo, sin preveer el que los amenaza de cerca, perecer aun antes de su desarrollo.

Pero dime, ¿cómo ha sabido Rosa?...

Un ruido que llego a mis oídos cortó mis palabras, supliqué á Selia viese lo que era, y me avisara si acaso era la llegada de Tlaquilpa.

¿Qué pretendes hacer?

Declararle mi inocencia y echarme á sus pies: yo sospecho que él está informado por algun genio maléfico de cuanto ha pasado, y quiero averiguarlo.

¡Necedad Lermin! Librenos el cielo de hacer realidad lo que en él es solo sospecha.

¡Pluguiera al cielo! pero no, no nos liso.

geemos. ¡Ay Selia! en el estado en que yo me encuentro es imposible estar acorde con lo que se debe hacer. ¡Ay de mí! dime, Selia, ¿por qué fatal combinacion ha sabido Rosa la funesta inclinacion de su cuñada? Es preciso que me lo digas y que me des razon de cuanto ha pasado entre vosotras.

¡Ay Lermin!

Habla, Selia, nada me ocultes: me siento con calor para escucharte.

Cuando me dirigí al cuarto de Rosa salia de él Tlaquilpa, entro y veo á la infelice Rosa tirada sobre un sofá llorando amargamente, y con tantos sollozos que ni aun podia hablarme. Yo la abrazo, me mira, me repete; pero arrepentida se arroja en mis brazos diciendo: ¡Ay Selia, Selia, se levantan cadalsos en medio de las plazas para castigar á los hombres por una llave, por una moneda falsa, y la falsedad de su corazon se queda impune! todos huimos de los campos donde se oye el silvo de la bívora y los rugidos de las fieras; pero ¿quién temió nunca el balido del cordero ni el arrullo de la tórtola? ¿En qué han pensado los

legisladores? ¿cuáles leyes han dado á la sociedad? ¿por qué ha de vivir entre los hombres el malvado hipócrita que cubriéndose con la máscara de la amistad engaña al hombre virtuoso y confiado? y á tí, ¡oh sexo hijo de la desgracia, cuántos agravios se reúnen para tiranizarte! La naturaleza te encadena, la sociedad te juzga y te condena sin piedad, y las leyes civiles no te protegen: los agravios hechos á una muger no degradan al hombre; rompen los vínculos que han conlaido con una infeliz, forman otros en seguida y son bien recibidos: ellos no tienen sacrificar la víctima que fue su deidad ante el nuevo ídolo de sus deseos, ni llenar una alma de felicidad por algunos instantes y condenarla para siempre al abismo del dolor y la desolacion: ningun inconveniente se le sigue, en nada se degradan, su honor queda ileso. Acaso un dia se hubiera borrado de mi corazon la escena funesta de la noche, acaso podria disculpar algun dia á Lermín: el agravio que me hizo lo creeria amor solamente ó arrebató de los celos, pero amar á la muger de mi hermano;

cansare luego y venir á ofrecirme su corazón ¿dónde hay vileza comparable á esta? ¿Ridiculizarme con mi cuñada, permitir que yo tuviese por solo envidia unos celos, un resentimiento natural en una persona que tiene derecho á los sentimientos de otra?

Rosa no pudo seguir; la ira, el dolor y las lágrimas sofocaron su voz; yo estaba poseída de un estupor que me tenía como petrificada, hasta que volviéndome la voz exclamé: ¡Lermin amar á Lemuana! ¡imposible! ¡imposible! y volví á quedar en silencio. Rosa al fin dijo:

¡ Ah Selia! me olvidé que es tu hermano: perdona una imprudencia hija del dolor.

No, Rosa, no: ni el parentesco ni el cariño pueden hacerme olvidar lo que debo á tu amistad. Yo detesto de Lermin, si es que le anima un alma tan malvada: pero las almas bajas se descubren al instante. El hombre capaz de proceder de mala fé con una muger inocente procede siempre mal con sus amigos, con sus parientes, con su patria misma; y Lermin, ¡ay Rosa! ha sido siempre tan bueno.... Aquí las lágrimas me impidieron seguir.

nos abrazamos , lloramos juntas y luego dije:
 ¡ Ay triste , aun esperaba para Lermin dias
 felices !

Selia , no pretendo ocultarlo : las primeras palabras que salian de mis labios al ver la luz matutina , se dirigian á manifestar al Ser Supremo mi reconocimiento por el esposo que me preparaba . ¡ Ay de mí ! aun creia que á pesar de no ser suya , la conviccion sola de que su corazon no recibia otras impresiones amorosas y que se conservaba respetuoso hacia mí , me haria vivir tranquilidad .

Por tu razonamiento he conocido lo que te ha dicho Tiaquilpa de esos amores , que son un misterio sorprendente para mí , y aun creo quiméricos todavia .

Aun mas triste que el campo de batalla , cuando ha servido de circo al prisionero de Vulcano y de ara funesta á la Diosa inexorable , hija de la noche ; en medio de las tinieblas de esta madre , pensando en mi dolorosa situacion , miraba el tálamo nupcial donde esperé me arrullasen las palomas de Venus , y solo despedazan mi corazon los buitres de Prometeo .

Rosa, me dijo Tlaquilpa sentándose á mi lado y queriéndose esforzar para que tomase su semblante inmutado y pálido el aire de tranquilidad que no podia fingir. Rosa mia, si esta noche que esperas tan dichosa, un genio maléfico te impidiera contraer los dulces lazos que deseas lazándose terrible en medio de vosotros, ¡cuál sería tu desesperacion! Si formada la horrible tempestad allá en las regiones aéreas la nube estruendosa se rasgara, y una voz espantosa te dijera: ¡Rosa, detén la planta, que te acercas al precipicio! ¡Cesa, cesa de amar al objeto que te encanta sin merecerle!...

¡Qué dejase de amar me mandaría la voz!

He dicho mal: es imposible prohibir á un corazón que ame. Por desgracia sé muy bien todo el imperio que ejerce el amor en las almas sensibles: he pulsado las dificultades que hay para arrojar del corazón un objeto que nos encanta. Toda la indiferencia del amado... ¡ay! ¡ni aun los agravios mismos tienen este poder! Yo también he contribuido á fomentar tu terrible pasión: te hice tal elogio de mi ami... de Lermín... hemos sido vil-

mente engañados. Rosa; ¡ay! querida mía! yo cargo sobre tu corazón un peso que a caso es superior á tus fuerzas, pero ¿qué deja de estar al alcance de los esfuerzos de un corazón virtuoso, de una alma tan elevada como la tuya? Sí, hermana mía; Lermin no te merece, es indigno de poseer una muger como tú. Lloras, Rosa mía: ¡cuán desgraciados somos! Y me abrazó.

Como no me hablaba del acontecimiento principal, ni del mal comportamiento de Lermin producido por el fatal billete, y como tú me habias ya dicho que era Lemuana la autora de todo y habia yo ya concebido sospechas de que ella tenia algun motivo más poderoso que la envidia para impedir las bodas, determiné obrar con discrecion y no llevar la sospecha al pecho de Flaquilpa, ni aun con la menor espresion: tuve tambien otro motivo; lo confieso: soy amante y deseaba que todos ignorasen una accion que degradaba á Lermin. ¡Ay aun de mi memoria quise borrarlo! le contesté de este modo: Me digiste tantas veces que seris dichosa con el compañero de tu infancia...

Así lo creía mi corazón sano y confiado, víctima del engaño. Dos clases de personas claudican generalmente en esta materia, Rosa: el corazón sano que no juzga mal de otro y el del malvado que no puede persuadirse que exista en los demás las virtudes que él desconoce.

—Pero, hermano mio, ¿qué motivo tienes no solo para suspender mis bodas, sino para asegurarme que ya Lermin no es digno de mi mano?

—Respetá mis secretos, Rosa; es el único que en toda mi vida he tenido para tí: no me insistes por ser revelacion. Hay disgustos en la vida de tan dura condicion, que no es permitido contarlos ni á los mayores amigos, ni á los parientes mas inmediatos, y hasta llega el caso en que quisieramos ocultarlos aun á nosotros mismos.

—Con que ¿quieres ocultarme tus penas? ¿privarme del placer de consolarte? ¿por qué no has de depositar tus lágrimas en el seno de una amiga? ¿has podido creer que el amor de otro objeto me ocupa hasta el extremo de hacerme olvidar que tengo un

hermano, un amigo, un compañero de la infancia, un protector decidido, un amparo seguro que me donó el cielo en el último vástago de mi familia? hermano mio, le dije acariciándole: yo soy la misma para tí, ¿te olvidas que me digiste alguna vez que un amigo era siempre un hermano, y un hermano el mas interesante amigo? Eres tú uno y otro, ¿y me ocultas esa pena!

¡Cielos, cuando quiere saberse hasta que grado puede llegar el amor y la beneficencia, búsquese en el corazón de una muger! ¡Rosa incomparable! ocultas tu dolor para atender al mio; tu sensilidad traspasa mi corazón, y me recuerda con dolor aquellos tiempos ¡ya finados! en que moraba en nuestro asilo la paz y la felicidad; pero eclipsose el sol, ¡Rosa, y el horizonte oscurecido amenaza grandes tormentas!

¡Santo Dios! ¿y rehusas mis consuelos?

Tú necesitas de ellos tanto como yo: los dos seriamos menos desgraciados, si una mano amiga en jugare nuestras lágrimas. Los males que pueden publicarse parece que se disminuyen, hallando compasion, y mas

cuando vemos en derredor nuestro gemir la amistad, sosteniendo el infortunio; pero en estos disgustos secretos, en que la dura necesidad de ocultarlos nos obliga á aparecer al resto de la sociedad cual si no sufriéramos, y cuando hasta aquellos mismos que nos estiman temen preguntarnos la causa de nuestras penas; cuando el silencio debe ser compañero inseparable de estos terribles males, ¿qué consuelo nos resta, viéndonos como solos en medio del mundo entregados al dolor, á la desesperación y á la muerte? Calló, levantando ~~la~~ ~~mano~~ ~~de~~ ~~los~~ ~~ojos~~ ~~al~~ ~~cielo~~ ~~exclamó~~: ¡Honor, funesto honor, quien te depositó en tan débiles pechos! ~~de~~ ~~voló~~ ~~los~~ ~~ojos~~ ~~del~~ ~~cielo~~ ~~al~~ ~~terreno~~, ~~no~~ ~~se~~ ~~vió~~ ~~el~~ ~~dolor~~ ~~le~~ ~~poseía~~ ~~y~~ ~~lo~~ ~~cegó~~ ~~hasta~~ ~~el~~ ~~punto~~ ~~de~~ ~~no~~ ~~ver~~ ~~que~~ ~~me~~ ~~descubría~~ ~~lo~~ ~~mismo~~ ~~que~~ ~~quería~~ ~~ocultarme~~: le di palabra de someterme á su voluntad: me trazó el plan; volvió á suplicarle me confiase sus penas: se negó á ello; y asegurándole que no vería á Letina, se dejó decir inadvertidamente: ¡Infame! ha llenado de oprobio mi vida... y se marchó precipitado. ~~el~~ ~~dolor~~ ~~era~~ ~~mu~~ ~~y~~ ~~grande~~ ~~el~~ ~~sentimiento~~ ~~que~~

yo venia ya, forma Selia la idea de lo que este se aumentaria, viendo que mi sospecha, que se concretaba solo á creer que Lemuana amaba á Lermin, se estendia hasta ver en él al seductor de la muger de mi hermano; ¿podia yo esperararlo? ¿es posible que la tierra sostenga seres tan viles que no se abra y los oculte para siempre en el abismo! Selia yo disculpo una pasion; pero al hombre inmoral le desprecio, le odio y le maldigo. Todos las impresiones que se han gravado en mi alma, se borrarou, como las figuras geométricas al paso de la esponja del matemático. Nada mas grande, nada mas sublime sobre la tierra que la muger afortunada, de tanta virtud ó noble orgullo, que haya sabido burlar al seductor. Sí amiga, me siento con valor, y aunque sumergida en un abismo de pena y soledad, bajaré á la tumba antes que partir el lecho con el hombre infame. ¡Oh mugeres cuan dichosas seriais si fueseis como las aguas de los rios jamás halladas por la planta! si os concretaseis al círculo que traza el deber, entonces no llegaria nunca á ser el mundo el caos de la infamia.

Miraba yo á Rosa como estasiada: la escuchaba absorta dudando si era una mortal la que hablaba ó si los cielos mandaban ángeles que resonasen por su labio.

Acabó de hablar Selia, y el estupor en que me hallaba no me permitia desplegar los labios. Rosa estaba enterada del funesto amor y por su hermano, ambos me aborrecian como á vil seductor, y ni aun podia disculparme con mi amigo. Selia rectificándome sus promesas se apartó de mí. ¡Plácidas ilusiones del amor! ¡diseños encantadores de la felicidad! os disipais en el momento de tocaros cual la nieve se desnace al sol ardiente. Así discurría yo en tanto que Selia contaba á Rosa cuanto le referí. La noche se acercaba, y mis domésticos se empeñaron en servir la comida, llamaron á su ama; pero ¡cuán desabridos son los manjares en los momentos de angustia! ¡qué cruel rato es el de la mesa cuando hay cuidados en los que la rodean! aquella especie de falacia que usan unos para no agravar el tormento de los otros: las lágrimas reprimidas á viva fuerza: la necesidad de manifestar sentimientos contrarios á los

que combaten el corazón, y los suspiros ahogados por el temor de descubrir á los domésticos secretos que su curiosidad, las mas veces importuna, pretende sorprender por cuantos medios estan á sus alcances; aumentan terriblemente el tormento fatal que se padece.

Luego que estuvimos solos dije á Selia: y bien, ¿qué dice?

El silencio fue solo su respuesta.

¡Ay! ¿cuáles son sus designios? ¿Los sabes? Dímelos.

Bajo la palabra de ocultarte lo que pasa, me ha concedido Rosa el placer de estar á su lado. Dime: ¿Faltarías tú á ella?

¡Ay Selia! Yo no sé lo que haré.

Hago por tí lo que puedo: te recomiendo la vigilancia.

Y partió. ¡Cielos, pretende abandonarme! y cai desfallecido.

Acabose la luz de tan aciago dia: llamé á los criados: encargué á los mas fieles y listos la vigilancia de la casa de Rosa, y que averiguasen de sus amigos cuanto pasare en ella. Quedé solo; y como estaba esperando sufrir

aquel tormento, que tambien describe Metastasio cuando dice:

Servire non aggradire (34)

Essere in leto è non dormire

Aspettare è non venire.

son tre cose d'affar morire.

Me hallaba inquieto, pero silencioso. Solo

deseaba noticias de mi amada: fijaba con fre-

cuencia los ojos en la puerta: al mas leve ru-

mor creia que se levantaba el pestillo: me pa-

recia oir pasos, y muchas veces decia para

que se apresurase: "Pedro, Tomas, Manuel,

y nadie me contestaba." Me poseia el disgus-

to: tomaba un libro; lo dejaba al instante:

me sentaba: creia que estaria mejor de pie: me

levantaba: paseaba la habitacion, y el fasti-

dio me seguia á todas partes y en todas posi-

ciones: lloraba: suplicaba: me enfurecia, me

echaba sobre un sofá, y me reclinaba sobre

la mesa. El calor me sofocaba: abria las ven-

tananas: me incomodaba el aire: las entorna-

ba: al fin bajo al jardin: paso el patio: subo

al corredor: nada veo: no oigo nada que me

consuete. ¡Bella no ha vuelto: ¡ay! teme de-
jar á Rosa, y que en tanto se le escape: ¡ella
quiere abandonarme! saldrá de su casa, sí,
pero hollando mi cadáver: sueñan pasos: una
persona viene: ¿quién es?

Yo, señor amo.

¡Ah! Pedro ¿que hay?

Ha vuelto de la ciudad la señora Condesa.

¡Maldita sea! ¿Y no es mas que eso?

El ayuda de cámara ha vuelto: pero en el
coche de la señora.

¿Y eso qué me importa?

Señor, tened un poco de paciencia y escu-
chad, cuando el coche pasó por Chapultépec
challaron en el camino tendido y sin movi-
miento al ayuda de cámara del señor Con-
de, á quien reconocieron los cocheros: y lle-
gándose á él, vieron que se hallaba privado.

La Señora mandó que lo metiesen en el co-
che, y un lacayo montó en su caballo que
no se le había separado. ¡Qué fidelidad de
animalito! con razón...

Majadero, deja esas tonterías, y sigue la
relacion.

El movimiento del coche, el calor y los

espíritus que le aplicó la señora Condesa, que sabeis los tiene muy buenos....

Cargue el diablo con ellos y con tu posma tambien.

Le hicieron volver en sí, ha hablado y dice que salió de Méjico como á cosa de las seis ó seis y media, poco mas ó menos.

Pedro, si sigues tan pesado, te tiro por el balcon.

Se empeñó en que habia de ir al cuarto de la señorita Rosa; pero el accidente que le dió en el camino no lo dejaba andar. Le dijimos que nosotros daríamos el recado; pero dijo que no era recado, que era una carta de mucha importancia, y que el amo le habia mandado la pusiese en mano propia de la señorita, y que él debia cumplirlo. Le dijimos que nos la diese; pero ¡ya! ni á don Ciriaco se la quiso dar.

Y qué sucedió?

No hubo reflexiones que bastaran: hubo que llevarle casi en brazos; y como ya sabeis que yo soy amigo de mi compañero, y algu tanto curioso.....

Y minucioso y pesado como un plomo.

Le acompañé, llamamos á la doncella, y salió la señorita Rosa. ¡Pobrecita, que desfigurada está! ¡aquellos ojos, Señor, tan hermosos, sin agraviar á nadie....

¿Quieres morir esta noche, cuadrúpedo?

Se entró la señorita, acompañada de la señorita Selia: yo volví á dejar en la cama al pobre muchacho, á quien le van á poner unos sinapismos que ha mandado la señorita Rosa (con su acostumbrada caridad) y que llamen al Dr. Barrego, médico del pueblo.

¿Y nada mas sabes?

Nada mas, señor amo.

Pues vete á tu puesto y avisame cualquiera novedad que adviertas.

Está muy bien, señor amo.

Cuando Pedro salia entró mi ayuda de cámara y me dijo:

Por si acaso puede interesaros, sabed que el enfermo me ha dicho que el señor Conde su amo quedaba en casa, y que le dijo no vendria á dormir aqui esta noche, porque tiene que hablar al ministro de Estado.

Muy bien, vuélvete á tu puesto y ten el

mismo celo que hasta aquí por mi tranquilidad.

Era la hora en que el pájaro suspendido en las ramas dormía tranquilo en su nido, al lado de su fiel compañera, descansando sin cuidados. ¡ Oh dicha incomparable de que no goza el hombre! rumiaba la paja el buey libre de la coyunda y del arado: había abandonado ya la triscadora cabra las laderas y los riscos; y la mansa oveja echada sobre el polvo, descansando sobre ella el retozon corderillo, que á veces extraía el lacteo nectar de la madre. Mugia la baca separada del choto deseando descargase sus requintadas ubres. El mastin vigilante abría los ojos al ruido de las hojas que blandamente movía el viento; levantaba la cabeza, escuchaba atento, y no sintiendo ruido sacudía las orejas y volvía á su sueño.

El astro de platina; de figura circular, parecía el reverbero del faro de Vera-Cruz, luciendo magestuoso y consolando á cuantos corrian en aquella hora por las quiebras de las montañas, ó surcaban los encrespados

mares. Poníasele delante de cuando en cuando alguna leve nube que la cubria como un velo trasparente para hacerla lucir con mas brillantez cuando se disipaba. ¡Deliciosa tranquilidad del campo! No es interrumpido tu silencio como en la gran plaza por el ruido de las armas del infante que gira en todas direcciones, ni la planta herrada del dragon que le sigue, ni la voz del hombre de la noche que canta las horas y las novedades atmosféricas, ni el paso sordo y monótono de los ejecutores de las ordenes de un gobierno vigilante. No el ruido del precipitado andar del amante que sale intimidado de la morada que llenó de oprobio y desolacion, ni el rechinado de los dientes del encolerizado súbdito de Virjan, cuya fortuna fue destruida al azar de un naípe solamente: no el estrepitoso ruido de la brillante carroza que conduce al sarao la belleza, para cuyo adorno se pusieron en movimiento los tres reinos del imperio de la naturaleza, crugiendo á su ademan gallardo la fina tela que en medio año pudo apenas fabricar el benéfico repúl, que deja el lecho de hojas de morera para estender en el

ambiente las débiles alas, manchadas por la naturaleza con las tintas que el arte dió á la suave guedeja que destiló su pecho: que entre el rizado cabello, cogido con la concha del galápago (35), del conchagua, sale cual iris la cola del ave de la india que besa suavemente su esbelto cuello como las rastreras de la nave zambuyen apenas en el Alcionio marítimo y como si intentase quitar el polvo al torce de las fundidas arenas del chozo (36), ya convertidas en cadena: la piedra labrada del Brasil y la perla arrancada de las rocas de las costas del Sur, teniendo en agitacion los encages del hilo de la Flandes que adornan el seno de la bella, cuyos ojos brillan á par de sus pedrerías.

El temor y el interes son el ege sobre que se mueve el corazon del hombre: amenazas y promesas hice á mis criados. Uno de ellos entró y me dijo:

Señor vengo á avisar á su merced que estando hablando con mis compañeros los lacayos en la caballeriza, vi llegar á don Ciriaco y mandó á los cocheros que engancharán dos troncos de las mulas descansadas, y

que arrimasen el coche por la puerta falsa del jardín. Ya venia yo á decir esta novedad cuando oigo en el corredor llorar, me escondí detras de un pilar y ví á la Juana que llevaba un hilo, y que le decia á don Ciriaco:

¡Por Dios, don Ciriaco! déjeme V. ir con la señorita.

Dejate de lloros, Juana; no aflijas mas á la señorita: yo la acompaño hasta que la deje en el convento.

Es un disparate que no se haya pedido licencia para que yo fuese á servirla.

El señor Conde no me espresó que fueseis ninguna; pero te doy mi palabra de que mañana haré duermas en el convento; lo que es menester es darse ahora priesa.... ¡se ha hecho ya tan tarde!

Sí, con el accidente del ayuda de cámara.

Vamos, vamos á despachar.

Y cada uno marchó por distinto punto.

Muy bien, le dije, vete á colocar al pie de la escalera del jardín y llama á tus compañeros para darles órdenes.

- Llegaron; les dije donde debian colocarse y que me hallarian en un cenador por donde

era preciso pasar para ir á la puerta falsa. Apenas habia yo estado en él cinco minuto, cuando llegó uno de mis criados diciendo:

En el corredor estan las doncellas y la señorita Selia empeñadas en acompañar á la señorita Rosa hasta la puerta; pero las está persuadiendo para que la dejen.

Entonces dije á este criado que observase si tomaban otra direccion y me avisase; pero ¡cielo! ya se oye el ruido: ha pasado Ciriaco: ella viene sola: siento sus pasos: oigo el ruido de su ropage agitando las ramas: se mezcla con los suspiros un ¡ay! que exhala de su pecho: lleva un lienzo á sus ojos para enjugar sus lágrimas, con cuyo objeto baja la cabeza: á esta acción se agitan las plumas del sombrero de terciopelo negro con que cubre su hermosa cabellera: ¡y era este el modo con que yo la veía en este sitio en otro tiempo! ¡son esas las mismas manos que servian de sello á mis labios, cuando el amor deliraba por mi boca! ¡es esta aquella beldad, á cuyas plantas ofrecia rosas mi amor tierno! ¡es aquella figura tan alegre y festiva que ví pasear entre las flores hoy pálida y trémula, se mue-

ve con dificultad para dejar cuanto formó su dicha! y qué mano ferrea ha transformado así su beidad, su gloria y mi destino. ¡Ah! todo era felicidad, pero dió mi imprudencia un paso, y las sombras cadavéricas del dolor eclipsaron la faz risueña que ostentaba .

Yo quise andar, pero mis miembros entorpecidos temblaban: las congojas del remordimiento ahogaban mi voz . el corazon latia aceleradamente dentro de mi pecho: un estupor fatal se apoderó de mí, y parecia que los eslabones de la cadena de mi existencia se prolongaban aceleradamente para arrojarme en la fosa. ¡Dónde hay tormento más cruel que el de hacerse uno á sí propio desgraciado! yo la ví fijar los ojos en la morada, que abandonaba, levantar al cielo sus manos y decir entre sollozos.

Adios techo feliz, que cubriste un dia la paz y la inocencia: paredes de crueldad que no supisteis contener en vuestro recinto la felicidad de dos seres; adios piedras insensibles, mudos testigos de mis finadas esperanzas: yo os creí engañadamente destinadas á

guardar el amor y la felicidad de la desventurada Rosa: ¡adios, adios para siempre! ¡ay triste! ¡para siempre, no hay remedio, para siempre!!!

Cuando calló su voz enmudecida por los sollozos se vuelve para seguir el camino, y tropieza conmigo que la esperaba postrado á sus pies: se para silenciosa, y yo la digo balbuciente:

¡Deteneos, señor, ú hollad el cadáver de un infeliz mas desgraciado que criminal!

¿A qué venis, hombre sin fé?

A morir á tus pies: pero no baje yo á la tumba con el anatema de tu aborrecimiento; no.

Ella quiere huir; me pongo en pie para impedirlo: quiere oponerse, apartándome con su mano: la estrecho entre mis brazos y tocan mis labios los balsámicos rizos de su frente: su rostro toma un caracter de resentida dignidad: su torbo ceño me anuncia su terrible desagrado: hace esfuerzos por desirse: me repele con violencia, y exclama:

¡Déjame, hombre vil, deja á tu víctima!

En la lucha tropieza con mis pies y hu-

biera caído en tierra á no sostenerla yo. Quería apartar su rostro y nuestras lágrimas se confundían: se acercaban los pechos y mis manos se enlazaban con las suyas heladas como el marmol de las tumbas, hasta que exclamó al fin:

¡Con qué derecho me detienes hombre indigno! ¡por qué abusas tiranamente del poder que sobre mí te dió la naturaleza!

¿Me perdonas!

¡Jamás!

¡Ah, Rosa! tú no eres cruel, no; tú supiste amar en algun dia.

Déjame partir.

Perdoname, y eres libre en el momento.

Déjame, falso, déjame.

¡Perdoname, amada Rosa!

¡Perdonarte yo!

¿Es posible, amada mia? ¡tanto ha mudado tu caracter! ¡Me amabas tanto! ¡tanto!...

Basta inicuo; déjame.

¡Perdon, amada mia! pronuncia esta palabra tan grata á mi corazon, y te déjo partir: sí.

Pues, bien: yo te per.... déjame.

No, amable criatura; no te dejaré hasta

que pronuncien tus labios clara y distintamente la espresion de que depende mi vida.

¿A dónde está Tlaquilpa? que venga y castigue á este insolente.

‘Bastante me ha castigado ya tu enojo. Eres libre, Rosa; pero si aprecias mi vida, dime que me perdonas.

Te perdono, dijo con violencia.

¡Qué felicidad! exclamé levantando la voz, mis brazos se aflojaron para dejarla en libertad; pero un movimiento de alegría, producida por el rayo de esperanza que hirió mi corazón, se sobrepuso á la razon, y olvidando mi promesa volví á estrecharla contra mi pecho, ella lo repelió con un esfuerzo repentino.

¡Qué felicidad; repetí en alta voz enagado.

Una nube parda cubria la luna en aquel momento, un resplandor pálido nos deslumbraba, un estrépito fatal llegó al oido, una columna de humo se estiende en el ambiente, un golpe fuerte toca mi brazo, Rosa da un ¡ay! y cae su frente sobre mi pecho, yo lanzo otro grito, ¡dos balas nos hirieron á entrambos! la nube se disipa; y la luna alum-

bra una escena de horror, sus luces se estien-
den sobre dos amantes exánimes ante los cua-
les se arroja Tlaquilpa vibrando la espada
de la venganza para abreviar las ansias de las
víctimas que su ciego furor había sacrifica-
do, llegó diciendo:

¡Infames morded la tierra que va á ocul-
tar vuestros crímenes y mi deshonra!

Sus últimas palabras se mezclaron con los
acentos de Rosa, que con voz débil exclamó:

¿Es posible que el témino de mi existen-
cia llegue por una mano fratricida? ¿podia
yo esperar tan triste fin?

El feroz Tlaquilpa desconociendo todavía
á Rosa, gritó dirigiéndose á mí.

¡Muere falso amigo!

Jamás lo fue. Contestó Lemuana, que con
el cabello desatado, y rasgado el vestido
por las ramas espinosas llegaba corriendo por
entre los árboles y plantas, semejante á la
desgreñada deidad (37) que preside al carro
del Dios temible, y seguida de la familia alar-
mada por los tiros.

¡Inventor de la mezcla mortífera! ¡hom-
bre que te desvelaste para ensanchar el cír-

culo funesto de los asesinatos! ; ven á trazar líneas cerca de este cuadro!

Con voz ronca y fatigada siguió Lemuana diendo á su esposo. - Lermin es inocente, la funesta pasión que por él me ha subyugado, no ha podido seducirle; ;este es mi corazón! ;hiere! líbrame del oprobio y de una vida que ya solo puede servirme de tormento.

Y le mostró su pecho. Tlaquilpa dejó caer la espada, y ella siguió. - ;Maldecidme todos! ;Maldecidme. v desapareció.

¡Ay amigo que escena! cerca de una fuente que corria con inrhumullo magestuoso, bajo un grupo de árboles, cuya sombra se hacia imponente sobre las luces artificiales que llevaro. Los domésticos, estaba yo sobre un sofá de cespel, y Rosa la amable Rosa espirando sobre mis rodillas: su cabeza, reclinada en mi pecho, un borboton de sangre brotaba del suyo, la de mi herida corria unida á la de Rosa, como las aguas del Henares y el Jarama en el verde soto. La luna se habia ocultado tras un grupo de nubes pardas ¡ay! parecia que horrorizada huyó de ser testigo del exécrable fatricidio.

Alumbraban las antorchas pálidas á Tlaquilpa, que semejante á una estatua sacada de las ruinas de Herculano, quedó estático, con los cabellos herizados, el rostro pálido, los ojos desencajados y fijos en la espada que estaba á sus pies, la boca abierta, los brazos cruzados, y la barba sobre el pecho parecía haber olvidado el uso de la voz. Al cabo de algunos instantes levantó la cabeza, la giró hacia todas partes. demostrando en sus miradas el furor y desesperacion, Rosa ya exánime le alargó la mano diciendo: — Ven mi querido hermano, ven á darme el adios postrero; ningun resentimiento, ningun ódio hacia tí llevo á la tumba, yo te perdono amado Tlaquilpa, sí, tu mano se mancha con mi sangre, es verdad; pero tú no eres mas que el ejecutor del decreto del destino, ¿quién pudo nunca eximirse de la fuerza irresistible de los hados? muero en la flor de mis años, sí; pero no soy desgraciada, no; muero en brazos de Lermín. Diciendo esto buscó mis labios y los oprimió con toda la vehemencia que le permitted su situacion, como la llama de la lámpara que al apagarse da con estrépito

luminoso señales de la fuerza que guardaba. ¡Atroz venganza! ¿hasta cuando dejarán de ser gratos tus feroces placeres? ¡pasion horrible huye al abismo y deja ya de envenenar el universo!

Tlaquilpa la miró, movió la cabeza con desden, se sonrió con la amarga sonrisa de la desesperacion, con aquella sonrisa precursora del mal: y señalándonos con el dedo dijo: Mirad.... mirad las bodas sí.... las del sepulcuro.... ¡Qué fúnebres antorchas! Y con gritos furiosos, levantando las manos, como queriendo buscar en el cielo el consuelo que no podia hallar sobre la tierra, exclamó:

¡Todo lo he perdido! ¡todo! solo me queda.... busca su espada: no la encuentra y cae sobre la tierra: se revuelca furioso: se golpea el rostro: se arranca los cabellos: se rasga los vestidos: lo levantan, y mirando á Rosa, la señala con el dedo y dice: “¡No, no está muerta, no está muerta!” y soltando una carcajada, corrió por el jardin. ¡Cielos! (dijo Rosa) ¡con cuantas penas inuero!, y luego, mirándome prosiguió: ¡Lermin, tú estás herido!... y se desmayó.

Los criados nos llevaron á la habitacion. »Selia, hermana mia, que no nos separen: dejanos dar juntos el postrer suspiro.» La alcoba donde se habia colocado el lecho nupcial era la mas inmediata, y fuimos puestos en la cama misma. ¡Qué estreno! ¡Era el lecho de la muerte! ¡Era la tumba! vendaron mi herida y la de Rosa: clamé por el cirujano: »¡en vano!, dijo Rosa, ¡en vano! El plomo está dentro de mi pecho y ya no puedo vivir.»

La puerta se abre y se arroja á los pies de Rosa el anciano Mateo: destfigurado, pálido, temblando y con una voz que ahogaban los sollozos dijo:

Perdon señora, perdon: yo soy vuestro asesino, y refirió todo lo ocurrido con Tlaquilpa, y cómo estaba escondido en su cuarto mientras que él, fiel á los preceptos de su amo, le daba aviso de lo que ocurría: Que habiéndome visto oculto en el jardin y estando ignorante de la mayor parte de lo que pasaba, oyó ruido, salió, y el primer objeto que se presentó á su vista fue Lemuana, que con aire misterioso cruzaba las estrechas

calles del jardín. (Culpad mi estupidez, señora; yo no preví tan funestas consecuencias). Dirigiéndome á mi amo, le dije: me encargasteis, señor, que os avisase si veía reunidos á la señora Condesa y al señor Conde Lermin, pues bien ambos se hallan aqui: soltó la capa que le cubria; pero cual fue mi asombro cuando descubrió en su cintura dos pistolas y una espada. ¡Señor! fue la única palabra que pude dirigirle. Se separó de mí: corrió; el estampido del tiro y el relámpago de la pólvora se sintieron aun tiempo. ¡Dios mio, cual ha sido el blanco donde dirigió el tiro!... El llanto ahogó su voz: con débil y triste dijo mi amante. Mateo, yo te perdono...

Castula se arroja á los pies de Rosa: confiesa sus delitos y la pide perdon. ¡Dios inmortal! esclama la moribunda Rosa: perdóname tú. ¡Es posible que haya yo tenido tantos enemigos, sin serlo yo de nadie! ¿Si hay mas delincuentes, yo los perdono á todos, ¡dejadme morir en paz! Selia, Lermin, objetos amados ya apenas puedo distinguirlos.... mi fin se acerca.

Anímate, mi bien, mi esposa; todavía puedes vivir y ser feliz.

¡Allí....! Y señalando al cielo fijó en él su vista y dejó caer la mano sobre el lecho: un momento despues volviendo á fijar la vista en el cielo exclamó:

¡Gran Dios protegedme!

Salió entonces de la órbita de los vivos, las señales funestas aparecieron sobre sus facciones, sus ojos se cerraron, oprimió débilmente mi cintura y la mano de Selia, y haciendo un esfuerzo mezcló con el postrer suspiro, un adios Lermin; fijó los ojos en los míos y dejando caer la cabeza sobre mi pecho.... Se habrió el cielo para recibir su alma.

Entran el cirujano y sacerdotè, ¡ay! el espíritu de mi final habia ya bolado á la mansion de los verdaderos goces, á la region de paz y felicidad.

Así se agostó aquella rosa casi en pimpollo, así fue arrancada de los brazos que quisieron retenerla, ¡yo la ví! sí, yo la ví, desfigurada; pero á un bella; ella fue hermosa desde la cuna hasta el sepulcro: yo ví sus

negros cabellos caer en vuelos sobre el turgente pecho, yo ví sus ojos medio abiertos, sus labios cárdenos y cerrados, su nariz afilada, sus mejillas descoloridas: estaba reservado á sus últimos instantes patentizar sus perfecciones; el plomo fulminante rasgó su pecho, sus cabellos le cubrían, Rosa indiferente á todo (como acontece siempre al que se encuentra al borde del sepulcro) ni aun de sí misma cuidaba ya; yo la ví dar el último suspiro y no lo creía. La estrechaba contra mi pecho, besaba sus ojos, cuyo fuego se apagó para siempre; oprimia contra mis labios aquellos fríos é inanimados, que no habian de sonreirse va con las gracias del amor sincero, tornaba las mejillas á su cuello, tomaba sus manos heladas como su tumba, las ponía sobre mi corazón, la llamaba repetidas veces; y ni aun el eco me respondia, ¡ay de mí! yo estaba frenético: no me es dado Tlaucolde hacerte una pintura exacta de mi desolacion, ella fue esclusiva, como es mi dolor. Percibia yo por intervalos los lamentos de Selia en su desesperacion, la ví retorcerse las

manos, levantarlas al cielo, fijar en él su vista y esclamar luego: ; Los he perdido á entrambos!

El niño llegó tambien á dar mas fuerza á las tintas del funesto cuadro, lloraba, agarraba el traje ensangrentado de su madre, la llamaba; pero ella ni aun le oia, tal era su trastorno. El cirujano curó mi herida; pero estaban tan embargados mis sentidos, y era tal mi dolor moral que embotó los físicos. Selia se desmayó y aprovecharon el momento para sacarla del cuarto; yo giraba la vista en derredor y solo veia ojos llorosos y corazones oprimidos que exhalaban gemidos: Ciriaco solo conservaba aquella presencia de ánimo que da la virtud al corazon magnánimo en la adversidad, unida á la triste necesidad de remediar las consecuencias funestas que originan los mismos males, quiso aprovechar el momento de estupor que me asaltó para llevarse el cuerpo inanimado de la amiga que amó con la fuerza del reconocimiento, para hacerla cuanto antes los honores de la tumba y ocultar en ella su muerte

violenta : el grito mio le obligó á dejarla sobre las almohadas.

¿Por qué me la quitas cruel? es mi esposa, ella misma me lo ha jurado ; no viste tú como al espirar fijó en mí su última mirada? ¿no oíste como salió mi nombre de sus labios exánimes? ¿cómo detuvo el alma para pronunciarlo por la postrera vez? déjame, déjame reanimarlos con mi aliento, ó espirar sobre ellos; tócalos Ciriaco, los hallarás helados, ¡ay! no se habrirán al imperio de mis palabras, como el clavel de Cachemira al rocío de la mañana, ya no volverán á decir, ¡Lermin, yo te amo! ¿ves el crepúsculo que anhela penetrar por la ventana y alumbrar el grupo exánime? ¿cuántas veces ha sido testigo de mis dichas! cuando esa aurora brillante se lanzó del Oriente, Rosa aun mas bella iba á encontrarme á orilla del arroyo cristalino, bajo las bóvedas de flores. ¿Ves esta gasa trasparente? es el pabellon que debió cubrirnos como las hojas de la rosa el nido del colibri; ¿ves como al peso de su frente se hundan las almohadas que su mano orló para

que descansase mi cabeza? ¡mira el tálamo ardoroso del amor convertido en lecho frío de la muerte! ¡esta noche tan plácida! ¡tan deseada! ¡ay!.... Ciriaco me miró asombrado y enternecido conociendo que mi razón se extraviaba; yo callé algunos instantes; pero llenándome luego de furor grité: ¡Infame Lemuana! ¿dónde estas que no te alcanza mi brazo? ¡vil muger! ¿por qué no caes desecha por mis manos como el polvo que huella la planta? ¿dónde se oculta? ¿dónde huyes? traedla sí, que venga á recrearse en una obra digna de su corazón. Y viendo entrar á mi hermana, la creí Lemuana y quise acometerla arrojándome de la cama, ella volvió á desmayarse. Ciriaco y mi médico me contuvieron, opuse una resistencia débil; pero este esfuerzo me abatió de modo, que estuve inmóvil por algunos instantes; luego que me repuse varió el frenesí y se me presentó la ficción como si despertara de un sueño dichoso.

Rosa, adorada Rosa, la decia con el entusiasmo del amor: me has hecho feliz y duermes tranquila: ¡ah! despierta, despierta, amor mio, y pronuncia un *te amo*. ¡Qué fe-

licidad! Abrazame, Rosa: ven, descansa sobre mi pecho; sí, vida mia, vuelveme á abrazar: ¿Por qué no despiertas? ¿Qué fria estás! Pon tus labios sobre los míos: aspira el calórico de mi seno. Rosa, aquí está tu Lermín: suyos son estos ojos que te miran; suyo el aliento que mueve tus cabellos; suyo este corazón que sientes palpitar. ¡Y no me hablas!

El tono débil y apasionado que dí á este raro monólogo op. nió el corazón de Ciriacó, y prorrumpió en gemidos. La ficción me hizo creer estos producidos por mi amada, y la dije:

¡Rosa, tú lloras en mis brazos! tú no me amas, ...; tú no me perdonarás nunca: ¡no me perdonas! ¡y está muerta! ¡ya no la veré jamás!

Dije, y cai privado de sentido sobre el cadáver adorado.

Era la hora en que el indio laborioso cansado de las tareas agrícolas buscaba en su pajizo albergue un asilo contra los rayos del sol abrasador: sentado sobre el desnudo suelo, ó la dura piedra, esperaba tranquilo que su

esposa tan agil y laboriosa como él redugese á pan el maiz cocido. Desata la india joven la tilma (38) con que tiene sujeto sobre sus espaldas el dormido niño, y lo coloca en la pendiente cuna: toma el padre entre sus dedos la cuerda asida á ella y la mece suavemente. Pone la india el calabazo lleno de pulque, bebida que le sirve de vino, sobre la estera blanda que forma su cama: desde ella va otro indisuelo con paso vacilante á dar á su padre el dulce beso de la inocencia cariñosa. ¡ Dichosos mortales que despreciais la ostentacion, desconoceis la gloria y no ambicionais el poder: Lajo el techo de vuestras cabañas tiene su asecto la felicidad!

Era la hora en que el sol ocupaba el Sennit. Su calor vivificante reanimó mis espíritus vitales y volví en sí. Este momento fue temido por mis amigos, que sospechaban debia hacerme una impresion terrible no hallar á mi lado el cadaver adorado que habian ya depositado en la huesa. ¡ Ay! me lo quitaron para siempre, para siempre; ¡ qué triste frase! Todos se equivocaron, el dolor habia paralizado mis facultades intelectuales, per-

dí enteramente la memoria, no hablaba, tomaba todo lo que me daban sin preguntar lo que era, me dejaba curar sin quejarme, miraba á todos y no conocia á nadie, estaba reducido al estado funesto de un automata: esta situacion tan tranquila contribuyó á la total curacion de mi herida; pero affigia á Selia la poca esperanza que daba el facultativo de sacarme de la insensatez: me socorrió éste con todos los auxilios del arte sublime de la medicina, y con todo lo que él como amigo discurria en beneficio mio. ¡Seres dichosos! sois dignos de compasion por los disgustos que pasais, desafiando aun á vuestros propios hijos, padres y esposas: sois dignos de compasion, cuando cerca del lecho del dolor, acaso por un yerro involuntario, abris el sepulcro al bienhechor y al amigo; pero ¿qué puede compararse? ¡oh hijos de Esculapio! con el placer que llena vuestras almas al arrancar á la parca sus victimas y prolongar la existencia al misero mortal, devolviendo á la belleza sus perfecciones, al guerrero sus fuerzas, y á la humanidad entera el bien supremo de la salud.

Cuan recompensadas se hallan vuestras tareas al oír la voz siempre grata del reconocimiento y las bendiciones del pobre, que sin la salud no puede ganar lo necesario para sostener á los seres que ama y su existencia misma.

Habia yo retratado al óleo á Rosa, vestida en trage de Minerva y sentada sobre el confidente de cespéd bajo un frondoso guayavo, en ademan de pintar un nido de guacamayas. Fue colocado este cuadro por órden del médico en la cueva del amor, que estaba adornada como siempre.

Llegué á estar en disposicion de salir de mi cuarto; Selia no se separaba de mí; Ciriaco y el médico alternaban en mi asistencia. Paseaba yo por el jardín siempre en silencio, y mirando todos los objetos, como queriéndolos reconocer. Un dia se preparó una tempestad de las tan comunes en las Américas; el sol se ocultó, las nubes negras se agruparon sobre los valles, un ruido semejante al estallido del cañon sonaba en lo alto, la oscuridad se estendia por los campos, las aves volaban al tronco enramado

para guarecerse, y los reptiles buscaban el albergue subterráneo; el pastor recogía de priesa su ganado, el arriero su recua, y la joven que lavaba sus ropas en el arroyo sombreado por la frondosa arboleda, tímida y presurosa mueve la ligera planta, llevando sobre su cabeza los húmedos lienzos.

El gas mortífero sale de su cuna, y rasgando la nube baja precipitado buscando un apoyo donde asir. Los torrentes de agua vienen de lo alto y corren por la superficie de la tierra convertidos en arroyos oblicuos ó paralelos. Hizo en mi sistema nervioso tal impresión la electricidad del rayo, que á cada trueno me estremecía, y llegué á preguntar ¿qué es eso? una tempestad, me contestó Selia, alegre de oirme hablar.

Pasó la tempestad, el cielo tomó su color natural; nubes blancas y espesas como el algodón pasaban cerca del arco tricolor precursor de la serenidad, y asomó el sol. ¡Qué espectáculo tan bello son estas tardes en la Nueva España! por el espacio de seis meses en el año se repite tan grata escena: el ambiente suave mide blandamente las hojas y se

renueva la lluvia, arrojando las gotas triplicadas, brillantes con los rayos del sol, como los ojos del cucuyo (39) en la oscuridad de la noche: las flores se levantan sacudiendo el agua que llenan su calizo, y otras llenas de barro no pueden levantarse sin el auxilio de la mano del hombre. Los arroyuelos que oblicuaban sobre la superficie de la tierra, iban disminuyendo hasta perderse en su seno y volver á quedar seca como la corteza de los árboles. Se estampa' en ella mi planta vacilante, en el momento mismo en que la tórtola de Chapultepeq, olvidando los pasados sustos de los tiros del cazador del Mediodia y la tempestad de la tarde, yacia bajo los pabellones del heno criado en las añosas ramas de aquellos árboles tan antiguos como la creación: el ciervo pardo echado sobre el polvo en la oscura gruta, levantaba azorado la cabeza, dando á veces en el techo con las largas astas semejantes á los árboles agostados, temiendo oír los pasos del cazador que le busca. Ya el padre de Phaetonte sepultándose en las olas volvia las bridas á otras zonas y dejaba la esfera á la

amante de Endimion para que bajase á la cueva de Latmo á contemplar su sueño. La naturaleza convidaba al reposo, las aves domésticas se hallaban ya durmiendo, y los hambrientos perros del cazador buscaban el alimento, premio de sus fatigas.

El viento volvió á soplar con furor, las nubes blancas desaparecian con rapidez y las pardas se agrupaban sobre nuestras cabezas; la tempestad pareció volver repentinamente. Yo me sente á la puerta de la gruta del amor, y mirando fijamente á las rosas caidas. ¡ Ah! exclamé; ellas estan mezcladas con el polvo, ¿no hay una mano que las levante? Rosa dame un pimpoyo de la flor de tu nombre. Buen agüero, dijo el médico: y Selia me presentó alguno; capullos. ¡ Manos divinas! dije, besándolas. Tú me amas, entremos, entremos en la gruta. La abrazo, y me dirijo á ella. Entro, veo el cuadro, quedo suspeso: miro á Selia atentamente. Mi sobrino á quien yo acariciaba sin reconocerle, solo por aquel interes que inspira la infancia, y este se aumenta siempre para con los desgraciados huérfanos á quienes da el

cielo un instinto particular para hacerse amar. Se acercó y me mostró la rama de un rosal, y bajo los capullos un nido de colibris. Rosa tenía mucha predilección por estos pájaros: yo miré el nido, y Benjamin repitió con su dialecto infantil: mira que rosa.

La tempestad había influido, como he dicho, en mi sistema nervioso, y mi razón se iba despertando. Las rosas que me dió Selia, el retrato de mi amada, colocado en aquel parage donde había sido yo tan dichoso, el eco del niño, el don que me ofrecía, todo contribuyó á llamar mi atención: miré al niño y á Selia, y corriendo á el lienzo que mostraba las facciones encantadoras que amaba, quedé por algun tiempo inmóvil. Todos esperaban el fin de aquella escena que se me había preparado con el fin de que llorase, del llanto se esperaba la vuelta de mi razón. Caían gotas de agua; sonó un trueno, pasan algunos instantes y se oyen dos tiros de fusil. Doy un grito, me lanzo sobre el cuadro, quiero estrechar la deidad representada en él, y viéndome burlado, exclamo: ¡Ya no

existe! ¡ya no la volveré á ver nunca! ¡no la abrazaré jamás! ¿qué se hicieron sus caricias? ¿dónde están los dias de felicidad? ¡se acabaron! ¡se acabaron y aun estoy yo sobre la tierra? ¡Desgraciado! ¡desgraciado! y corrí precipitado por el jardin, llegué al estanque, subí á su borde, y me arrojé á las aguas. Los lamentos de mi hermana y los gritos del médico convocaron á aquel sitio á los criados y á dos amigos, que viniendo del bosque de Chapultepec, á refugiarse á mi casa por la lluvia, habian disparado las escopetas detrás de las tapias de la huerta para evitar una desgracia; y ayudaron al buen Ciriano que se arrojó á salvarme. El médico me hizo arrojar el agua y me colocaron en la cama.

Ya las sombras de la noche se estendian por los bosques y jardines, ya daban á su recinto alegre y pintoresco un aspecto lúgubre y pavoroso: ya se mecía entre los árboles la amaca del caminante de los paises cálidos, las oscilaciones de esta trémula cama y el ambiente suave de la noche, hacia su sueño mas dulce y apacible. Cuando yo

dí señales de volver del letargo. Ardía sobre una mesa la opaca lámpara de las alcobas, y gemía cerca del lecho la interesante y amorosa Selia; tenía en brazos el niño que azorado con los sustos de la tarde, se estremecía cada instante y se despertaba llorando.

Cuando llegué á hablar, era ya la hora en que el indio laborioso deja el blando tulle (40) que le sirve de lecho, besa á sus hijos dormidos en el seno de la inocencia, y estrecha en su pecho á su joven compañera, que le da las comidas de maiz que le sirven de alimento, y tomando su azadon llega á la sementera donde con él forma pirámides al pie de las cañas endebles de la milpa, y dirige sobre la tierra el verde junco salpicado de las pálidas flores que producen la insulsa calabaza, que á manera de copas de oro, resaltan sobre el polvo. Dando un suspiro, pregunté: ¿Dónde estoy?—Entre los que os aman, contestó Ciriaco: aquel escelente amigo me sostenia en sus brazos.

¿Quién es esta muger? — Tu hermana.

¿Selia hermana mía! ¿por qué lloras?

Tú me haces llorar Lermín, tú.

Yo ¡ah! jamás hice daño á nadie, á nadie, pregúntalo á esos seres ingratos á quienes favorecí; pero ¿qué niño es ese que parece dormir en tu seno? - Es un huérfano.

¡Un huérfano! cuídalo mucho ¡ah! ella cuidaba tanto de estos infelices! ella era la amiga verdadera de los desgraciados! ¡no, no pertenecía á la region de los ingratos! ya se fue á mar entre sus iguales, ¡insensato! ¿cómo puede creer que los ángeles debían detenerse sobre la tierra? ¡ay de mí infeliz! para siempre infeliz.

Selia dió un grito involuntario, Ciriaco un profundo gemido, Benjamin se despertó llorando, y yo abrazando á Selia sentí un calor extraordinario en la cabeza, un dolor terrible en el corazón, el pecho se oprimió y en medio de esta angustia fátal, las lágrimas vinieron á mis ojos.

... ¿Qué fuera
Si no llorara el hombre?... Yo mil veces
He vendecido á Dios que nos dió el llanto

Para aliviar el corazon , cual vemos
 Calmar la lluvia el mar tempestuoso.

Sublimes versos , amigo mio , cantados por el cisne del Genil á las orillas del Sena en la defuncion de una belleza Ibera.

Mi llanto fue abundante , y terminó por una postracion grande y una calentura ardiente. Al salir del recargo , llegó á mi oido el eco de los sonidos de los instrumentos bélicos , que hieren el del guerrero para renovar el ataque suspendido por las tinieblas.

Desfilaba bajo mis ventanas el soldado sediento de funesta gloria , de esa gloria destructora que cantan los poetas y celebran los hombres , olvidando los verdaderos laureles y las palmas conservadoras del letrado y del juez que se desvela por el bien y la paz de sus semejantes. La pluma no brilla como la espada ; y el gabinete es un punto estrecho comparado al campo de batalla ; pero es y será siempre tan útil y tan necesario , y hay mucho que agradecerles. Sudaban , llenando de espuma la cincha y el pretal , el tordo noble y el alazan brioso , oriundos de

la Bética, conduciendo al fiero dragon, cuyos retorcidos bigotes nacen sobre el labio y atravesando la mejilla van á perderse en las patillas. La barba larga barre el peto de acero, á la par del cerdoso adorno que pende del casco y cuelga por la espalda sobre la coraza deslumbradora. Aplica el ginete la punzante espuela, y parte contra el enemigo, estampándose la herrada planta en la arena que pronto ve teñirse con la sangre de sus semejantes: los clavos ferreos van destruyendo el cadáver del hombre que la espada y la lanza arrojaron sobre el polvo, la sangre tiñe la peinada clin, y la herradura se embarra hundiéndose en el cráneo que guarda la masa sesal de aquel cerebro, que fue hecho para pensar, sumerge en la tierra al corazon palpitante que lo hizo superior á los demas seres, y que le fue dado para amar la virtud y ser el receptáculo de la beneficencia. ¿Y quién le asesina? la mano del compatriota, del amigo, del pariente, del hermano mismo. ¡Oh funesto horror de las guerras civiles! ¿y hasta cuando dejarán los hombres de ser los mayores enemigos de los hombres

mismos? ¡ Ah! cuanto se affigirá 'el pecho de la amante al ver partir al combate á la mitad de su alma, al ser amado que hacia su felicidad. Como se estremecerá el seno de la madre tierna que dió á luz al hombre, esponiendo su vida, que le crió con tantos trabajos, que ha necesitado la cuarta parte de un siglo para formarse, cuan agena estaba ella cuando liado en las mantillas le besaba, cuando el inocente niño le devolvía sus cuidados con sus caricias amables, y sus risas tan gratas á una madre, á una madre que ve destruir en un momento cinco ó seis lustros de afanes y desvelos. Esta es la guerra, estos son los resultados de los partidos, ¿ y hay todavía quien los promueva? ¡ Hasta cuando! ¿ hasta cuando dejarán de desconocer los hombres que nacieron para amarse y no para aborrecerse? ¡ Ay de mi: ¡ ay de la generacion actual! solo presenciará horrores; bajaremos á la tumba respirando siempre el vapor de la sangre humana que humea sobre la tierra. Dí un gemido, volví como de un sueño, y derramando un torrente de lágrimas abracé á mi hermana, estreché contra mi corazon á

Ciriaco, besé á Benjamin, dí gracias al médico, y recompensé á mis criados, hasta los que tan cruelmente me sirvieron; pero ellos no tuvieron la culpa de la vigilancia que yo les encargué. Asi perece el hombre víctima de sus imprudencias cual el útil gusano envuelto en la red que él mismo fabrica. La resignacion aparente en el corazon del desgraciado, es como la calma de los mares, precursora generalmente de la borrasca. Yo dormí y ví en sueños á Rosa, y la ví como en los tiempos de la dicha; gocé en sueños, desperté y me hallé desgraciado, sin otra compañía que la del médico. Me incorporé; miré despavorido en derredor, suspiré, dí ayes á gritos, y lleno de furor dije al Esculapio, aquel amigo tan interesado en mi curacion. ¡Bárbaro! ¿por qué has empleado los recursos de tu arte para sacarme del único estado que conviene á los infelices? ¿cuáles son los goces que me preparas para hacerme amable la razon? ¿se puede dar el nombre de vida á la existencia consagrada al dolor? ¿es acaso vivir, vivir llorando? Vuelveme, vuelveme al estado imbecil en que no

sentia; en él corría mi existencia silenciosa como el arroyo sobre las arenas; y en lo sucesivo será la imagen de las hondas espumosas estrelladas en las costas de Teguantepeq (42): corriera borrascosa como el huracan de los mares índicos.

Quedé suspenso, y proseguí luego con mas sosiego.

Escuchadme amigo, aqui estamos los dos solos, nada temais, es un secreto que queda entre los dos; vos sabreis ir a Iltar, y yo morador del pais donde no se escribe no podré jamás descubrirlo. No puedo, (dije estrechándole la mano) no puedo vivir sin mi amiga, sin mi amada Rosa, ¿qué puede ofrecerme ya el desabrido, el macilento porvenir? ¡Ay de mí! ya á nadie puedo ser útil; los amigos me venden; los compatriotas me desechan; el pueblo me aborrece, solo ella me amaba; solo en sus brazos encontré la paz, y yo la amaba con una pasión vehemente, estas pasiones nacen en el corazon solo una vez en la vida: todos esos amores subalternos que proclaman los hombres, no son mas que ilusiones pasajeras como los fuegos fátuos. Cono-

ced pues si podré ya ser dichoso, y si me será grata la vida sin hallar un corazón que se identifique con el mio, ¿y dónde está? ¡ay! ya no existe el que conocia la verdadera sensibilidad y el amor, el amor dulce que sabe sujetarse á las leyes de la virtud, aquel amor, aquel encanto que parece elevarnos sobre nuestro mismo ser: ¿sabeis lo que ella me decia? Lermín, no entiendo como hay mugeres que condesciendan con muchos adoradores, no aman, no tienen fea del amor, no. ¡Pero á qué repetiros lo que ella decia! ella era tan virtuosa, tan sensible, tan pura, tan hermosa, ¡y lo ignoraba! tanta era su modestia, ¡cuánto la amé yo! ¡ay triste! ya no amaré jamás ni corazón, ¡ya no amaré! ¿y qué es la existencia sin amor? sin ese dulce fuego alma de la naturaleza! no es otra cosa que una cadena de acontecimientos comunes, ó una serie de hechos desgraciados ó insulsos. ¿Qué seré yo reducido á la clase de autómeta sin una compañera, sin una amiga que me ayude á sufrir la desgracia? ¡Oh Dios! se apagó la antorcha lucida de la vida de la muger encantadora que adoré: apáguese tam-

bien el resto miserable de mi lastimosa existencia. Sí, sí, la muerte, ¡la muerte! ¿veis aquella cajita? está llena de oro, es vuestra, tomadla, sí, tomadla, y recitad libradme de la vida que aborrezco.

¡Basta cruel, basta! he tenido la paciencia que debia con un triste delirante por quien me intereso. Pero decid, ¿con cuál de mis acciones he podido marcarme ante vuestros ojos de asesino? ¿Pensais acaso, que porque un desgraciado médico esté espuesto á yerros involuntarios de los que no se consuela nunca se crea autorizado para asesinar impunemente como suele decirlo el vulgo necio? y esa porcion de ingratos que tiene tanto que agradeceros cuando conservamos su honor, su paz doméstica con nuestra reserva, y su existencia misma con nuestros esmeros, ¿qué fuera de ellos sino cooperase nuestra prudencia á su propio sosiego? ¿quién hay que padezca mas á la cabecera del triste doliente que el médico sensible conociendo no basta su ciencia para arrancar á la parca su víctima? ¿quién hay que sienta mas que el médico viendo la espada fulminante sobre la cabeza del hombre

para herirle por el flanco de sus vicios? Sí Lermín, las leyes de la naturaleza no las quebrantan los hombres impunemente; el azote de esta madre común de los mortales sigue de cerca al infractor. Los médicos somos los que á veces sembramos algunas flores en el camino de la tumba, á nuestra ciencia benéfica deben los mortales muchas veces volver á ver la luz del sol, los campos y los espectáculos agradables. ¡Oh medicina! ¡oh triste ciencia! que siendo la más útil, eres la más vilipendiada por los seres ingratos y desagradecidos que te degradan.

Dijo, y soltó el dique á sus reprimidas lágrimas. Hombre benéfico y virtuoso perdona mis imprudencias; no tuve ánimo de ofenderos, querido amigo; hombre generoso perdonadme, y olvidad la proposición injuriosa de un miserable abyecto que solo desea morir: si moriré, moriré: no me faltarán medios para dejar esta odiosa existencia.

¡Cobarde! exclamó la voz de un anciano enérgico que entrando en mi cuarto oyó la exclamación. El padre N., amigo respetable de Rosa, que deja su retiro para consolarte,

y sigue: ¿Así cumplís amigo con los juramentos del bautismo? ¿sois acaso árbitro de vuestros días? ¿desde cuando habeis oído lícito el suicidio? Si el cielo os manda trabajos tambien os da la resignación y la paciencia para sobre llevarlos, ¿cómo puede saber gozar el que no supo sufrir? La adversidad hace al hombre sensible y virtuoso, el que no se aprovecha de ella es imbécil, el incienso de la prosperidad y la grandeza es como el gas carbónico que cega los sentidos y no se conocen las miserias ajenas, el que ha sido siempre feliz y no tiene idea de la desgracia, ignora el modo de aliviarla en sus semejantes. Vuestros días, como los de todo mortal, os los ha dado Dios; dejad al Ser Supremo el cuidado de quitaros los: ¿adónde está aquella virtud que profesáis? ¿aquella virtud que fue el ornato principal de Rosa? ¿habeis olvidado los consuelos que nos da la augusta religion que ella tanto respetaba? ¿Estaba acaso el cielo obligado a hacer milagros porque vos lo exigieseis? ¿Rosa no era mortal? ¿no debía pagar el tributo á la naturaleza? ¿se debria quebrantar este decre-

to irrevocable por complaceros? ¿se ha esentado alguna vez la belleza, la juventud y la virtud misma de cumplirlo? Rosa no ha muerto, miradla colocada en la órbita de los justos, buscadla en la mansion del premio, allí la hallareis: haceos digno de acompañarla algún día, arrojaoos en los brazos de la Providencia, conformaros con la amarga suerte que os ha tocado, cumplid con una obligacion sagrada. Rosa es quien os habla por mi labio, una nano á la que nada se resiste arrancó las rosas que adornaban la senda de vuestra vida y os ha dejado las espinas, no las hagais mas púnzantes con la desesperacion: la conformidad y la paciencia son una égida contra la adversidad: sí, mi querido hijo, la resignacion es el baluarte que alzó la Providencia entre la felicidad y la desgracia: tranquilos correrán vuestros días, no ya como los arroyos brillantes que serpentean en lecho de flores bañando las raíces del naranjo y del anono en los fértiles campos de Amatilan (43): corran pues cual las cristalinas cascadas de Cuagimalpa entre el pino y el ciprés hasta perderse en la ostentación

tosa arquería que fabricaron aquellos hombres de la naturaleza, aquellos salvages cuyos nombres envanecen hoy á los ilustres personajes de la península; ó cual el manso y caudaloso río de las Chapas, cuyas aguas tranquilas no asustaron jamás al navegante, ni arrollaron las mieses y ganados.

Mis lágrimas, mis gemidos obligaron á callar al anciano sacerdote, su discurso penetró mi corazón de tal manera que no pude hablar, le abracé tiernamente, le apreté las manos, y después de un rato de silencio dije á Ciriaco: Mi buen amigo hacedme el gusto de mandar poner el coche.—¿A dónde vas? dijo Selia sobresaltada.—A buscar el consuelo que solo puedo hallar en los auxilios de la religión.

Llegamos al templo, ¿qué augusta ceremonia! el sacerdote solo en pie levantaba las manos al cielo, elevando la hostia, el pueblo enterredor suyo daba á Dios el culto de la tierra, sus fervorosas súplicas y el sonido del golpe uniforme con que herian el pecho, iba á mezclarse con los ecos de los tambores y trompetas perdiéndose bajo las bóvedas, el

soldado con la velluda gorra sobre las espaldas
 doblando la rodilla heria el pavimento con
 la punzante bayoneta manifestando que toda
 fuerza, que todo poder está á los pies del
 Hacedor Supremo de cuanto existe. ¡Qué
 espectáculo para una alma enternecida! la
 luz apagada por las cortinas, el aspecto siem-
 pre imponente de la tropa que hacia los
 honores mas debidos al Rey de los reyes,
 la devocion del pueblo, el recogimiento de
 de mis compañeros prosternados ante los
 altares, la vista de las aras donde debia yo
 haber oido los votos. — Rosa, la sospecha
 de estar cerca de la tisa que la cubria, la
 admiracion de Benjamin que imitaba de ro-
 dillas las ceremonias católicas sin saber por
 qué. La ternura, la devocion de Selia que eu-
 jugaba sus lágrimas con el velo trasparente
 que la hacia mas interesante: ¡oh cuán con-
 movido estaba mi corazon! ¡qué consuelo
 llevaba mi alma!: lloraba, pero no eran mis
 lágrimas el llanto árido de la desesperacion:
 eran solo las lágrimas del dolor replegado al
 alma por la resignacion: yo tenia necesidad
 de amansar mis sentimientos y aislarme al

recinto consolador de la conformidad; ó entregarme al suicidio, ¿qué otro remedio le queda al desgraciado? acatar el decreto de la mano soberana árbitra de su suerte, ó morir.

Selia, dije al dejar la iglesia, ¿dónde están las cenizas de Rosa? quiero adorar el polvo que las cubre, quiero besar su nombre, su nombre escrito en el frío marmol: llévame, Selia, no me retardes por más tiempo este triste consuelo, el único que me resta ya.—Reposan al lado de las de sus mayores cerca de la capilla de los cenobios de Tlaquilpa.

Habia ya sonado la hora terrible; ¡la hora del delito! la hora en que el hombre corrompido se entrega al disorden, ya barajando el fraude con los naipes sobre la carpeta, arrancando al incauto y al vicioso el oro destinado para alimentar una familia desnuda que le espera con ansia, y que muchas veces lejos de hallar el sustento para satisfacer el hambre que la devora, solo oye las maldiciones y los sarcasmos del arruinado jefe de ella. La hora en que duerme el hombre entre los vapores de los licores fermentados,

despues de haber sido el tormento de los que le rodean, y el ludibrio de los demas. La hora terrible en que el puñal homicida se prepara para arrancar los bienes del confiado transeunte. La hora en que riega con sus lágrimas el lecho frio la solitaria esposa, á quien una alma vil le roba las caricias del infiel esposo, y en que la abandonada amante llora la ciega confianza con que se entregó al infame seductor. La hora en que rasgando el seno donde fue concebido el hombre, da el primer aliento con el postrer suspiro de la que le da á luz como el árbol frondoso de las Antillas, cuyo tronco corre la menuda Vivijaga (44), que batiendo sus ramas con el postrer fruto, deja para siempre de hermohear los campos: llorando de dolor y desolacion al esposo amante que se lisongeó ver pendiente del pecho de su amada á su tierna regeneracion. La hora en que la triste joven que adoptó un velo que la separa del resto del universo, suspira por romper los lazos que formó un dia obligada por la tirania, la ambicion ó la necesidad; llora invocando la muerte, único término de sus penas,

sin mas amigos que una lúgubre soledad; eleva sus manos, mueve su cuerpo con violencia, detesta sus juramentos, y calla luego estremecida, porque el eco haya repetido sus quejas: tal es el misterio con que debe ocultarse su desesperacion. Eran los momentos horribles en que el hombre lleno de ambicion, encerrado con sus secuaces en el oscuro conciliábulo, traza los únicos planes, para asestar contra la vida del hombre honrado que impide los progresos del crimen y de la infancia, afilando el puñal y encendiendo la tea para derrocar las alas y los tronos donde anhela sentarse, entregando las naciones enteras al desorden, a guerra y la desolacion, y pasear el carro de su impio triunfo sobre cadáveres y ruinas. La hora de la mentira, del engaño y de la traicion. La hora en que el hombre se goza en el delito :::: ¡Universo! ¡universo! ¿cómo no rasgas el pavimento que nos sostiene? ¿cómo no ocultas en tu profundo seno los crímenes del hombre?

Frio y temblando tomé la triste lámpara que alumbraba la estancia, y con paso vacilante llegué al asilo de los muertos, ¡qué si-

lencio! ; qué frialdad! ; qué pabór de sitio! solo se oyen mis pasos, ví mi sombra prolongarse hasta el techo, mi corazón palpitaba con violencia y sentía en mi pecho aquel susto, aquella ansiedad y congoja del que teme y espera. Atravesé los sepulcros; abrí una puerta, y me hallé en un pabellón: era el mausoleo de Rosa. Quiero pintarlo para que veas los milagros del buen gusto, que hace bellos hasta los sitios que debèn ser mas horrosos. Es una r tonda con ocho ventanas al jardin, las paredes eran de estuco blanco con filetes de oro, el techo pintado con magnificencia representaba muchos pasages de mi vida y mi desgracia, el piso era de jaspe, murmuraban sobre él cuatro fuentecitas de marmol, y le adornaban muchas macetas de flores, arbustos y yerbas aromáticas: en el centro sobre dos círculos de gradas, se apoyaba la base de una columna de marmol blanco, imagen de la firmeza de la que reposaba dentro de una urna de marmol; tambien blanco con inscripciones de oro; coronaba la urna el amor lloroso, entregando la virtud una copa de oro: cerca de las cuatro es-

quinas de la urna cineraria se veían cuatro medias columnas de caoba embutidas de maderas de colores, llenas de vasos con flores, ramilletes y guirnaldas, varios jarrones puestos con simetría adornaban la tumba, que nada tenía de fúnebre; y en todo el edificio sobresalía el primor de la escuela del habil Tolsa (45); una lámpara preciosa la alumbraba. Yo estaba tan turbado que nada noté de cuanto llevo referido: solo se me acuerda que dí un grito, la luz cayó de la mano, y arrojándome á la urna, pronuncié: ¡Oh Rosa! finada mitad de mi razon, oye mis suspiros, sombra querida, desciende á la tierra, arrebatame mi alma como el aguila al cordero, y llévame á tu compañía, ¿que soy yo sin tí? sin tí que eras el alma de mis acciones, ¿sin esos ojos llenos de amor y de dulzura? ¿dónde están aquellos labios? ¿dónde aquel pecho? ¿dónde los brazos con que me estrechabas? ¿dónde tus caricias? ¿dónde? ¡Ay de mí! ¡Cielo que me cubres! ¡tierra que sostienes! ¡ambiente de mis respiros! ¡céspedes de mi descanso! ¡cortinas enramadas! ¿dónde anidó el amor? ¿cómo no habeis podido

presenciar por un puñado de horas la dicha de un mortal? Rosa, ídolo de mi corazón, ya que mis labios secos y abrasados no pueden humedecerse con la miel que destilaban los tuyos, yo los refresco con este frío marmol helado como tus cenizas; comunica tu frío á este corazón que da indicios del fuego que guarda como las irrupciones del Vesubio, este corazón horadado por el dolor te ruega. ¡Oh noche! prolongues tu curso, cúbreme siempre con las tinieblas, no amanezca nunca para este desdichado, el sol me ofende, mis abrasadas lágrimas doblan las flores, como el gas del rayo; la naturaleza espira con mi aliento, es el viento abrasador del Este bajo el sol de los trópicos: todo es horror, todo lóbreguez en derredor mio: ¡humedada huesa apaga tú la llama en que me abraso!— Me precipité á besar la urna cineraria, y caí sin sentido sobre el pavimento; allí llegó la piedad filial á recogerme.

Los brazos de la amistad me sostenían cuando el canto de la ave matutina resonó en mi oído. Cuántas gracias te doy Selia mia, dije besándole la mano, por el mansuelo que

has levantado á nuestra amiga.—¿Debia ser menos la última morada de Rosa?—Solo tú pudieras tener una idea tan peregrina, ¿me acompañarás allí?—Sí, cuando estés mas sereno.— Llegó este momento, y apoyado en el brazo de Selia llegué al sepulcro; me hizo ver por fuera el edificio, estaba rodeado de naranjos, mirtos y flores vañadas por limpios arroyuelos; ningún árido ciprés echó allí raíces: tres sauces unidos que barrían el suelo con sus ramas, servían de pabellon á mi asiento, frente á una ventana de la rotunda, para ver y meditar desde allí, sin ser visto de los curiosos. Entramos en el mausoleo, ¡cielos! cuánto lloré, cuanto admiré la piedad de Selia. Habia renovado sus guirnaldas y rami- lletes; una porcion de lámparas y arañas de cristal se entreveraban con ellas; asientos, reclinatorios y mesas de caoba y ébano dorado la decoraban; candelabros lindísimos, sestas de flores artificiales, y cuadros con magníficas pinturas; el suelo regado de flores acompañaba las alfombras que circundaban los asientos, rodeaban las columnas ramas de árboles ata-

dos con cintas de colores; las colgaduras, los vistosos flecos, los humeantes pebeteros, los aromas perfumadores del ambiente; y todo cuanto inventó el lujo y el cariño, convertían la morada de la muerte en mansión agradable á los vivos.

Ella tuvo siempre una afable alegría; nada fúnebre debe rodearla, hermano mio, estas tórtolas son las que ella cuidaba, arrullan cerca de sus cenizas; aqui podemos llorar Lermín, y llorar juntos: ¿ves esta cortina de raso celeste que hace juego con la de enfrente? tócala. Es una puerta secreta, por ella se va á mi gabinete, por ella vendremos los dos á llorar cerca de la urna que la guarda.

L... abrazé llorando sin poderla hablar.— Lloro amigo mio, lloro que las lágrimas truecan el dolor desesperado en tristeza apacible.— ¡Ay Selia! cuando la suerte nos hace infeliz podemos consolarnos alguna vez; pero cuando somos nosotros los que labramos nuestra propia desgracia ¿qué consuelo podemos hallar? sin mis imprudencias Rosa existiría; ella murió por ser yo indiscreto, crédulo y arrebatado, yo la asesiné, yo he causado mi des-

dicha, ¿y quieres que no me desespere, que no anhele la muerte? ¡la muerte, término único de mis remordimientos! Salgamos Lermín de este asilo de la virtud, no le profanes porque Rosa reprueba esos arrebatos.—No, no la insultaré mas, aqui solo vivo. Lloré y luego que estuve tranquilo, dije: ¿Qué significa esa copa de oro?—Ese es un tesoro que te está reservado para cuando ¡la prudencia te haya hecho digno de él.—¡Cielos! ¡será posible! ¿Es su corazon?—Sí, corrí, subí por la graderia portátil, y besé mil veces la preciosa copa. Bajé, abracé a mi hermana; y solo pude decirle.—¡Cuánto te debo, Selia mia! Ella correspondió a mis caricias, y salimos del cenotafio.

Pasaba mi vida triste y silenciosa como las horas en el desierto sin mas consuelo que la tumba, ni otra compañía que la de Selia, Ciriaco, alguna vez el médico y el Padre N. Una mañana de las hermosas del mes de las azucenas se atrevió Selia á hablarme de algunos asuntos de familia, mis contestaciones le agradaron; pero como temia el momento en que yo hablase de Tlaquilpa, me llevó as

asiento bajo los árboles rastreros cerca del monumento del dolor y del consuelo. Todo lo tenía ella previsto. ¡Ay amigo! al hombre se le concedió la fuerza; pero el ardid quedó á la muger, con lazos de seda sujeta al leon embravecido, tal es el hombre.

No me hallaba con valor, querida hermana, para oír los nombres de ciertas personas cuya memoria me hace estremecer; pero creo sentirme capaz de un esfuerzo, habla hermana mia, nada me ocultes, refiéreme lo que pasó en el cuarto de Rosa, tu palabra de honor ya no te obliga al silencio. — Antes que yo volviese de tu cuarto habia entrado Tlaquilpa en el de Rosa, y preguntádole. ¿Te hallas con valor para ir á un convento?... Antes que se hayan estendido las sombras por los campos ya me oculta en los muros *D...* Besó el Conde la mano de su hermana en silencio, y salió tan preocupado que no le chocó tanta docilidad. Entré yo en el cuarto de Rosa, y la hallé desmayada; á beneficio de algunos socorros volvió en sí. Pintarte la escena que pasó entre las dos sería esponer tu salud, fueron muchas las lágrimas que derramamos,

y mas las súplicas que le hice para que te permitiera disculparte en su presencia; pero ¡ay! fue inepsonable y me amenazó con que huiria de mí y esperaria en otra parte que el Conde le enviase las licencias del eclesiástico para enclaustrarse. — ¡Asi enlaza el destino los acontecimientos para que se cumplan sus decretos! — El doméstico que en la ciudad acompañó al Conde desde que partió su ayuda de cámara á quien entregó el pliego para Rosa, avisándola que todo estaba ya corriente y que fuese á momento al convento, declaró que al ponerse el sol pasando con el Conde por la calle *D...* vieron el coche de la casa, que sabes llevó á Lemuana; que se persuadió que el Conde creyó que ya Rosa estaba en el convento, porque le oyó una exclamacion, que se conoce no fue el infeliz dueño de contener; pero que como él estaba ignorante de todo lo que pasaba por haber permanecido en la ciudad, nada comprendió. — Ya hizo el sacrificio, ¡desgraciada! Dijo el Conde suspirando. — Fatal casualidad! Lo demas ya lo sabes, querido *Lermin*. — ¿Y cuál ha sido la suerte de.... del fra-

trícida? — Vive. — ¡Vive! — La astucia de Curriaco, la fidelidad de los criados, y lo que es mas, el favor y el oro libraron á Tlaquilpa. — ¡Salvarse un asesino!... Cruel, ¿tendrías valor para ver al hermano de Rosa cargado de prisiones gimiendo en un calabozo de donde saldria para besar la sentencia? ¿podria serte grato verle ir hasta Miscalco? (46) y ¡el conde Tlaquilpa! el senador ilustre seria conducido al cadalso en medio de un pueblo curioso, y acaso regocijado al oír tronar un cerebro noble desecho por el hierro entre las manos de vil ejecutor de la ley, ¿pudo su sangre darte verte á Rosa? ¡ah Lermín! ella te mira desde el cielo! ¡ella te reconviene por tu crueldad! escucha su voz. *Lermín: ¿eres tú el hombre virtuoso á quien yo amaba? ¿tú á quien comina la venganza hasta desear perpetua la infamia sobre mis cenizas? ¡Oh Dios qué vergüenza!* — Basta, Selia, basta, ¡viva Tlaquilpa, viva y sepa que yo le perdono! ¡Oh fuerza de la razon y la justicia y cuan potente te haces en los labios de la virtud! Tiró Selia de un resorte, se abrió una puertecilla y se descubrió la

urna cineraria; corrí á besarla, y Selia me entregó un cajoncito diciendo: Mi virtuoso hermano es digno de este regalo. Le habré; ¡con qué asombro ví los cabellos de Rosa de la misma manera que los llevaba trenzados el dia que la conocí! Dejame Tlaucolde pasar en silencio esta escena; mi corazon despedazado por las pasiones deprimentes no puede resistir su memoria.

Selia, ¿cuál es la suerte de Tlaquilpa? ¿está acaso en algun monasterio llorando su delito? Selia movió la cabeza: No me has dicho que vive. — ¡Civilmente no! — ¡Perdió enteramente la razon! Sí. — ¡Infeliz! sus sentidos estan entorpecidos, ¡y los he recobrado yo! ¿de qué me sirve la razon? cuando se han llegado á perder todas las ilusiones y las esperanzas de la vida, el mundo no presenta á nuestros ojos otro aspecto que el de un vasto desierto, ¡sombra de la dicha! grato meteoro hermoso á la vista pero impalpable, ya no recreas mi corazon, ¡oh cielo! mi triste pecho está negado á las sensaciones del placer, ¡y es Tlaquilpa el que me ha reducido á tan lamentable estado? ¡por él me sigue

ya la desgracia como mi propia sombra!

Me hizo entender Ciriaco que Tlaquilpa tenia lucidos intervalos (57) y que en ellos me llamaba: luché mucho entre el horror y la compasion; pero venció esta, como mas natural en las almas sensibles, y le dije: - Amigo, llamadme cuando lo creais oportuno. Llegó al fin tan cruel momento. El ilustre demente os llama, armaos de valor y seguidme: dijo Ciriaco. Conoció mi turbacion, y dándome el brazo, caminamos al interior de la casa, atravesamos los corredores y llegamos á un patio: el silencio mas profundo reinaba en aquella mansion, solo interrumpido por el ruido de nuestros pasos y el sonido de las llaves que guardaba siempre Ciriaco para que nadie se burlase del estado del Conde. En un corredor del patio mas interior estaba una sala baja, espaciosa y bien ventilada por hermosas ventanas guarnecidas de fuertes rejas, una cama de fábrica donde se ponian los colchones, y otras comodidades, pero el doliente ninguna disfrutaba. ¿Veis? me dijo, esta puerta tiene comunicacion con la alcoba del Conde, y me valgo de mil astucias

para hacerle pasar de una pieza á otra, así consigo algun aseo; pero su estado de furor no permite todo el necesario, alguna vez le hago sujetar, pero es tanto lo que sufre que lo dilato todo lo posible: decidme señor, ¿os hallais con la suficiente presencia de ánimo para ver á vuestro infeliz amigo?—Me parece que sí.— ¡ Ah Conde! preparad vuestro corazon, temo que no podais verle sin que os cueste mucho.— ¡ Ay Ciriaco! ¿qué puede hacerme ya impresion? ¿no ví morir á Rosa?— Abro un postiguillo que habia en la puerta y ví... ¡ Ay! por mi venenido que se esté hay espectáculos que siempre sorprenden: ¡ qué escena se presentaba á mis ojos! toda la ropa de uso estaba rota y esparcida, las guedejas de lana rodaban sobre el suelo, con la cerda de los cojines que le servian de asiento, ¡ el desgraciado Tlaquilpa yacia sobre el duro suelo! al grito involuntario que yo dí, se levantó, ¡ Dios mio, si Rosa viera á su querido hermano! al ponerse de pie, se colocó en frente de mí, ¡ qué horror! estaba absolutamente desnudo, su cuerpo era una momia animada, sus cabellos, en otro tiempo tan rizados

y perfumados, hoy erizados y en desorden caían sobre el cuello, y la frente, sus patillas empolvadas, su barba prolongada barriá el pecho, su boca ya sin la belleza de los dientes, se hundía, los negros y rasgados ojos sumerjidos hácia el cerebro, circundados de una orla amoratada brillando las pupilas con el espanto de la demencia, las mejillas enjutas y pálidas como la cera, la frente arrugada, las uñas largas, y despedazada por ellas la piel amarillenta que hacía resaltar los morados pliegos de sus carnes, y las venas azules saltaban como rayas de tinta sobre el papel blanco: se hallaba acometido de una convulsion general y apenas podía sostenerse, cruzó los brazos, y dejó caer la cabeza sobre el pecho ¡Dios mio! exclamé yo, ¡será posible! Tu culpa tan bello, tan orgulloso, tan aseado, aquel senador tan aplaudido, ¿qué es ya? ¿dónde está aquel juicio, aquella sana razon que le distinguia en la tribuna? ¿dónde los discursos asombrosos que pronunciaba? ¿qué se han hecho aquellas potencias tan claras? ¿aquellos órganos tan delicados? los ha embotado la demencia; ¡ah

qué situación tan lamentable lo ha reducido el orgullo y la precipitación! Levantó la cabeza el noble estravo, miró en derredor y corriendo despues como asombrado, decia á gritos: -¡No me persigas mas sombra terrible! implacables manes, dejadme sosegar, ¡perdon perdon! yo lo suplico ¡retira ese arma fratricida. -¡ Y se ocultaba en un rincon, salia luego poco á poco, escuchaba y decia en voz baja: -¿Tú los viste? ¿Los has oido?... Sí, sí, ellos son.... ¡un tiro ha estallado en el silencio.... La hora de la venganza sonó ya: y gritando con furor decia: -El es, él es, hermana mia, no le perdes nunca, ¡vil traidor! muere á mis manos, muere. Se tiraba á la pared, y sobre el pavimento, mordía la tierra, se revolcaba en el polvo, recogia los pedazos de la ropa, los despedazaba con las manos y boca, y acaló por rasgarse las carnes, arrancarse el cabello y la barba: el desgraciado parecia poseido de las bascas de la hidrofobia. No pude resistir aquel espectáculo y me retiré llorando de dolor; pues ya no veia en el desgraciado estravo al enemigo causador de mis desdichas, lamentaba soló la

triste suerte de mi amigo, de mi compañero, y mas que todo, del hermano de Rosa; me reconvine recordando, que las mismas pasiones que á él lo redujeron aquel estado me dominaron á mí un dia, ¡ay de mí! yo mismo llegué á desconfiar de la muger mas virtuosa: la triste memoria de mis extravios me hizo derramar lágrimas con la fuerza de la desesperacion; la vida del hombre es (generalmente) una escena prolongada de indiscreciones é imprudencias; ¡feliz el mortal que pueda vivir sin remordimiento!

Formé una junta de los mejores facultativos de medicina, y esto le pusieron un plan curativo, le ordenaron el uso de los narcóticos y yo tomé á mi cargo su asistencia; hice esterar de suave tule las piezas con vistas al jardin; entapizé las paredes rellenándolas con paja. A beneficio del ópio logramos llevarle á la nueva habitacion, conseguí que durmiese, que se alimentase, que consintiese un vestido, que no destrozara la cama y que sus arrebatos fueran menos frecuentes: llegó hasta pasear por el jardin alguna vez tranquilamente, ¡ay qué consuelo es ver á nues-

tros semejantes lejos de aquel estado que los identifica con las fieras! Yo habia prohibido que se le violentase en lo mas mínimo; pero habiendo corrido hácia el estanque de un modo que alarmó á los criados, se dispusieron á cortarle el paso, él lo nota, muda de direccion y sube sobre un monton de mezcla dura que habia en un ángulo del jardin, le siguen, él quiere ganar el muro, se agarra de las ramas de un arbol, le faltan, y cae sobre un monton de piedras. Desmayado y con dos heridas en la cabeza le pusieron en la cama: ni mis esfuerzos, ni los de un cirujano del pueblo fueron bastantes á contener la sangre hasta que el médico-cirujano de la casa le aplicó sus remedios, le hizo volver en sí; nos miraba con atencion y se dejaba curar; de esta docilidad opinó el médico, que la sangre que corrió de sus heridas habia causado alguna revolucion en el cerebro; y nuestro placer fue grande cuando al oír suspirar á Ciriaco preguntó:- ¿Quién llora?- Nadie le conteste. -¿Quién eres? yo me disponia á contestarle; pero el médico me retiró. ¿Quién eres tú? dijo á Ciriaco.- Vuestro secretario.- ¡ Ah!

Ciriaco, ¿y dónde está Lemuana? y Rosa ¿dónde esta? ellas son las dos niñas de mis ojos, sí; ¡las quiero tanto, tanto! ¿y Lermin?— No pude ya contenerme, me acerqué y dije: Aquí estoy mi querido Tlaquilpa. — Lermin, amigo mio, que malo estoy, ¡ay! la cabeza, la cabeza sí, todo el cuerpo me duele. ¿Selia está con su amiga? ¿Por qué me han dejado todas?— Selia se acercó y él dijo: Selia, dí á tus amigas que vengan que ya he despertado, ¡ay! si supierais que sueños he tenido: que vengan pronto, que me saquen de esta ansiedad, ¿ó ya no existes? ¡qué es esto! ¡nadie me responde! Se incorporó y mirando en derredor exclamó: ¡Ay de mí! no es sueño no, ¡oh triste realidad! Lemuana es infiel. Rosa ya no existe. ¡Y yo la asesiné! Se desmayó, y al volver fueron sus primeras palabras. Todos aborrecen al asesino, Lermin, tú eras mi amigo y te privé de tu felicidad para siempre! —Amigo mio, dije abrazándole: echemos á esas memorias un velo.— ¡Un velo! ¡ay! ¡el de las tumbas!— Yo te amo como siempre Tlaquilpa, y todos te quieren y respetan. Y le abrazé.—El médico mandó que callásemos:

pero el enfermo prosiguió: Yo no soy mas que un objeto de horror para todos.-- Callad amigo, callad, porque os taparé la boca, dijo Selia.--Callaré sí; pero permitid que lloré con vosotros, ¡no me abandoneis!-- ¡Abandonaros! jamás. Digimos todos. Y yo seguí. Lloro sobre mi corazon, y se mezclarán nuestras lágrimas. Y recliné su cabeza sobre mi pecho. ¡Ay! con razon ella te amaba, tienes el talento que poseyó para consolar á los desgraciados. Lloramos todos; y con el transcurso de las horas nos tranquilizamos un tanto; pero esta tranquilidad era como la calma espantosa que hebra el sol al herir con sus primeros rayos los techos de un pueblo aterrado por las escenas sangrientas de la noche, aquel silencio producido por el horror que deja el ruido de las armas, y temor de su reproduccion.

Conociendo Tlaquilpa la gravedad de su mal tuvo con nosotros varias conversaciones, nos contó todo cuanto llevo referido de las congeturas que le hizo sacar el loro, la conversacion con Lemuana, y las pruebas que tuvo para creerme criminal, los servicios

de Mateo, y la equivocacion funesta de creer que Rosa habia ya partido de casa cuando él pasó por el convento *D. Selia* le refirió cuanto quiso saber, él le preguntó: ¿Qué ha sido de la persona que ha causado nuestra ruina?—En los instantes mismos de la catástrofe desapareció, y supe luego, por una persona muy respetable que estaba en el convento *N.*, y por mano de la persona misma recibe todo lo que necesita; de nada carece. El honor de la familia está tambien á cubierto, se les ha dado á los acontecimientos un aspecto natural, y todo existe bajo el velo del misterio.

La hora de peñonar habia sonado ya, *Tlaquilpa* hizo llamar á un escribano y otorgó su testamento cerrado, dejándome por heredero de sus bienes, y á mi muerte á *Selia* y su hijo, encargándome solo que acudiera á las necesidades de la autora de las desgracias y de los crímenes, asegurando que esta era la mayor prueba que podia dar de ser un verdadero católico; pues ningun sacrificio le fue nunca tan costoso. No existe ninguno mas grande, ¡en el perdon de las injurias nos identificamos con el mismo Dios!

La venganza tiene sus placeres ; pero son idénticos á los sensuales cuando estos dejan fuertes y prolongados padecimientos. El alma sublime que tiene la generosidad de perdonar los agravios me entusiasma , me enagena y arrastra tras de sí mi voz y mi pluma que no se cansarán jamás de elogiarle.

Las heridas del Coude tomaron un aspecto inflamatorio , y su debilidad se aumentaba hasta llegar aquel estado triste en que el hombre solo inspira compasion , aquella penosa situacion en que espera solo el término fatal de sus padecimientos. ¡ Momentos infelices! aquellos en que los parientes, los amigos, los criados y hasta los indiferentes estan solícitos en agradarnos : todas estas pruebas de aprecio y de amistad deben ser saetas clavadas en el corazon del triste moribundo , si es que no se ofusca su razon. La prudencia amistosa le oculta cuanto es grave su mal ; pero ¡ ay! en rededor del lecho solo se oyen gemidos ; lamentase el pobre desde el pórtico. ¡ Ya se acabó mi protector ! ¡ ya no tengo quien enjugue mis lágrimas ! ¡ ya no se elevará brazo para alargarme el pan que sostenia mi

existencia! Y sigue con paso vacilante la procesion lúgubre que conduce al postrer asilo aquellos helados restos que van á ser destruidos. Los suspiros resuenan bajo las bóvedas del edificio, en aquellas salas donde pocos años antes habian resonado las músicas y las risas de la alegría, ¡cuánto me recordaba este suceso el triste fin de Rosa! ¡las antorchas de himeneo que debian alumbrar el lecho nupcial se convirtieron en cirios fúnebres que reflectan en la urna cineraria; las enhorabuena se trocaron en pésames, y los que debian llegar á el alma con la sonrisa en los labios volvieron del templo con las lágrimas en los ojos; á las risas, los brindis y los cánticos de alegría, sucedieron los himnos de muerte y el silencio de las tumbas. ¡Delicias de la vida, sois el fumo de los aromas del Oriente! agradable, pero pasagero, y el que una vez recrea el olfato huye y no vuelve á gozarse jamás.

Llegó por fin la hora terrible, todo reposaba en Tacubaya, los perros ahullaban tristemente, el graznido horroso del buo, el murmullo de las fuentes, el susurro de las

hojas, y el sonido monotonó de las péndolas de los relojes se mezclaban con los quejidos desalentados del ilustre doliente. Al entrar Tlaquilpa en la órbita de los muertos, se desarrolló la cuerda del reloj y sonó la una; dió el Conde un suspiro, le miró con sobresalto y él dijo: — ¿Lermin, me perdonas el haber amargado tu existencia? — Tlaquilpa, ¿por qué no estás tranquilo? — ¿Pudo estarlo jamás el delincuente? amigo mio poco me resta ya de permanencia en el círculo de los vivos, tengo que pedir os una gracia. Entre los desconsuelos con que he llorado á la tumba, no es el menor el no haber besado y regado con mi llanto el sepulcro de Rosa, yo no puedo vivir, es imposible, lle adme amigos al panteon, ¿nadie me contesta? ¡ah! temen que no me alcanzan las fuerzas hasta llegar.

Era verdad, temiamos moverle; pero Selia desaparece y le trae mi tesoro, ¡qué escena amigo! ella puso en manos del Conde los cabellos de su hermana, y abriendo luego la copa de oro mostró un vaso de cristal que contenia entre aromas el corazon preciosísimo de mi Rosa, él lo besó y esclamó: ¡Oh

corazon, ó precioso depósito de las virtudes sublimes! ; por mi ferocidad sacrificado! yo te saludo, mírame bajar á la huesa con la nota fatal.... esto lo prueba.... ; todo el orbe me detesta ya!-No, no. Dijo Selia, este facultativo, este respetable amigo abrió el pecho de mi amiga, á instancias mías, para desfigurar la herida por si alguna imprudencia nos comprometia, y en caso de un reconvencimiento judicial decir que se habia hecho por saber de qué enfermedad habia muerto, y para conservar el corazon.

¡Selia, Selia, dichoso el que te tiene por amiga! has derramado un bálsamo sobre mis heridas. Muero tranquilo, soy dichoso, sí, muero en los brazos de mis amigos, no os afligáis no, la muerte es el término de los males, ella es dulce, es consoladora para los desgraciados, ¿de qué sirve la vida cuando no se goza en ella? ¿qué es la existencia para un demente, para un estravo miserable? un caos de padecimientos sin alivio, ¿qué triste es para el hombre no escitar otro sentimiento que le de la compasion! ¿qué seria yo á pesar de mi clase y riquezas si vosotros no hu-

biesen sido tan hospitalarios? un objeto de escarnio para los necios, y de lástima para las almas sensibles, acaso estaria en un asilo de indigencia, encerrado, atado, maltratado, y vejado: sí, mis buenos amigos, os doy gracias por la indulgencia que habeis usado con un furioso: abrazadme todos: mis fieles criados, llegad para que dedique ya solo al cielo los momentos que me restan.

Todos le abrazamos, besamos sus manos; él besó otra vez la copa, la regó con su llanto y coloncándola sobre el corazón dijo: Acercate aquí precioso corazón que va ya á dejar de latir para siempre el de un desventurado. Luego imploró la misericordia divina, y mirándonos exclamó con voz casi imperceptible. Adios adios.... amigo para siempre.. A... di... os. Y desprendiéndose de su mano la amada copa cayó sobre la cama, yo dí un grito y cai desmayado. ¡Desgraciada Selia! estabas destinada por una snerte fatal á sufrir sola todos los acontecimientos funestos. Una fuerte calentura me hizo delirar por algunos dias; pero á beneficio de los remedios y esmeros logré restablecerme y preguntar á Selia.

Querida mia, ¿en dónde está mi amigo?—En el sitio que eligió para su reposo, al lado de las cenizas de Rosa.

Apenas me hallé restablecido bajé al panteon, la piedad fraternal lo habia adornado como siempre, luego abrí, consideré y besé la preciosa copa regada siempre con mis lágrimas, me arrodillé sobre un marmol negro, era el laude del Conde de Tlaquilpa, donde se leia escrito con letras de oro.

A qui yace un ser desventurado , que nasciendo el mas feliz de los hombres , murió el mas desgraciado de los mortales.

Los dias pasaban, y yo salia ya de casa; pero á mi vuelta, ¿qué hallaba en ella? una hermana infeliz que disimulaba sus penas por no agriar las mias, un huérfano desgraciado, un amigo triste, memorias amargas y el silencio de las tumbas, ¡ay de mí! la esperanza, ¡ese meteoro consolador de los mortales! no ejerce ya su benéfica influencia en mi corazon. Momentos hay en que apoderándose de mi alma la funesta desesperacion, hierve la sangre unida á las potencias, por aquellas íntimas relaciones que existen entre lo moral

y lo físico, acaloran la imaginacion, la naturaleza recobra sus derechos, y lucha unida al dolor contra la paciencia y la razon.

Hasta que ya cansada, sin aliento (48),
Luchando el alma, y reluchando en vano
Bajo el inmenso peso se rendia....

Asi lo canta, amigo Tlaucolde, un español célebre de quien se puede decir con mas justicia, lo que Segur á Voltaire. *Que es el príncipe de los poetas, el patriarca de los filósofos, el hombre que admirará la posteridad siendo la gloria de su patria y de su siglo.* Permiteme amigo esta digresion, que en una carta amistosa no será jamás inoportuna: yo te hablo de aquel grande honore, sereno en el peligro, valiente en el riesgo y magnánimo en sus acciones: cuyos labios se abrieron solo para decir la verdad embellecida con los adornos sublimes de la elocuencia: que sabe perdonar los agravios hasta el estremo de conservar la vida misma de los que atentan contra sus propios dias, y cuyo nombre se encomia con respeto en la Europa entera, y muy particularmente bajo las bó-

vedas donde se ven las ilustres reuniones del solio de Astréa que se asienta sobre las arenas del Támesis y el Sena (49), aclamándolo como á hombre célebre entre los de estado. Te hablo de un modelo de patriotismo digno de un siglo menos ingrato, y de unos dias en que no se diga: Que siendo sabio y virtuoso es inapropósito para gobernar. ¡Ah Tlaucolde! al oír esto esclamo con Monsieur Salt-Lamber (56). *J'aurais démettre ma dignité d'homme pour celle de Pongos ou Outang-outang.*

Las tormentas del corazon pasan como las de los mares, yo me asilo á la Providencia y triunfa la virtud. Conociendo el médico, cuan funesta me era ya la permanencia en Tacubaya, á consejo á Selia que me llevara á la ciudad; pero - iéndome obstinado, se propuso alejarme de aquel sitio por algunas horas á lo menos, para lo que me habló así: Querido Lefmin, ha pasado ya el tiempo prefijado para llorar, la patria reclama sus derechos, ella te llama, escucha su voz y corre á socorrerla, unido con los buenos devuélvele su antiguo esplendor, sí, recuerda aque-

llos tiempos en que no se conocia en los caminos ni un solo salteador, en que cruzaba por ellos la plata sin mas escolta que los arrieros; esas minas que producian montes de oro, ¿qué son ya? cisternas de barro ó agua. ¿ese parian! sí, ese depósito de la riqueza mercantil ¿qué es hoy? panteon saqueado y desierto. Esos valles hermosos y cultivados, hoy ceriales cubiertos de maleza. Esos prados pasto de tantos ganados, ¿qué los ocupa? ¿fragmentos humanos! La casa de moneda que acuñaba veinte y ocho millones y medio de pesos fuertes, apenas vemos moverse sus máquinas; ¡ay! todo, todo se acaba para la opulenta, la antigua Teostitlan, todo se acaba para la triste Méjic ¿qué le resta ya? ruinas, escombros, cenizas solo del gigante, cuyo espíritu ha sido el alma del Universo; ¡ah Termin! ¿podriamos esperar tan tristes resultados?

¡Ah querida Selia! la historia de las revoluciones es esa, el que las empieza acaso cree cortarlas cuando quiera; pero ¡ah! ¿qué mano pudo nunca detener el ardoroso plomo que despide el cañon? ¿cuál ha sido el brazo

fuerte que arrebató jamás de la aerea ruta la saeta desprendida del arco? No hay revolucion sin partidos, y estos rara vez se acuerdan con la equidad y la justicia, cuando adapta á los planes de un bando, no se evita dar hasta el vicio mismo las apariencias de la virtud, hasta lo mas sagrado suele servir de velo para cubrir las acciones acaso contrarias á lo mismo que publican, fascinando asi á los que ni leen, ni piensan, ni discurren. Sí, hermana mia, las revoluciones siguen siempre el curso como las aguas del Niagra atropellando lo que se les opone.

Eso es cierto, dijo Ciriaco, pero ¿han de quedar inútiles todos vuestros esfuerzos para levantar este edificio que se hunde y se desploma? ¿dejareis sepultar á la desventurada patria bajo sus propias ruinas? En vano habeis cortado, señor, las cabezas de la hidra, si dejais que mas cabezas broten los cuellos. Solo quiero vivir para la caras cenizas: ¿de qué sirven los sacrificios cuando ni aun se lleva á la tumba el placer de que la posteridad arrojará sobre ella un puñado de flores?—¡Ah, señor! en vuestro corazon halla-

reis esa recompensa que os niegan los hombres.—Soy tan desgraciado.—No es desgracia, Conde, conocer la propia posicion; ¡infeliz de aquel cuyo elevado puesto lo asemeja al habitante de la roca, que no sintiendo el arroyo que mina su planta se desploma cuando se creia seguro!

¿Es posible que mi querido Lermín se resista á cumplir con sus deberes? ¿qué se olvide de lo que debe á la sociedad? ¿qué prefiera una vida ociosa y oscura á tan caro trabajo? Lermín, estás obligado á ser útil á los demás, ¿y á quién le eres gimiendo de continuo sobre un sepulcro? Avergüenzate, querido Lermín, de esa pusilanimidad, de esa inaccion, mira á la triste patria llorando ante tí, oye sus ruegos, no esperes á que te pida cuenta de la sangre de sus hijos, diciéndote: *Yo te llamé en mis ansias, tú pudiste ayudar á salvarme, y preferiste tu llanto estéril á mis justos ruegos: ¡Cruel, yo te maldigo!* Viendo Selia por la conmocion de mi semblante el efecto de su discurso, siguió esforzándola cada vez mas.

Rosa te habla por mi boca. Mira su mano,

¡mírala! no trémula ni exánime, firme y poderosa, mira su dedo señalando aquel cuadro donde se ven pintadas las armas de Méjico; oye cual dice Lermin, ¿para cuándo dejas la firmeza, para cuándo la presencia de ánimo, si no la muestras en la adversidad: ¿ves esa águila que afirmando sus garras sobre el espinudo nopal parece dar impulso á sus alas y remontarse hasta la mansion donde resido? mírala, ella te muestra la senda de la gloria, ¡elevarte sobre tí mismo ó sucumbir en el oprobio!

Fue tanta la majestad, tanto el fuego con que Selia pronunció este discurso, que devolviéndole á mi corazon su antiguo ardor, se inflamó mi semblante mis ojos se alucinaron creyendo ver á la misma Rosa, y levantándome con valor exclamé con firmeza: ¡Elevarme ó morir! sí; ¡perezcan las almas viles que así no lo sientan!

Torné luego al congreso y á ocuparme. Al volver de Méjico una mañana despues de haber puesto gratuitamente en posesion de algunos bienes á los parientes del Conde de Tlaquilpa. A estos los interesaba mas que

hubiese regido el código de Castilla; habian comprado muy caro el derecho de ciudadanos, para que dejasen de suspirar al ver roto el vínculo que debió enriquecerlos, y ser indiferentes á que la cuantiosa herencia que les correspondia por él, pasase á manos de un simple amigo del testador, por las facultades que le concedieron las leyes de la república. He aqui, amigo mio, como todo está compensado en la vida; si se cree que la aristocracia procede con injusticia cediendo á uno la herencia de muchos, la democracia la arranca de las manos de los que debian recibirla, y la pone en las de un extraño de la familia: busqué á Selia y la hallé en el mausoleo orando por lo finados. Querido hermano, aqui es donde buscamos el consuelo único que nos ha dejado la desgracia, tú lloras sobre las cenizas de tu amada; pero yo, ¡ay! ni aun poseo las del que amé. Era la primera exclamacion que yo le oia á la prudente Selia, la abracé, y conduciéndola á la urna la señalé una de las inscripciones que decia:

El puñado de arena que te cubre
 Podrá unir tus cenizas á mi pecho ;
 Pero de tí, ¡ Oh Dios, cuánta distancia
 Nos separa á los vivos de los muertos !

¡ Ah hermano mio , y cuántas desgracias nos rodean !—¿ Nos amenaza alguna ?—La infeliz Lemuana.... ¡ La infeliz !— ¡ Ah ! ella es mas desgraciada por ser criminal ; escucha Lermín , ¿ no sientes como dejando el celestial asiento la sombra de tu amada gira en derredor tuyo ? no escuchas cual repite la preciosa máxima . *Odió el delito y compadece al delincuente !* Colocó entonces los caballos amados sobre la urna querida . Los besé con ternura y exclamé : ¡ Rosa , serás obedecida ! sí ; pero deja la tumba por un momento , y has que te estreche entre mis brazos . Lloré amargamente , y levantando luego la cabeza ví á Selia , con la figura mas encantadora , de rodillas sobre el mármol que ocultaba los restos de Tlaquilpa ; ¡ qué contraste formaba su vestido blanco con la negra lápida ! ¡ qué interesante estaba ! ¿ quién resiste al ruego de la virtud en los labios de la belleza ? Sus

rubios cabellos barrían la tumba de un desgraciado que supo amar: los bucles finos como el oro caían sobre el blanco cuello, sus bonitas manos cruzadas sobre el pecho, sus ojos fijos en el cielo, arrojando lágrimas que regaban el laude, sus labios se abrían para suplicar: yo la abracé y dije:--; Selia mia, yo perdono á Lemuana! Ella me estrechó contra su seno, y me entregó una carta de la superiora del convento de N. en la que nos decía: "que no habiendo querido Lemuana en todo el tiempo que habia permanecido en el convento ver á nadie de sus amigos, conociendo que sus males se agravaban habia tenido una consulta con su médico, á la que se siguieron grandes convulsiones; que ella las creia efecto de la lucha interior que se conocia sufrió; que la habia suplicado pidiese á Selia muy encarecidamente no le negase el consuelo de verla antes de morir; que ya habia pedido las licencias necesarias, y no esperaba se le negasen.--La humanidad afligida me llama, querido Lermin, siento dejarte. Entró en su cuarto, y vino luego trayendo á su hijo. Te confio mi tesoro, dijo,

sé que á tu lado estará como en mis brazos. Y volviéndose al niño: Y tú, hijo mio, no llores, divierte y consuela á tu papá.

El inocente como si comprendiese el encargo de su mamá, viéndome llorar, me acariciaba, pasándome sus manecitas por el rostro, preguntándome con interés: ¿por qué lloras? Hizo viajes llevando todos sus juguetes, me daba sus caballos, unos degollados, otros desgarrados, y me hacía tomar parte en sus juegos. ¡Oh inocencia feliz, por qué te pierde el hombre!

Besaba yo ag adecido los rizos de mi amiguito, cuando o. el ruido del coche; ¿qué me anuncias Selia?--Nada agradable, Lermín; es preciso trasladarnos á la ciudad, el r al de Lemuana es consuncion, y está ya en el último periodo; mi presencia le es necesaria, á pesar de que las virtudes que ha practicado en el retiro, y su beneficencia para con las pensionistas pobres le han cautivado las voluntades, y tiene buenas amigas que la asisten.-¡Dejar á Tacubaya por tiempo indeterminado! ¡pasar horas y acaso dias sin besar la tumba! ¡y por Lemuana!

Fue preciso trasladarnos á la ciudad. Selia se fue al convento, y pasó en él algunos dias: al amanecer de uno, se presentó en casa, se vistió de luto, y entrando en mi cuarto me hizo conocer que ya Lemuana no existia; la miré en silencio, y pasó en mi corazon aquella escena tan natural en una alma sensible que ha perdonado ya, y solo ve en su enemigo la destruccion de un semejante unida á la memoria, siempre desagradable, de nuestro fin. Dieron luego principio los nueve incómodos dias, que para estos casos ha prefijado la sociedad, término largo para la etiqueta, y corto para el sentimiento. El que está verdaderamente affigido ama la soledad y el silencio. Padeció mucho mi corazon con la necesidad de estar en una sala, cuyo suelo maqueado reflectaba los trajes lúgubres que arrastraban sobre las alfombras puestas de revés, se veia á la escasa luz de las ventanas entornadas los asientos cubiertos con telas blancas, las arañas y lámparas envueltas en gasas, manifestando que ya no alumbrarán las fiestas: alli se reciben los consuelos siempre gratos del amigo virtuoso y prudente, y

los cumplimientos falsos ó frios, á lo menos, de la etiqueta. Al fin, como en el mundo todo es efímero, pasaron los dias con la brevedad del tiempo, y fuimos restituidos al hogar tranquilo. ¡Oh lúgubre panteon, yo te saludo! ¡qué melancolía religiosa se esparció por mi espíritu al besar la urna querida!

Restablecido ya el antiguo orden en nuestra morada, dije á Selia. Sobre el sepulcro de Tlaquilpa quiero oír de tus labios la relacion de los acontecimientos de Lemuana, nada me ocultes; he depurado todo resentimiento, el ódio solo domina á las almas bajas. ¡Ah! ¡cuán grato es perdonar! ¡cuán sublime es el hombre en este caso feliz! ¡cuán vil en el contrario! Habla, Selia, que te escucho cerca de las ilustres víctimas del destino, te oigo sin inquietarme.

¡Oh tú, víctima infeliz de las pasiones, perdona si te ofendo en la relacion que me pide el hombre que amaste hasta el extremo de hacerte criminal! ¡tú no me obligaste al secreto, ni yo intento vulnerar tu memoria con sarcasmos inútiles.

Avisada Lemuana de mi llegada á su mañ-

sion entré en su alcoba, al verme se puso las manos sobre el rostro y exclamó: ¡Cielos qué vergüenza! ¡será posible! ¡ay de mí! ¿me detestas á mí... Selia? ¡ay! no me atrevo á llamarte amiga.--La estreché en mis brazos.-- Lemuana, amiga mia, arrojemos al fondo del Letheo los acontecimientos pasados, yo vengo solo á consolarte y servirte con el esmero de la amistad, si te restableces me verás á tu lado como la hermana más tierna.-- ¡Qué bondad! dijo, y las lágrimas le impidieron seguir. Luego manifestó su reconocimiento y deseo de que no la dejase. Solo la consideracion que exige una desgraciada en sus últimos momentos pudo alejarme por algunos instantes de los caros objetos que amo; sí, Lermin, solo la caridad, ¡la sublime virtud, base fundamental del augusto decálogo, me alejó de tí!

¡Cuán criminal soy, Selia mia! dijo Lemuana: ¡qué funestas consecuencias han tenido mis primeras faltas! ¡ay Selia! tú has amado, tú sabes por desgracia, sí, siempre lo es para una muger, saber amar y ser constante; pero ¡ay! el amor es como el aire, se respira

sin conocerse. Ten, bondadosa Selia, la complacencia de oír la triste relación de mis infortunios; no te la hago porque disculpes mis crímenes, no, tengo en ello el solo objeto de escitar tu compasión; por si la deferencia, que me muestras es mas efecto de la prudencia que de la indulgencia amistosa. Bajó á la tumba aun antes de llegar al séptimo lustro de mis dias, no es mucha edad para morir; pero demasiado espacia de tiempo para que exista un corazon combatido por las pasiones, y abatido por la desgracia; ¡ay Selia, si supieras cuanto he padecido! ¡cuánto he luchado con el amor desgraciado! -- Exhaló mi madre el postrer suspiro al dar yo mi primer aliento en el ambiente suave de una de las provincias mas bellas de la península. Doce veces se habia cubierto de nieve el Leon de las castillas en el alto de Guadarrama, y otras tantas habian devuelto los soplos de la primavera su bello adorno á los helados campos, cuando comprometido mi padre por los acontecimientos del año de 1812, emigró en el de 1814, y no queriendo esponerme á los riesgos que debía correr, me dejó en casa de

una prima suya, que vivia en un pueblo corto, sosteniéndonos con su escasa viudedad; ¡oh siempre ilustre rey (32) Carlos III y cuánto te vendice la posteridad femenina! En el año de 1820 pasó mi padre el Bidasoa con sus compañeros de infortunio, y volvió á mis brazos; fue elegido diputado en Córtes, y pasamos á la de Madrid, me presenté en sus calles, teatros y paseos; en todas partes me seguía la polilla de los ociosos que abunda siempre en las grandes poblaciones; estos entes desocupados dispuestos siempre á no desperdiciar la ocasion de divertirse, hacian resonar en mis oidos aquellas lisonjas que tanto adulan á los jóvenes sin mundo. Yo habia crecido en la soledad altiva como la palmera del desierto, y me propuse cautivar al que mas lo mereciera; un título, un alto personaje, creia yo muy á propósito para que suspirase á mis pies; ¡ay de mí! el amor me acechaba entre las retamas del buen retiro y disparó la saeta envenenada. Alguna vez me habló mi padre de mi matrimonio proyectado con un amigo suyo: inspeccionó con sagacidad el estado de mi corazon, que co-

mo estaba libre no manifestaba repugnancia á enlazarme con un hombre cuyas rentas me proporcionaban aumentar mi belleza con el lujo seductor (aunque el no ser título me disgustaba, queria oirme llamar condesa y tener al menos V. S.) Era el caballero Menopé destinado para mi esposo: un hombre honrado, franco, sensible y virtuoso; á la edad de cuarenta años conservaba la robustez y lozania de la edad feliz, era rico propietario y uno de los gefes de la milicia Nacional de su provincia. Sin conocer todavía á mi futuro habia ya oído celebrar las bellas cualidades del marques de Mina Real.-¡El marques de Mina Real!-No me interrumpas, Selia. No se por qué siempre que oia nombrarle sentia una aficion á su persona que me agradaba sin conocerle, ¡ay amiga y cuán pronto conocí que de la estimacion al amor no hay mas que un paso! Paseábamos una tarde varias amigas á la orilla del magnífico estanque del Retiro; los niños arrojaban pan á las aguas para vérselo engullir á los patos y peces; los ancianos descansaban sentados en rededor de él, divertidos con las sonrisas de

la infancia, los jóvenes buscaban á las bellas y estas giraban en distintas líneas ostentando sus gracias. Hablaba á la sazón con mis amigas un caballero amigo suyo, y yo me entretenia en ver á los que pasaban: en estos instantes fue cuando ví al hombre que debia ser el tormento de mi vida, yo le miré por casualidad, y le amé por una simpatía irresistible: la imagen de aquel amable desconocido se grabó en mi corazón, y no se separaba de mi memoria ni un momento; deseaba saber su nombre; pero no me atrevia á preguntarlo, porque como no tenia mundo, no conocia el disimulo y temia descubrir mi secreto. Asi pasé algun tiempo hasta que una tarde, cuando el sol recogia sus luces en el emisferio europeo para estenderlas en el nuevo mundo, paseando con mi tia, pasé cerca de mi amado; iban detras de nosotras dos caballeros, uno de ellos le saludó, y el otro le preguntó, ¿quién era? á lo que él contestó: ese jóven es el marques de Mina Real. ¡Oh Dios! ¡Con que el hombre á quien amo es el amable marques de Mina Real! ¡cuánto siento aumentarse mi cariño! ¡qué felici-

dad! ser amada por un corazon tan perfecto; ¡ah cuán reconocida debe vivir á su buena suerte la que tenga la dicha de cautivarle! ¿y por qué no he de ser yo? ¿no agrado á otros? ¿no me llaman hermosa? ¿seré yo acaso la primera muger que haya amado antes de ser amada? Con estas reflexiones me quedaba dormida, ¿qué extraño era que se me presentase en sueños? ¡ay! sí, le veía complacido, le abrazaba; pero despertaba en medio de la grata ilusion.....

Y con cólera y seño (53)

Maldije la vigilia, alavé el sueño.

Algun tiempo se pasó formando siempre esperanzas que fallan, consolándome con ver al Marques de cuando en cuando.--¡Qué debil consuelo Lemuana!--Pero al fin era consuelo Selia.

¡Miserables mortales qué consuelos tan mezquinos son los vuestros! mirar un sugeto aunque os desprecié, llorar sobre la tierra, abrazar una piedra, besar un objeto inanimado, mudo, frio, insensible á vuestros ala-

gos; es posible que aquella ambicion que no reconoce límites en la prosperidad se contente con tan poco en la adversidad!

Era tanta la conmocion que sentia al ver al Marques, que perdia la serenidad hasta el extremo de no atender á sus acciones, ni dominar las mias; esto era cabalmente lo que mas me perjudicaba unido al empeño de disimular mis sentimientos; pues paseando una tarde, buscándole con el afan de siempre, me dijeron mis amigas, que el Marques se habia detenido á mirarme, ¡ay! el genio del mal cubrió mis ojos, ¡infeliz! cuántas veces lisonjeada de ser querida busqué despues una mirada de los suyos y no la hallé jamás, ¡cuántas lágrimas he derramado! ¡cuántas veces he entregado mi corazon á la mas amarga desesperacion! Ya no puedo resistir mas á esta pasion, no, me decia yo, correré las calles y las plazas, le buscaré en los paseos y espectáculos, y le diré: ¡yo te amo! Sí, sí, ya estoy resuelta, y deseaba llegase el momento de verle; pero ¡ay! el amor y el deber son dos soberanos que estan siempre en guerra, ¡cielos! muero como viví, triste víc-

tima del amor desgraciado. ¡ Miserables mortales! ¿ es posible que un solo deseo ha de hacer el tormento de toda vuestra vida? Cuando el orgullo recobraba sus derechos, reflexionaba yo. ¡ Ofrecer mi mano! ¿ y á un hombre que acaso amaré ya? ¡ qué delirio! una mano que no lleva los dones de la fortuna, ¿ qué vale? y en caso que la aceptase, ¿ cuál sería el resultado? el desprecio, ¡ el terrible desprecio! seguiria á la posesion, sí, él me abandonaria luego, porque cuando las mugeres se degradan á sí mismas, los hombres ven solo en ellas lo que los niños en un juguete, un objeto de su diversion que pueden dejarle cuando quieran. Basta ya de aguardar neciamente, basta de formar deseos gratos al corazon, pero infructuosos, basta de alimentar una esperanza que no se realizará jamás; ¡ orgullo mio, venid en mi auxilio! sí, sabré morir antes que cometer una indiscrecion, sabré arrancar la imagen de este hombre de mi corazon, aunque sea desgarrando su arteria y vertiendo la sangre que me sostiene. Asi fortalecia yo mi espíritu, y el amor dormia en brazos de la reflexion; pero ¡ ay:

de mí! en otros momentos recordaba furioso y recobraba sus derechos con mas vehemencia. Una mañana entró mi padre en mi cuarto y me dijo: Querida Lemuana, hoy llega tu futuro esposo, tú me has manifestado que estás dispuesta á darle tu mano; sí, hija mia, te pronostico una felicidad sin límites. Adios Lemuana, la patria me llama á su socorro, debo serle útil.

Nada le contesté, quedando como un autómata, reflexionando qué haria, ¿diria á mi padre mi locura? era escitar su cólera, y acaso infructuosamente, ¿confesaria á mi tia mis penas? ¡qué necesidad! la buena señora era mas apropósito para horar en el retiro que para dirigir empresas en el mundo; o habia amado nunca, Selia, no conocia las dulzuras ni las penas de este estado-fatal: ¿consultaria á mis amigas? eran jóvenes y sin mundo, y solo conseguia descubrir mi secreto y esponerme á que se burlasen de mí: bajaré á la tumba con mi triste secreto, obedeceré á mi padre y procuraré hacer la felicidad del esposo que se me destina.

Yo ví á Meupé, tenia una figura elegante,

una fisonomía interesante y un aire tan noble que encantaba, apenas se le notaba algun cabello que platease su frente, era despejado y amable; pero no era el Marques de Mina Real, ¡ay era preciso no haberle visto para dejar de amar á Menopé! ¡funestas consecuencias de las pasiones! ¡jóvenes huid del amor que destruya vuestra felicidad, seguid solo la línea que os ha trazado la virtud! Le recibí con el agrado propio de la buena educacion y el reconocimiento. Noté que mi figura no le desagradó, y que yo visitando la casa con la franqueza que le daba la amistad de mi padre y el título de hijo que ostentaba. Una circunstancia contribuyó mas que todas mis reflexiones á que le admitiera por esposo.

La nacion española que parece hace siempre alarde de no parecerse á ninguna otra, y cuya historia moderna es una serie de anomalias, prohibió la entrada en el salon de las secciones de Cortes al bello sexo, esto dió lugar á que las damas españolas usasen de disfraz para poder lograr de las discusiones. Un dia que comí en casa de mis amigas, dispusimos ir todas una noche vestidas de hom-

bre á la tribuna. Si mi situacion me lo permitiera te haria reir describiendo la ridícula escena. Llegó la noche prefijada, que era para nosotras una de carnabal. A poco rato de estar en la tribuna, dijo un sugeto á otro que estaba delante de mí. Hay entra el Marques de Mina Real. Es hombre de talento. —¿De talento? es un loco, un....

Y siguieron hablando en voz tan baja que me fue imposible oír mas: quedé sorprendida; pero esta noticia me hizo tal impresion que determiné olvidarle: regué mi lecho con amargo llanto, soñé como siempre que me amaba, y gusté todos los atractivos del amor feliz, con los cambios de la imaginacion propios del sueño; pero al despertar, ¡qué momentos tan tristes aquellos en que se cambia la grata ilusion en triste realidad cubierta con las sombras de la noche! ¡cuán afligida exclamé recordando las escenas de la noche y el empeño que debia contraer! ¡Adios ó tú objeto de mis delicias, causa inocente de mis penas! ¡adios para siempre memorias alagiueñas; pues desde que llegué al ara sereis ya un crimen para mí. Cai de rodillas, ¡ay! en la adversidad

y las penas no se busquen otros consuelos que los que da la augusta religion. Las pretensiones de Menopé se hacian públicas, y mi padre me instaba para que diese el sí. Mi tia llena de buenos deseos, y temiendo que el no ser Menopé joven me desagradase, no cesaba de ponderarme la dicha de tener á un hombre virtuoso por marido, repitiéndome que el fuego del amor se estinguia pronto, que lo apreciable en el matrimonio es aquella amistad permanente que produce la paz: tantas causas unidas á las felicitaciones de mis amigas, á lo que se ponderaba por las señoras mayores, la buena suerte de enlazarme con un rico propietario que no dependia del Gobierno, ni necesitaba de hacer antepasadas viviendo de eterno pretendiente; y no menos el no verme yo á la falta de mi padre sujeta á los retardos, cortes de cuentas y demas azares de una corta viudedad. Los empleados sostenian que el que menos sufría era el que teniendo con que mantenerse podía vivir independiente del Gobierno; á pesar de esta confesion algunos de ellos que tenian con que vivir pretendian empleo. Seria por no

estar ociosos; esta mania se ha criticado mucho; pero ella siempre está en pie. Un eclesiástico virtuoso, á quien descubrí mi corazón; me dijo: Que desgraciada sereis si no venceis esa pasión; el amor es como las fieras ni aun jugar se puede con ellas sin esponerse á ser su víctima; debiais haber tenido presente que las jóvenes, entre las muchas privaciones á que las ha sujetado la ley social, es una de ellas la prohibicion del ofrecimiento de su mano, si el que amais fuese un hombre oscuro ó pobre, aun era menos difícil el cumplimiento de vuestros deseos; pero ¿quién persuade á un hombre de categoría á que no es el esplendor el que se busca sino su persona? Olvidad hija mia, y sereis feliz.

La necesidad me hizo cuerda: el lujo y los regalos acabaron de convencerme; triunfó el alucinamiento pasajero del orgullo; el matrimonio fue celebrado, y mi esperanza huyó para no volver jamás, cual la luz de un día que fenece. Mi esposo me llevó á sus posesiones; pero se me escapaba siempre algún suspiro al recordar una corte donde existian tan dulces memorias, solo al mirar una cabeza ru-

bia me estremecía, y el título de Marques me hacia temblar: no volví á ver al de Mina Real; ni le falte jamás á mi esposo. ¡ A y Selia yo tambien fui virtuosa antes de la escena de la Coyuya! A las horas sucedian los días, á los días las semanas, á estas los meses, y así sucesivamente transcurrían los años insípidos de mi árida existencia. Los acontecimientos del año de mil ochocientos veinte y tres que arrojaron de la península á los comprometidos por el código de las controversias, llevaron á mi padre y esposo á las riberas del Támesis: las arenas de aquellas playas dieron sepulcro á mi desventurado padre. Mi marido tuvo el disgusto de saber que sus bienes raíces habian sido entregados á las llamas, y sus colizas esparcidas por los campos, sino eriales, en manos de los que como dueños los cultivaban. Conociendo que el dinero que teníamos debia concluirse sino comerciábamos con él, Menopé (como otros españoles) lo empleó en géneros, y dimos la vela para el puerto de Veracruz. Como en aquella época fueron tantos los especuladores que se llenó la plaza de Méjico de géneros, y fue preciso

vender á menos precio que lo que habíamos comprado en las fábricas de Inglaterra. Tantas pérdidas unidas mas á los disgustos de la espatriacion , arrastraron á la tumba al desgaciado Menopé, dejándome pobre y en pais ya extranjero. En esta situacion tan infeliz me ofreció su mano el senador Tlaquilpa, yo no sentí por él una pasion ; pero ¿ cómo despreciar un estado brillante en la sociedad ? ¿ cómo dejar pasar la ocasion de recobrar las comodidades de la vida ? ¿ Dos veces di mi mano sin entregar una mi corazon ; estaba escrito en el libro del destino que habia de ser amada sin corresponder á este sentimiento , y que amaria sin poder exigir una sonrisa. Mis desposorios fueron celebrados en el pueblo de Atlisco. Pasado algun tiempo mi esposo me trajó á Méjico. Cuando le fue preciso pasar á Tlascala , se despedia de mí con lágrimas : este hombre escelente era digno de mejor suerte ; la sola idea de ser amado bastaba para su felicidad ; yo le estimaba como á un amigo ; pero no podia amarle como á un esposo. Tú sabras ya el encuentro en la Coyuyá ; yo no tengo valor para pintarte

mi sorpresa y conmoción al volver del desmayo y verme en los brazos del marques de Mina Real.

Ese fue su título heredado de mi madre; pero murió mi padre y tomó el de Conde Lermin.

La edad había perfeccionado las gracias del joven senador, yo estaba reclinada sobre su seno, él me hablaba con aquellos labios donde anidan las palomas de Chipre; ¡ay Selia! tú lo sabes, el fuego del amor es la imagen del que enciende el arte, sus efectos son rápidos y suelen burlar la mayor actividad; puede estar cubierto con el velo de la modestia; pero al sopio de los labios del objeto amado vuela cual débil ceniza y se descubre la brasa! los brazos de Lermin causaron en mi pecho los efectos que la túnica fatal en el del grande Alcides. ¡Selia mia! si una mirada tan indiferente que ni aun rastro dejó en su memoria de mi fisonomía me había abrasado, ¿qué serían las sonrisas amables, las conversaciones? ¡feliz la muger virtuosa que no conoce otras caricias que las de su esposo! ¡caricias puras!

en las que puede levantar los ojos al cielo con miradas inocentes! ¡dichosa la que jamás ha dicho un te amo fuera del círculo nupcial! Yo olvidé mis deberes, mis sagrados juramentos, y á el tan honrado como apasionado Tlaquilpa! ¡Pintarte lo que pasó en mi corazón cuando supe los amores de Rosa, las lágrimas que derramé, las imprecaciones que dije, los juramentos de venganza, no me es dado en el estado de abatimiento en que me veo, ¡será posible que seamos tan débiles! cuando á fuerza de instancias conseguí que Tlaquilpa publicase el matrimonio! ¡ah! que mal le pagué su complacencia, Lermin era el dueño absoluto de mi corazón. Era tal mi locura que en su ausencia me parecía que le veía, que me hablaba, y aun que me acariciaba; pero la funesta desesperación me asaltaba cuando medía con la vista la distancia que había entre las habitaciones; una saeta disparada desde su lecho hubiera traspasado el pecho del que la esperase en el mio; pero de su corazón, ¡ah! ¡cuán estensa era la línea! las dulzuras del amor no se hicieron para la infeliz Lemuana, la naturaleza me dió

sus funestos dones, sensibilidad y constancia; yo seria hoy dichosa al lado de Lermín, á no haberlo impedido ese fantasma erigido en deidad, que exige tantos sacrificios, y en cuyas aras se inmolan tantas víctimas.... ¡el honor!

No me compadezcas porque muero, la muerte es ya necesaria para mí, ella sola es el término de las penas de un corazon al que le está negado todo sentimiento de felicidad; hace mucho tiempo que siento vivamente todo el peso de l. desgracia, y no poseo otro talento que el de saberme atormentar, ¡cuánto he sufrido por haber alagado una pasión! se padece mucho cuando se ama y se está en la persuasion de que sin poseer el objeto amado no podemos ser felices; pero ¿quién puede describir el dolor de un corazon amante al verse despreciado y á la vista de una rival preferida? injusta fui. ¡Rosa infeliz que culpa tenias de ser amada! ¡cielos! ¿qué ha quedado de mi amor? ¿de mis vanos proyectos? el amargo remordimiento, ese sentimiento horrible en el cual la misma augusta religion parece retirar el cetro agradable del consuelo con que

nos toca en las angustias de la vida! ¡ay de mí! en vano prosternada ante los altares la frente sobre el polvo, regando el pavimento con mi llanto, el semblante pálido, las sienes abrasadas, imploraba al cielo porque mitigase mis remordimientos. Cuantas veces me sorprendió la aurora en la posición que tomé en la hora nocturna, sola, rodeada de las tinieblas, hincada en medio del coro levantando al cielo las manos pálidas y trémulas como las hojas que arrolla el viento en la estación helada, sueltos los cabellos, deseñado el traje á causa de las angustias del pecho, interrumpiendo el silencio con mis ayes, mirando con ojos lagrimosos por entre las ferreas celosias la gran nabe del templo envuelta en la oscuridad, y en los rayos dorados del propiciatorio reflectada la pálida luz de una débil lámpara con que apenas se distingue el ara. Ya siento bajo la planta al paso medurado de la piadosa monja, retumbar la bóveda donde reposan los restos de tantas hermanas, sopla el viento con furor, las vidrieras del templo se estremecen y las puertas rechinan; gira sobre sus goznes la de la

silenciosa galeria, se abre y aparece una luz sepulcral que esparce sus espirantes rayos en derredor de mí; una figura blanca la conduce, la deja sobre el marmol, y me mira silenciosa. ¿Quién eres? ¡Oh sombra terrible! ¿quién eres tú que te aproximas sola y callada como las visiones? Creo ver á Rosa que sale de la tumba, mis ojos encendidos quieren saltarse de las órbitas, se aumenta la palidez del rostro, la lengua se ata, los labios quedan secos y cárdenos, por mi frente corre un sudor helado, la respiracion se interrumpe, una convulsion general agita los miembros; al fin en medio de tal angustia viendo la sombra inmóvil esclamo tartamudeando: ¡Piedad, piedad, ó Rosa! otra sombra aparece, ¡perdon perdon, ó esposo! Grito esforzándome, al sonido de mi voz se aumentan las fantasmas, unos á otros se siguen los espectros y me rodean, uno de ellos se adelanta, unas voces confusas y apagadas llegan al oido; ¡él es! ¡sí, es el Conde! Y caigo sobre el pavimento. ¡Es Inés, es la estrava: la Providencia me tiende sus brazos, y caigo desmayada en los de Juana: me socor-

ren las que creí sombras, y es el resto de la comunidad, que acude alarmada por mis voces á socorrerme: ellas me consuelan, y Dios me perdona; pero ¡ay! ¿puede mi llanto arrancar á la huesa las víctimas que le arrojé? ¿Podrá Lermín dejar de aborrecerme? ¡ay Selia, Selia! ¡yo muero! y cayó en mis brazos. Ya la compaña del toque matutino convocaba á las religiosas á la oracion, y los seglares gimiendo en derredor del lecho preparaban lo necesario para hacer entender á la enferma que la llamaba el snpren. Juez, levantaron un altar donde colocaron las imágenes: una lámpara alumbraba la escena mas triste, ¡el fin de la vida! Llegó un momento en que oí que Lemuana hablaba como dormida diciendo: Sí, te amo... y... aun te amaré todavía, ¡horrible guerra del corazon! el fuego del amor es inestiguable cual el del Etna. Abrió los ojos, me miró y exclamó. ¡Retírate cruel, retírate! y no fijas en mí esos ojos, no despliegues esos labios, viva imagen de los que yo adoré, esas mejillas, esos cabellos son los del hombre que yo amo aun en lecho del doctor. ¡Lermín, Lermín el fuego que encendiste en mi pecho

solo pudo extinguirlo el polvo del sepulcro! Quedó anonadada por mucho tiempo, y alargándome luego la mano.—Selia no me abandones, eres mi único consuelo.—¡Yo abandonararte Lemuana, jamás!

El silencio habia embargado los ecos de las campanas, los acentos de los himnos y el murmullo de las calles, las tinieblas habian envuelto las torres y los árboles; un altercado se oyó en el claustro. ¡Dejadme entrar, crueles, dejadme! ¿por qué me quereis prohibir la entrada? ¿qué ya no me ama?—Está descansando Inés, retiraos.—No, no me voy, quiero verla, sí, vosotras la habeis escondido, yo no la encuentro. ¡Lemuana, tú sola eras mi amiga! tú eras mi madre ¡y nos separan! ¡te han robado como á mi Dario!—Selia, hazme el gusto de que entre, es la dementada, me tiene cariño, yo la compadezco, la sufro sus extravagancias, el motivo no se te puede ocultar, ¡por mi perdió la razon el hombre juicioso y se hizo criminal el mas virtuoso de los mortales!

Tenia Inés señales de haber sido hermosa; pero estaba tan pálida, tan delgada que causa-

ba compasion, estaba sin toca y los cabellos negros caian sobre el hábito blanco; tomándome por Lemuana me abrazó. No le temais, dijo Juana; religiosa amiga de Lemuana, esta dijo, contad Juanita la historia de Inés á Selia, confíala tus penas, es tambien desgraciada.-¡ Sois desgraciada señora! -Sí. Y le conté mi triste historia, ella siguió luego:

Inés tuvo la desgracia de apasionarse de un jóven español que tomó partido con el gobierno mejicano; el ser español disgustó tanto á los padres de Inés, que le negaron su mano cuando el amante capitán Dario la pidió. El triste militar se vió precisado á pasar á Vera-Cruz con sus banderas, sufrió en el camino un ataque de los enemigos, y corrieron voces que habia muerto; á pesar de haberse falsificado la noticia, su amante le lloró, porque los padres contentos al ver desecha la boda interceptaron las cartas, y tomaron tau bien las precauciones para que su hija ignorase su existencia, que la tierna amante renunció al mundo y tomó el velo en este convento, donde entró de pensionista, antes que partiera

Dario por darle esta prueba de su amor y fidelidad. Dario que habia estado haciendo la guerra, ignoraba la resolucion de Inés. Las mismas órdenes que le habian llevado al ejército le trajeron otra vez á la ciudad; luego que llegó corrió al convento á reconvenir á Inés por su silencio. Llega á la portería, y ¡cuál fue su sorpresa al ver á su amada que abrazaba á su madre llorando las dos la muerte de su padre y esposo! ¡Inés!—¡Dario!— ¡Qué has hecho!-- Guardarte fe y llorarte muerto.--¡Ay de mí! se desmayaron. A la madre á quien ya la conciencia, ¡ese fiscal implacable de nuestras acciones! empezaba á reconvenir, le dió un accidente, y murió confesándolo todo. El infeliz Dario no pudiendo ser superior á la pérdida de su amada fue víctima de su dolor. La triste Inés viéndose engañada por los mismos que le dieron el ser, y sin su amado Dario, le acometió una fiebre ardiente que atacó su cerebro. Yo señora no se deciros cual de los dos me parece mas desgraciado, si el que perdió la vida, ó la que no hallará jamás la razon. ¡Qué agudo dardo traspasó el corazon del infeliz amante

al conocer la sublime virtud de la que habia elegido para esposa; ¡ah señora! si unos terribles juramentos no la hubiesen ligado para toda su vida, si estos tuviesen un término, ¿qué matrimonio mas feliz? ¡Si supierais cuánto pesa sobre mi corazón la solemnidad de los votos! quiero depositar en vuestro seno mis penas. Como mis padres tenian muchos hijos y pocos bienes, accedieron á los ruegos de una hermana de mi padre que quiso llevarme consigo. Criada yo en las prácticas devotas, inocente como las azucenas albas, á la edad de 15 años quise ser monja, nadie se opuso á ello, como acontece generalmente cuando una joven sin mundo descubre su vocacion, creeria cualquiera perder su alma, si la dejase tener mas edad para echarse una carga con la cual acaso no podrá algun dia; ¡ah Selia! ¡cuán infeliz es la muger que llega á disgustarse del estado que abrazó para siempre! Teneis un hermano, os ruego le digais, que si llega á tratarse en el senado el arreglo de los conventos tenga presente que una sola cosa acallará á los que los denigran: sepan todos que la que per-

manece oculta tras el muro cenobial, tiene la facultad de dejarle, y que las celosias y cerrojos no guardan locas desesperadas como cree el vulgo, confiese este algun dia que los techos monásticos cubren almas llenas de paz y de alegría. Sí señora, en un gobierno naciente pueden establecerse las mejoras sin que cueste una lágrima á ningun individuo si se hacen con prudencia: mándese que en lo sucesivo sean los votos hechos por tiempo determinado, asi saldrá la que quiera á disfrutar los bienes de fortuna á que no renunció: en fin, hombres sabios tiene la república que pueden arreglar esto; pero como nadie habla mejor de un mal que el doliente, por esto me he estendido yo acaso demasiado persuadida de que asi se acaban los abusos que sacrifican á las jóvenes. Sois demasiado juiciosa, señora, para sospechar que mi deseo de dejar el suelo cenobial sea hijo de un sentimiento voluptuoso, no, mi alma es pura como la luz meridiana, y no anhele los placeres del mundo, solo los sentimientos naturales tienen cabida en mi corazon: saber que mueren mis padres,

que rodean su lecho sus hijos, y que yo carezco del consuelo de aliviar sus dolencias, ver morir á mis hermanos, y que su prole pase á educarse á manos mercenarias. ¡Cuando pongo la mano sobre mi frente, dijo Lemuana, y alcanzo que mi vida ha sido un continuo delirio! ¡cuando corro por la ruta brevísima de la imaginacion, sembrada siempre de aromas y flores, y produciendo en realidad agudas espinas, me pierdo en el abismo de las conjeturas! Esta fue su última exclamacion; en las horas que presidieron á su muerte, su lenguaje fue el de la piedad. A la media noche recostada en mi seno, dando las manos á sus amigas, fijó los ojos en el cielo y lanzó el postrer suspiro, dejando para siempre un mundo donde tanto habia sufrido, y hecho padecer á los que desgraciadamente le rodeamos.

¡Infeliz de aquel á quien la adversidad elije para blanco de sus tiros! ¡en vano combina planes de felicidad, la desgracia le sigue de cerca como su propia sombra!

Algunos de mis amigos deseosos de apartarme de aquel sitio donde se consumia mi

mejor edad, se empeñaron en hacerme aceptar una comision que debia ser desempeñada en el norte de América, y me fue preciso partir. Pintarte mi despedida del amado sepulcro seria cansarte, demasiado plañidera es ya mi relacion. Encargué todos mis negocios á Ciriaco, y señalándole dije á mis protegidos, he aqui otro Lermín, acudid á él en vuestras necesidades. Me arrojé al carruaje y partimos.

Todavía el crepúsculo matutino no habia desenvuelto de las sombras las elevadas torres de los templos de la antigua Tenostitlan, cuando atravesamos sus plazas, Benjamin dormia en brazos de Selia con la tranquilidad propia de la ignorancia de los males. Cruzamos los campos de mieses que en su verdor presentaban la vista de un mar suavemente agitado. Descansamos en la falda del Cofre (54) y llegamos á la pintoresca villa de Jalapa; recorrimos sus bellísimos paseos hermoseados por la naturaleza; y sentados en sus jardines bajo las ramas entrelazadas de los naranjos y limeros, cogia Benjamin desde mis brazos sus frutas y las granadillas (55) que

que enredaban en su tronco. Llegamos al puerto mortífero que tiene al frente el castillo de San Juan de Ulúa, sepulcro de tantas víctimas (56) de la codicia, y á su derecha la isla de sacrificios. Se estampaba mi huella al pie de los meganos abrasados de la playa de Vera-Cruz, cuando un amigo me entregó una carta del padre N., el anciano de Churubusco decia:

Dios nuestro señor devuelva la paz á vuestro corazón, hijo mío, y la estienda por los estados mejicanos. Habeis partido, Lermin, y con vos se fueron las esperanzas de muchos á quienes la tierra parece despedir de la superficie; pues hasta de su mismo país se les arroja, obligándolos á mendigar asilo en el extraño; pero en mi edad no puede buscarse ya otro asilo que el de la tumba. Conservaos siempre en las máximas de la virtud, Conde mío: acaso en agenas playas encontrareis la tranquilidad que habeis perdido en las patagonas. Id seguro que en las oraciones matutinas, cuando este débil anciano levante sus brazos trémulos al cielo, le imploraré piadoso para vos, y correrán mis lágrimas sobre

sobre el altar por vuestra conservacion y la de los seres amados que os rodean. Adios, hijo mio, adios para siempre; pues mis ojos agoviados por el peso de los años van á cerrarse sin volveros á ver; recibid mi bendicion y vivid, si no feliz, á lo menos tranquilo.

Lloré al leer el último vale del hombre virtuoso que habia sido el mentor de Rosa desde la infancia. Llegó el momento de embarcarnos, pisamos la trémula nave, poniéndonos en manos de la Providencia, que en los mares ostenta el poder que concedió al hombre; pues unas veces por el ardid y otras por la fuerza se burla hasta de los elementos mismos: impelida la nave por los vientos fue separada de aquellas islas afortunadas, tan bellas como productivas, de aquellos campos donde pródigo jugueteó el pincel de la naturaleza. ¡Adios, patria amada! ¡adios, selvas de flores, arenas del descanso, pais de la beneficencia y del asilo, adios!

Felizmente llegamos al pais floreciente erigido en primado de las artes, y en dulce asilo de los desgraciados; potente por su ilustracion y su comercio; al pais industrioso

que colocó la naturaleza en el norte de las Américas para que la opulenta Inglaterra tuviese una rival. Allí ví una porción de emigrados de todas partes; y hasta los que un dia se vieron en el trono. ¡Triste época en que los hombres se hallan diseminados por el mundo viviendo donde se lo permiten como los hijos de Israel! Selia, aunque satisfecha de verme lejos de los sitios que alimentaban mi tristeza, y separado de los disgustos que tiene siempre un destino público en época de revolucion, con divergencia de opiniones, siempre favorables al desencadenamiento de las pasiones, suspiraba por su pais. Recibí órden de pasar á España, ¡cuán magestuoso surcaba las aguas la velera nave que hacia mecer en el ambiente el gallardete competidor de la celeste esfera! (51) Un dia claro y sereno descubrió como un pequeño punto en el gran seno la línea prolongada de la fértil Cuba, próxima al Cabo célebre, denominado con la ferviente exclamacion desprendida de los labios del héroe de los héroes, cuando condenado á morir dijo al descubrirle: ¡*Gracias á Dios!* La voz agradable de tierra se

dió en la copa, y resonó por la concavidad de la nave, pasando con placer de lengua en lengua. ¡Oh tú hermoso puerto, el mas bello, el mas agradable, yo te saludo! ¡Yo os saludo, oh tranquilos moradores de las aromáticas Antillas! vosotros sabeis ser prudentes en el siglo funesto de las controversias! La nave se deslizó magestuosa entre Morro y Punta, ¡qué perspectiva tan agradable se presenta al viajero inspector de las bellezas! la decoracion de la naturaleza hermo-seada por el arte. Las montañas cubiertas de verdura, coronadas de palmeras, los palos desnudos de los buques en la bahia; era la imagen de los campos de Europa en la estacion helada; variados pabellones hondeaban en los mástiles. ¡Qué actividad! qué movimiento sobre el muelle: la paz, esa deidad protectora, madre augusta de la sociedad culta, hacia florecer el comercio y la agricultura. En pocos dias vimos la ciudad de la Habana, sus lindos paseos, el teatro de una construccion bella, otros edificios, y las quintas fuera de las murallas; pero lo que no tiene igual son sus campos, solo semejantes á los Elíseos cūal

los fingien los poetas. ¡Oh campos deliciosos formados para el lucro y los goces! leguas enteras se anda por entre jardines y preciosas casas donde las reuniones francas y la hospitalidad resaltan en grado sublime. ¡Cuántos esfuerzos debe hacer la madre patria! ¡con qué tino debe mandar para conservar esta joya preciosa de las muchas que un día engrandecieron su corona!

A pesar de tantas bellezas muchos suspiros se oyeron acompañar, el susurro de los árboles y el canto de los pájaros. Selia y yo habíamos perdido lo que amábamos, ¡qué familia tan infeliz! y á mas, ¿cómo podría vivir un senador rodeado de esclavos? Selia aborrecia esta servidumbre tanto como yo, y se estremecía al ver esclavizado el seno de las madres, alguna vez me dijo:

¡Cuánto mejor hubiera sido que el gobierno español lejos de haber prohibido el comercio de negros, sin los cuales la agricultura de la isla decae absolutamente, (pues los indios que la habitaban prefirieron la muerte al yugo español hasta extinguir su raza enteramente) hubiese dejado libre el vientre de

la esclava, hoy habria brazos libres para el cultivo, esto seria sensible al bien particular; pero lucrativo al general. ¡Ay Lermin me horrorizo cuando reflexiono que puede ser un individuo hijo y esclavo á un tiempo mismo: son mucho los horrores á que puede dar lugar esta ley; se ha escrito bastante sobre la materia y aun se habla hoy; pero es muy delicada para tocarse, y es menester mucho pulso y conocimientos si se ha de asertar.

Llegó el momento de despedirse de los que veian llegar á sus pies la ola que nos alejaba del suelo patrio. Por dichosos tuve á los descendientes de Judea, ellos son verdaderos ciudadanos del orbe, todo él es su patria, reconocimos el pan (58) de Matansas, y entramos en el canal. Tranquilos fueron los primeros dias de la navegacion; sentados á la popa observábamos la inmensidad del mar, y la hermosura del cielo. Era el momento en que el padre de las horas recogia los rayos que estendió sobre los golfos y las playas: admirábamos la magestad de aquel instante solemne; de aquel espectáculo tan

antiguo como el mundo y siempre nuevo en él. Las tinieblas envolvieron en sus gasas el crepúsculo nocturno, en vano esperamos que el planeta de la noche derramará su grata luz sobre los mares; en vano las nubes se levantan entre él y las aguas, el cielo queda en oscuridad total, el furioso aquilon quitó la mordaza á sus henchidos querubines, brillan los fósforos de Júpiter en lo alto, las espumas del reflujo se elevan embravecidas, y reciben la espada de fuego que baja serpenteando á sepultarse en el abismo: las hermanas de Hyante soltaron el llanto con tal abundancia que amenazaba sumergirnos, el ruido de la lluvia, el estampido del trueno, el estrépito de los golpes de mar, el silvido de los vientos, el flameo de las velas, aunque recogidas, el rechinado de los palos y muelles, las voces confusas de la tripulación y la bocina atronadora de los gefes, formaban el conjunto mas horrible. Pasaron al fin las horas prolongadas de la noche angustiosa, y alumbró la aurora la escena del dolor. Nos hallamos á cuarenta grados de latitud, el viento, la gruesa mar y las corrientes encontradas impelian el bajel

á su arbitrio; se levantaban á uno y otro lado montañas líquidas que amenazaban sumergirle, desecha una, se alza otra que la nave surca magestuosa, y colocada sobre la cima baja precipitada como á sepultarse en las arenas del banco de Terranova. Hay veces que entre lo horroroso se ve lo sublime y bello; aparecian los juegos de aguas de las fuentes de recreo, en la que arrojaban las ballenas que pasaban dejando el rastro grisiento extendido por algunas millas. La triste Selia en la oscura cámara, descolorida, llorosa y abrazando á su hijo rogaba al cielo, acompañada de otras pasajeras, que afligidas y convulsas esperaban la muerte, ¡la muerte cuyos pasos se sentian en cada onda! La eran menos fuertes los golpes de mar, el viento iba cesando, el cielo estaba sereno, la esperanza nos entre abrió sus puertas, y la calma hacia esfuerzos por recobrar su imperio; yo consolaba á Selia diciéndole que se veian velas y que los gabieros aseguraban ser barcos pescadores. Sentimos un gran tropezon hacia proa, y creimos ser un golpe de mar; pasados algunos instantes oimos un grito de

terror. ¡Somos perdidos! ¡perecemos! subo, ¡qué espectáculo! Un gran madero que conducian las olas, dió al pasar en el costado mas débil del bergatin y abrió brecha á las aguas. El capitan daba voces, y nadie le oia, mandaba y no era obedecido, todo era confusion, unos arrojaban al agua cuanto veian, otros votaban á ella la lancha; (pues el bote ya no existia) deseosos de llegar á bordo de una fragata que se acercaba. ¡Desengañémonos amigo! el horror natural que se tiene á la propia destruccion es superior al dolor y á la desgracia, yo desee salvarme, con quanto amaba, bajé á la cámara, dí á Selia mi tesoro, la copa y los cabellos, tomé en brazos á Benjamin y mandé que me siguiera; llego y veo la lancha llena de gente, los pongo en ella y cuando iba á saltar me detienen dos deseosos de ocupar mi lugar, se oponen los de la lancha á recibir mas peso; gritando que se sumergia; iusto yo, dos puñales me amenazan, retrocedo y la lancha surca los mares. ¡Oh Dios! qué instantes ¡qué desolacion! Selia pálida como las rosas de los sepulcros (59) exclamaba con el acento de la

desesperacion: ; Dejadme morir á su lado! Lermin no amo la vida lejos de tí, separada de mi hermano detesto la existencia. ; Cielos! ¿ por qué nos desunis?

Ya no se percibia el eco de la infeliz, y la ví cruzar sus manos sobre el pecho, levantarlas al cielo, y mover la cabeza con desesperacion. La fragata no estaba distante y yo confié en que llegarían á su bordo, volví á los que quedaban, los ví pálidos, unos de rodillas reclinados sobre los cañones, levantaban las manos llorando é implorando misericordia, otros medio tendidos herian sus pechos en señal de dolor, otros con ojos espantados, los cabellos erizados y los brazos cruzados median con la sonrisa de la desesperacion la profundidad donde iban á sumergirse; otros pateaban, se arrancaban los cabellos y prorrumpian en blasfemias y execraciones. ¡Qué cuadro Tlaucolde! ; qué horrible cuadro traza la proximidad de una tumba que se mira acercar con paso lento! Fue tanto el horror que se apoderó de mí que sentí en el corazon como un golpe eléctrico, el valor, ó mas bien el temor de morir, recobró sus derechos;

y volviéndome á los que quedaban les dije: -¡Cobardes! ¿asi os dejais llevar á la tumba por el camino indigno del miedo? ¿asi, sin hacer un esfuerzo para sobrevivir á la desgracia? seguidme si quereis salvaros.- Arrojé lo principal de mis vestidos y mé tiré por el entre puentes, me sigue la mayor parte de los mas animosos y mientras unos tapaban el boquete, otros desaguaban la nave: (60) con mucho riesgo, y mas trabajo, conseguimos el triunfo. Ya que todo estaba en un estado li-songero, dando gracias á Dios y colmado de las bendiciones del reconocimiento, subí á la cubierta, acompañándome el placer que dan siempre las buenas acciones y los hechos de valor á los corazones tiernos y sensibles.

Recorro la vasta estencion con ligeras miradas, la fragata se habia acercado, corro á divisar á los náufragos, y ví á la marineria ocupada en botar cabos. ¡Cielos! pido la bocina, y dije: ¡Ah de la fragata, ah!-¿Qué dirá?- ¿Está en ella nuestra gente? - Todos han perecido.

Cayó la bocina á la profundidad, y yo sobre el leño sin conocimiento. ¡Entra Tlau-

colde por un instante en mi embreado camarote, mírame tendido en el estrecho catre, devorado por una fiebre ardiente y poseido del delirio mas espantoso; mírame entregado á manos mercenarias, aunque agradecidas; ¡solo en el mundo! ¡abandonado en los mares! ¿hubo en la tierra mortal mas infeliz?

Luego que saltamos en tierra, los compañeros de viage me recomendaron en una casa, en la que se me asistió bajo los auspicios de americano rico; pues por punto general es el interés, si no mas meritorio, á lo menos mas activo que la caridad; pero les debo no haber muerto en estas playas desconocidas para mí, sin tener el consuelo que mis tristes restos se uniesen con las caras cenizas, único objeto que me ha dejado la suerte adversa; ¡ay de mí! nada mas me resta ya que amar, el dolor tiene su asiento en mi corazon. Apenas empecé á salir, dirigí mis pasos hácia el mar, y reclinado en la muralla miraba llorando una pequeña parte de la vasta estension que servia de sepulcro á dos desgraciados cuya memoria me atormenta. Era tan intenso mi dolor que parecia no habia

sentido nunca, y que por primera vez herian las penas mi corazón. La fuerza de los sufrimientos repetidos llegan á poner la parte que padece tan delicada que ya la mas ligera sensacion se hace sentir furiosamente. ¡Qué soledad! mis padres bajaron á la tumba mas felices que sus hijos; ¡ay triste! miro al cielo y me creo abandonado en sus iras, fijo los ojos en el mar, y le miro tragar avaro cuanto amé, ¡ya no tengo la copa! ¡ya no la pongo sobre mi corazón! ¡ya no besaré jamás los cabellos adorados! Torneo á la tierra, y solo hallo en ella los sepulcros; ¡feneció Benjamin, y Selia ya no existe! ¡ay! ¡y yo la asesiné! ¡yo la puse en la lancha fatal! ¡yo causé la muerte de aquella joven tan bella, tan virtuosa, de aquel modelo del amor fraterno, creyendo salvarle! asi se burla el destino de los designios del hombre que se cree previsor, semejante á aquellas aves destinadas á nuestro regalo, que sujetas por una cuerda giran sin cesar deseando huir y se enredan cada vez mas en el tronco donde las halla la cuchilla doméstica. La imaginacion no para, corre los valles, бага por los reinos, cruza

los desiertos, se eleva hasta los cielos y baja á la profundidad de los mares; allí está la mia, ya me finge que veo volverse la lancha, y desprendiéndose de ella los desgraciados náufragos esparcirse por el ancho mar, veo á Selia sumergirse asida á las ropas de su hijo y girar en las corrientes con la violencia que la saeta en el area ruta: la fuerza de las olas le arrancan al fin de entre las manos la prenda de un amor desgraciado, en medio de sus ansias lucha con las aguas para retenerle; pero ¡ay! un remolino lo arrebató, vé por un instante al triste niño, ya girando en círculo, ya torna y salta de cabeza, al fin yerto cadáver flota con la espuma de una en otra onda, hasta estrellarse en la escarpada roca, ó quedar sepultado en las arenas. ¡Ay Selia! en este instante tal vez maldecirías á tu hermano: ¡qué muerte fue la tuya! el aire de aquella atmósfera, el agua amarga introducida por los órganos mas delicados; la veo sumergida tocar con la peña subvacua, enredarse sus manos con los juncos marinos; torna á elevarse en la onda hasta la cima de la roca, se estienden sus rubios cabellos cual

el sargazo (61) flotante desprendido de la Mucara, (62) pálidas sus manos se esfuerzan por ganar la costa ó llegar al barco, en cuya quilla se estrella un desgraciado, ó apartando los peces que se disputan la presa; ni aun pueden elevarse al cielo para implorar, ni abrir los labios para quejarse, y pronunciar el nombre de Dios, ni dar al cielo su última mirada, hasta que en el remolino, ó devorada por los peces espira. ¡Cuán menos infeliz es el que muere sobre el polvo sin mas lecho que el cespéd, ni otra cubierta que las ramas, en la sola compañía de las aves, sin que una mano compasiva sostenga su cabeza ni remoje sus labios, muere abandonado, pero tranquilo, los latidos postreros de su corazón son todos la paz; ¡pero el misero ahogado! en medio del inquieto elemento sin poder sostenerse, girando precipitadamente, interceptada su respiración, ni aun puede bajar su cabeza en prueba de conformidad al eterno decreto... á Vos ¡oh Providencia! demandando el auxilio para huir de la idea funesta del suicidio y conservar la misera existencia que arrastro. Ya no tengo con quien hablar

ni con quien recordar los hechos de mi vida! ¿á quien referiré mis penas que las oiga con interés? ¡todo lo perdí! ya solo me queda un corazon para sentir y dos ojos para llorar: no veo cerca de mí un pariente ni un amigo que enjague mi llanto; el mundo entero, esta esfera animada no ofrece á mis ojos otros placeres que los de los áridos desiertos.

Casi al poner el pie en el estrivo te hallé, amado Tlaucolde, para dejarte al momento, la dicha es para mí como la perspectiva de los objetos areos agradables, pero momentáneos. Pisé al fin el territorio español, ¡ay de mí! la trompa de Mavors resonó con mi primer aliento, y los ecos del clarin de la sangre se mezclarán con mi postrer suspiro. Se agotan los ingenios para inventar modos de dar la muerte, ya bajo el sello de un pliego, ya en medio de un regocijo público: ¡con qué actividad aprenden los hombres la táctica fatal! ¡cuán estenso hacen el arte de su destrucción! como si una gota de agua, un grano de arena y la influencia del aire mismo que respiramos no fuesen suficientes para esterminarnos: giran los guérreros por

las calles, las plazas se llenan de instrumentos de muerte, y en las esplanadas se adiestra u para devorarse; un plan Herodiano se ha establecido en el universo. *Qui non est mecum, contra me est* (63). Sudan las prensas perpetuando los hechos de horror, y los días, adquieren una celebridad sangrienta; se proclama el ódio y la venganza y se detestan la templanza y la moderacion: ¡siglos finados de barbárie, vuestras escenas horribles se ensayan aun en el de diez y nueve! ¡memorables jornadas de muerte y de destruccion! no habeis sido mas que un diseño de las presentes. ¡Miserables mortales! ¿cómo podeis esperar que el edificio de la prosperidad se alce sobre crímenes y sangre? puede alguna exhalacion favorable fascinar la vista momentáneamente; pero como el muro de arena que remonta el aire en los desiertos de la Livia se desploma sepultando á los mismos que le contemplaban, ¿cómo si predomina entre vosotros el bando y la division? si cada arbusto, cada piedra, nos presenta una escena de terror y de angustia: si las riquezas huyen de las banderas de la

guerra y buscan la paz en los remotos climas, dejando por herencia á su triste patria la desolada mendicidad, si en donde se asentaron los talleres y nacian las mieses se forman campos de batalla, en cuya superficie serpentean arroyos de sangre que salpica el carro de la discordia que retumba bajo la bóveda celeste, si al grito del terror sigue el alfanje, á este el fusil, y tras los dos rechina la cureña del hórrido cañon. Las hijas de Acheronte recorren la tierra girando en torno de los humeantes edificios, y sobre las sangrientas ruinas alza su trono la deidad alada, hija del Erebo, la deidad que no tuvo templos ni sacerdotes, sacrificando ella misma sus víctimas, afila el corvo hierro y aprovecha el vértigo que aturde á los mortales para segar sus cabezas, cual la hoz cortante la madura espiga. La venganza levanta su pendon, asienta sus reales la avaricia, repliéga-se la concordia y la paz busca en los países desquiciados un asilo donde colocar su preciosa rama.

Mis pensamientos son tristísimos, amigo mio, veo desplomarse el universo sobre mi

frente, veo que si los hombres se dejan gobernar por sus pasiones, si no se desprenden del egoismo que los domina, si progresa la mania feroz de la propaganda recorriendo el globo, como el mal asiático que nace en las riberas del Ganges, si no abandonan el plan que han adoptado, calumniar, desorganizar y dividir; si los pusilánimes y perezosos que no quieren tomarse el trabajo de estudiar y aprender ceden á otros hasta el de discurrir por ellos, y se dejan arrastrar por la opinion ajena, como el manso rebaño que sigue la senda que le muestra su guia, sin saber adonde le conduce, á la herbosa pradera, á la tijera del esquila que le empobrece y afea, ó al asegur que termina su existencia. Sucederá en todas partes lo que dice el texto latino. *Regnum (64) in se divisum deslabitur, et domum supra domum cadet.* Las naciones enteras se reducirán á provincias, las provincias en ciudades, las ciudades en aldeas brevísimas, y estas en cabañas solitarias; ¿qué ofrecerán entonces á sus propios destructores? fragmentos, escombros, ruinas y cenizas, hasta que consumido el edificio social vuelva el universo al caos de

de donde salió. Tlaucolde, amigo mio, esto acaso es solo el delirio de un misero estravo, de mí triste, que no tengo ya mas que un deseo; sí, Tlaucolde surcaré los mares, arros-
traré los riesgos, llegaré á las fértiles lomas de Tacubaya, levantaré un sepulcro en memoria de mis náufragos amados, regaré con flores y lágrimas el depósito que guarda á la que amé, y recorriendo en la imaginacion la historia de mis finadas dichas, abrazaré la tumba, y con mi postrer suspiro exclamaré:
Sic transit gloria mundi (65).

FIN.